



*Juan M. Molina*

# *LA SOMBRA DEL SECRETO*

*Beatriz Cáceres*



Juan M. Medina

## *LA SOMBRA DEL SECRETO*

*Beatriz Cáceres*

Fotografía portada: Juan Manuel Molina.

[miniscal@gmail.com](mailto:miniscal@gmail.com)

1ª edición

ISBN-13:978-1512354102

ISBN-10:1512354104

España.

# **LA SOMBRA DEL SECRETO**

**Beatriz Cáceres**

A mi hija, Beatriz.

A mi pequeño Carlos.

A Emilio,  
Por toda una vida

“Ante la vida, nuestro respeto.  
Ante la muerte, la verdad.”

Voltaire.

## ÍNDICE

013	PRÓLOGO
015	CAPÍTULO UNO.
025	CAPÍTULO DOS.
035	CAPÍTULO TRES.
043	CAPÍTULO CUATRO.
051	CAPÍTULO CINCO.
057	CAPÍTULO SEIS.
069	CAPÍTULO SIETE.
077	CAPÍTULO OCHO.
085	CAPÍTULO NUEVE.
093	CAPÍTULO DIEZ.
111	CAPÍTULO ONCE.
109	CAPÍTULO DOCE.
117	CAPÍTULO TRECE.
125	CAPÍTULO CATORCE.
131	CAPÍTULO QUINCE.
139	CAPÍTULO DIECISEIS.
145	CAPÍTULO DIECISIETE.
151	CAPÍTULO DIECIOCHO.
157	CAPÍTULO DIECINUEVE.
163	CAPÍTULO VEINTE.
169	CAPÍTULO VEINIUNO.
175	CAPÍTULO VEINTIDOS.
179	CAPÍTULO VEINTITRÉS.
187	CAPÍTULO VEINTICUATRO.
193	CAPÍTULO VEINTICINCO.
199	CAPÍTULO VEINTESEIS.
203	CAPÍTULO VEINTISIETE.
209	CAPÍTULO VEINTIOCHO.
215	CAPÍTULO VEINTINUEVE.
219	CAPÍTULO TREINTA.
223	CAPÍTULO TREINTA Y UNO.
229	CAPÍTULO TREINTA Y DOS.
233	CAPÍTULO TREINTA Y TRES.

235	CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO.
239	CAPÍTULO TREINTA Y CINCO.
243	CAPÍTULO TREINTA Y SEIS.
251	EPÍLOGO.
261	AGRADECIMIENTOS.
263	RESEÑA.

## PRÓLOGO

Caminaba sin rumbo por la ciudad con la mente sumida en un remolino de ideas, ascendiendo como una espiral interminable. No era consciente de hacia dónde la llevaban sus pasos. Sólo sentía la necesidad de caminar a ningún lugar en concreto.

Hasta hacía media hora su vida había sido normal, sin nada que destacar especialmente. Lucía no se sentía excepcional.

Distraída, embargada en sus pensamientos, palpó los bolsillos de su chaqueta buscando un cigarrillo. Suspiró al darse cuenta de que había sido una tarea inútil. Levantó la vista del suelo y una bocanada de aire gélido le golpeó la cara. Se apretó más su abrigo.

- Necesito un café. – Buscó, mirando en ambas direcciones, algún sitio que le pareciera agradable para poder estar tranquila.

Encontró una pequeña cafetería en una esquina de la calle. Tenía buena música y sobre todo calor. Lo necesitaba.

- Estoy jodida, lo que me faltaba ahora mismo es la ley del fumador. - En ese momento le habría venido muy bien poder fumar, por lo menos tener la sensación irreal de un poco de seguridad.

Miró por la ventana, el mundo seguía girando sin ella, la gente corría de un lado a otro con las prisas de sus vidas; o bien por tener cosas que hacer o bien por el frío gélido que se respiraba.

Dirigió su mirada hacia el cielo, estaba atardeciendo y nubes rojizas lo inundaban con toques de color azul. Parecían ser el reflejo de que en algún punto en ese cielo, estuvieran ardiendo sus entrañas.

Le gustaba vivir en esa ciudad sobre todo al llegar la noche en ese momento en que las farolas se encienden.

- Necesito tranquilizarme. - Intentaba respirar despacio, quería recobrase.  
El secreto estaba en conseguir no perder el control.

Su mirada se paró al azar en una figura inmóvil que la miraba fijamente desde la otra parte de la calle. Un zumbido sonó en sus oídos, su corazón se ralentizó. Respiró hondo intentando pasar desapercibida. Cogió su chaqueta, pagó el café y salió corriendo. No sabía hacia dónde, pero estaba segura de que no podía parar.

## CAPÍTULO UNO

Le despertó el sonido del teléfono. Palpó la mesita con la mano, sin abrir los ojos. A tientas, como pudo lo consiguió coger.

- ¿Si? -

- El... Jaque. - No oyó nada más y colgó.

No hacían falta más palabras. Con un salto se puso de pie. Llevaba años preparándose para la posibilidad de que acaeciera ese momento. Con rapidez se metió en la ducha, se afeitó y se vistió. Parecía que estaba viviendo un mal sueño.

- -¡Joder! Tranquilízate todo está bajo control. - Pero sentía que algo no iba bien. No como se había pensado desde un primer momento. Su intuición le avisaba.

El reflejo que le devolvía el espejo no era de serenidad precisamente, estaba muy bien entrenado

para esto. Fijó la vista en sus ojos, profundamente negros. En su pelo enmarcado ya con dos sienes blancas. - Perfecto. - Pensó.

Regresó a la habitación a ponerse el reloj. Una especie de gruñido salió de entre las sábanas.

- ¿Martín? - Una cabeza despeinada se asomó.

- Sigue durmiendo nena, me tengo que marchar, cuando acabes cierra la puerta al salir. -

Ya en el ascensor recapacitó sobre su situación. No tenía remedio. Tenían que acabarse esas citas de una sola noche, pero su trabajo no le permitía mucho más. Lo único que sentía era tener que cambiar tantas veces de casa, aunque sus mudanzas duraran unos segundos.

Se abrió la puerta del ascensor y entró en el sótano para coger el coche. La misma maniobra de siempre, comprobar el perímetro, cerciorarse de que no hay nada extraño en los bajos del coche. Abrió el maletero, levantó una pequeña faldilla y tecleó la combinación para poder comprobar el compartimiento de las armas.

- Todo en orden. - Eran las 03:45. Había transcurrido diez minutos. ¡Un récord!

Salió del garaje poniendo el coche a toda velocidad dirección a Palacio.

Se sentía orgulloso. Este había sido su año. Lo había conseguido.

Había sido nombrado jefe, el más joven de la historia. Con cuarenta y cinco años lo había logrado, ser el jefe del servicio secreto. Atrás habían quedado un sin fin de misiones. En todas, cómo no, había puesto el mayor empeño para que salieran bien. Conocía tantos secretos y de tanta gente, que sentía que no iba a tener tanta vida como para poder recordarlos.

Perdido en sus pensamientos pudo empezar a distinguir en el horizonte las formas sinuosas del Palacio iluminadas. Daban un toque eterno en la oscuridad de la noche.

La puerta de Palacio lo devolvió a la realidad. El edificio se erigía impresionante ante él. En la noche se resaltaban más sus bellas líneas barrocas. El mármol blanco salpicaba con el poder de una estrella, realmente era impresionante poder visualizar las columnas salomónicas que adornaban toda la fachada en los dos pisos de el edificio. En el centro estaba situado un pórtico coronado por una doble galería cerrada, flanqueada por vistosas ventanas enmarcadas en un marco ovoide. La pérdida de líneas rectas en su diseño conseguía transgredir la perspectiva, creando efectos luminosos. Este detalle le daba un aspecto absolutamente soberbio a la estructura. Le enseñó su acreditación a la guardia de la puerta sin dejar de mirarle a los ojos. Le dejaron pasar.

Notaba algo raro mientras se dirigía por el jardín a la entrada.

El jardín, sinuosamente espectacular, rodeaba los alrededores del Palacio con extensa variedad de plantas y árboles que aun siendo de noche se podían visualizar perfectamente.

Disponía de grandes zonas con césped limitado por parterres repletos de flores, adornados con fuentes ornamentales. Todo ello estaba limitado por una red de pequeños caminos, los que, conducían a la vez a rincones excepcionales por su belleza. Era un verdadero placer para los sentidos. Invitaba a la meditación.

A Martín siempre le sobrecogía su majestuosidad.

Silencio, era tal que hasta se podía cortar. No era lo que él había pensado, todo parecía igual. No había nada extraordinario y su extrañeza iba en aumento.

Tras pasar todos los controles de rigor aparcó el coche.

Observó a sus compañeros del servicio secreto actuar como siempre y eso era una forma de ratificar que, algo anómalo sucedía.

En la puerta estaba esperándole De Carlo, Ayuda de Cámara del Rey. Su brazo derecho.

- Menos mal que ha llegado. - Puntualizó éste con una voz fría pero apremiante.
- ¿Dónde está? - Pregunté, no sin notar esa punzada tan familiar que se activa cuando hay peligro real inminente.
- Ahí está el tema. - Añadió clavándole una mirada metálica.
- Sígame. -

Le extrañó que entraran por la puerta principal, normalmente no solía acceder por ahí a su interior. A Martín le sobrecogía.

Se desplegaba ante él una gran escalinata de piedra erosionada por su misma historia. La componían exactamente once escalones, que según siempre se ha dicho, simbolizaban los once años que tras una multitud de contratiempos se había tardado en construir.

La gran puerta, franqueada por dos enormes columnas con capitel corintio que forman la base de un arco ojival, le da un toque de suntuosidad.

Este pre marco de piedra da paso a una puerta dividida en dos hojas con fina madera tallada, que delimita dos grandes cristales. Esto suponía, que al observarlas desde la perspectiva del primer escalón, se pudiera ver el cielo reflejada en ellas. Dando la sensación de que es un pétreo acceso al mismo.

Martín subió los escalones saboreando el momento, dándole la sensación, como siempre, de estar pisando un suelo prohibido.

Ya dentro del Palacio, tras cruzar el gran vestíbulo rematado con techos superpuestos sobre una planta en cruz, caminaban por el ala norte. Todo seguía igual. Silencio, pero sepulcral. No salía de su asombro. ¿Cómo en una situación como esta todo estaba tan quieto? Podían oírse, perfectamente, el sonido de sus pasos amortiguados por las alfombras reales.

La decoración interior era magnífica, plagada de verdaderas obras de arte. Siguiendo con el diseño exterior, en el interior, el barroco llegaba a su estado máximo. Paredes forradas de telas adamascadas recubiertas de paneles de diversos minerales y molduras bañadas en pan de oro.

La exultante proliferación de cuadros y espejos, donde se reflejan la realidad de este concreto estilo de arte. El hombre como tal, en su manifestación hacía el infinito. Su individualidad, pero a la par, la grandeza de su microcosmos con respecto al universo.

La vista se le perdía en los pequeños detalles.

Grandes jarrones tallados y adornados con finos dibujos de líneas de oro. Bustos y pequeñas esculturas, cinceladas lo mismo en bronce, plomo o simplemente en la sencillez de la piedra.

Lo más impactante para él era mirar al techo, donde grandes lámparas de araña talladas en fino vidrio colgaban simulando la caída de pequeñas estrellas con todo su fulgor. Le causaba un efecto hipnótico ver reflejados en esos pequeños trozos de cristal a los rayos de sol que entraban por los grandes ventanales.

Volvió a centrar su atención en el señor De Carlo.

Caminaba sin apartar los ojos de esa espalda. No podía evitar sentirse inquieto cuando estaba cerca, algo en él no le terminaba de gustar.

Tan abstraído estaba en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que De Carlo se había detenido delante de una puerta.

- Qué raro, esta sección de palacio no está dentro de mis planos, tiene que ser nueva y no se me ha notificado. - Le resultó muy extraño. Se dio la vuelta para observar y le sorprendió darse cuenta de que durante todo el recorrido habían estado caminando

solos. Algo no habitual.

Entraron en un pequeño vestíbulo que tenía una mesa central con un gran ramo de rosas amarillas. La decoración era diferente al resto del edificio. Le dio la sensación de entrar en la casa de cualquier ciudadano. Se pararon delante de dos grandes puertas y el ayudante se giró.

- Lo que va usted a ver ahora, de sobra sabe que se tiene que quedar aquí. - Por primera vez, pudo apreciar un leve atisbo de terror en su expresión. Aunque le ofendió que hiciera el comentario. Sobraba.

Entraron en un dormitorio. Estaba en penumbra Martín hacía esfuerzos por ver algo, pero no tuvo éxito. Esperó a que encendiera alguna luz.

La imagen que vio era dantesca. En el centro de la habitación había una persona atada a una silla estilo Luís XV. Estaba desnudo, únicamente llevaba una cinta de raso rojo tapándole los ojos.

Toda la experiencia vivida no pudo frenar lo que sintió en ese momento. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Por un instante se quedó petrificado.

- Sí, es lo que está pensando. Es nuestro Rey. Ha sido asesinado. – De Carlo le habló conteniendo la respiración.

Pero Martín no podía escucharle, su cerebro era un torbellino sin fin.

- No se mueva, y sobre todo no toque nada. - Dijo, sin poder apartar la vista de aquella figura.

- ¡No he tocado nada! ¿Con qué clase de persona piensa que está hablando? -

- No es momento de ponerse así. ¿Alguien más lo sabe? -

- No, llevaba toda la tarde buscándolo. De vez en cuando le gustaba perderse, ya sabe. Pero esta noche, cuando ya estaba en la cama, presentí que algo no iba bien, me acerqué y toque la puerta. Al ver que no había señal de respuesta, decidí entrar y me encontré esto. En ese momento le llamé. No hay más.

- No me parece lógico. Bien, ¿y la seguridad de Palacio? ¿Y su guardia personal? – Para Martín aquello era inconcebible. El Rey en todo momento, tenía que estar bajo vigilancia, que eso no sucediera se salía de todo pronóstico. Lo que más le cabreaba era que él, como jefe, debería de haber tenido conocimiento de ello.

- El Rey tenía unas órdenes muy concretas para su personal y esto era indiscutible para todo su entorno. No sé si usted habrá observado que hemos llegado hasta aquí los dos solos. Tiene una única razón. Sus órdenes, claras y concisas. – De Carlo le habló como si fuera capaz de leerle el pensamiento.

- De todas formas, usted tiene una reputación que le precede. Sin duda, el Rey consideró que lo más lógico sería mantenerlo al margen. Este era un entorno seguro para él, algo que podía dominar sin su ayuda. –

- Nunca juzgo a nadie, si es eso lo que usted está tratando de decirme. No hay excusa para la falta de seguridad que a simple vista existe. – El humor de Martín estaba cambiando por momentos.

- Sólo lo he llamado a usted y esto ha sido siguiendo sus órdenes. Como habrá comprobado nadie sabe nada. Me dictó estas directrices muy claramente. Si algo sucedía extraordinario alguna vez, tenía que llamarlo. Sólo a usted. –

Martín observó durante unos segundos más la imagen inerte.

- De acuerdo, tenemos que ponernos en marcha, hay muchas cosas que hacer. ¿Existe la posibilidad de conseguir un poco de café? - Lo necesitaba.

- Sí claro, enseguida se lo traigo.-
- Gracias. - Desde luego era una persona servicial, eso tenía que reconocerlo.

Me acerqué con respeto al cadáver, aun en esta situación no dejaba de ser mi Rey. Le rodeé y pude ver la herida en forma de disparo que tenía en la nuca. Tipo ejecución, hecho a corta distancia y con silenciador, estaba claro, porque si no el disparo se habría oído por todo el palacio. Su cabeza estaba inclinada hacia adelante, curiosamente dejaba a la luz el nudo hecho con la cinta... ¡Qué forma de terminar más horrible! Ni teniéndolo delante me lo podía creer.

Eché un vistazo rápido por toda la habitación, no había duda de la presencia de una mujer, se notaba en todos los detalles. Había una cama enorme con dosel. Estaba deshecha, con un camisón a sus pies y perfumes en el tocador. Abrí los armarios y pude ver colgado todo un vestuario femenino. Por el estilo de ropa, en un primer cálculo de aproximación, oscilaría entre los veintitantos y los treinta pocos años. Me llamó la atención la colocación de los zapatos. Tenía un orden para nada usual, una posición extraña.

Conocía la vida secreta del Rey. Había hecho el seguimiento de todas y cada una de sus acompañantes. Hecho que llegó un momento a desquiciarme un poco, la verdad. Seguir a cada una de ellas, con lo que todo eso implicaba. Estudiar sus historias, comprobando que no resultaran ser un peligro para su seguridad, era una tarea agotadora. El Rey, a menudo, no me daba tiempo entre una y otra.

Hasta hace unos años en que su actividad se detuvo. Ahora comprendía el porqué. Era astuto, me había llegado a convencer, por su actitud, de que había cambiado. Algo normal, pensé. Era extraordinaria aquella actividad para su edad. Los años te frenan, quieras o no.

De repente, observe que salía de la parte inferior de la cama un gato persa atigrado, tenía un color bastante raro. Era marrón con reflejos violáceos. Caminó indolente por delante de mí. Se acercó a las piernas inertes y se rozó por ellas ronroneando como si le diera igual la frialdad del cuerpo de su amo.

Me había acompañado toda mi vida. Había crecido dentro de su reinado como si formase parte de la familia. Me tomé unos segundos antes de comenzar, era lo mínimo que podía hacer. Lo consideraba hombre de honor, culto y con un amor enorme a su país. Me había concedido el honor de conocerlo en persona. No se merecía una muerte así.

No puedo llegar a comprender el motivo que ha tenido para mantenerme al margen. Eso es algo que tengo que descubrir.

- ¡Dios salve al Rey! – Pensé, con tristeza.

Salí fuera al pasillo, quería verlo todo desde una perspectiva diferente. Pude ver, en ese momento, que De Carlo estaba de regreso. Me hizo una señal para que me acercara. Cerré la puerta con llave y fui hacia donde estaba.

- Necesito ese café. - Sabía que el día iba a ser muy largo.  
Seguimos solos



## CAPÍTULO DOS

De Carlo me hizo pasar a una pequeña estancia que tenía un gran ventanal, me acerqué para observar el exterior. - Continuaba todo en calma. - Pensé, mientras bebía un poco de café. Se podía ver, en el fondo de aquella oscuridad nocturna, las luces de la ciudad. Simulaban el espectro de otra vida.

- Está claro que tenemos que decidir ya lo que vamos a hacer. - Dije echándole un vistazo al reloj. Las 04:15. Contaban hasta las siete de la mañana de margen. Era la hora límite para comunicárselo a la Reina.
- Mi opción está clara. No debe saberse de qué forma ha ocurrido, por eso está usted aquí.
- ¿Por qué? No considero que esa sea la opción más conveniente, por un lado. Por otro, si esto va a hacer posible que desarrollemos hasta el final la investigación, no lo dudo ni un segundo.
- Ese es el motivo, sin duda. - De Carlo no vaciló al responder.
- Entonces no hay más que hablar, pongámonos en marcha. - E inmediatamente cogí el teléfono para llamar al equipo de limpieza de rastros.

De vuelta en la habitación me dediqué a hacerle fotos a las pruebas. No lograba evitar pensar de qué manera todo lo relacionado con el tema podía haberse llevado tan en secreto, hasta para mí, que no se me escapaba nada. Está claro que el asesino sí disponía de toda la información y eso precisamente me estaba produciendo dolor de cabeza. Para empezar, ¿cómo se había podido habilitar dentro de palacio aquel mini apartamento? Y lo más increíble aún ¿cómo había podido pasar tan desapercibido? Luego estaba el tema de las cámaras, todos los pasillos tenían vigilancia ¿Cómo había podido el Rey conseguir que éste no la tuviera? Más tarde tendría que ir a la sala de control, quizá tuviera suerte y pudiera ver algo.

La mini cámara empezaba a fallarme. Era demasiada información y no tenía tanta memoria en la tarjeta. Utilizaré el móvil. - Pensé en voz alta. - Tengo poco tiempo, en cuanto llegue el equipo ya no podré hacer nada.

De eso se trataba, hacían su trabajo a la perfección. Era el equipo de eliminación de rastros. Si alguien podía hacer que todo desapareciera como si no hubiese existido, eran ellos sin duda.

Al volverse se quedó sorprendido al ver la extraña expresión fija De Carlo con respecto al cadáver. No lo había oído entrar.

- Una vez hayamos terminado tendrá usted que llamar al médico de cabecera del Rey.
- 
- Me parece que este va a ser el mayor problema. Tenemos que conseguir que firme en el acta de defunción que ha sido de muerte natural. - De Carlo le contestó sin apartar la vista del cadáver.

- No va a ser ningún problema. Todos tenemos algo en el pasado que ocultar y este señor no es diferente. – Sentí rechazo por el comportamiento de De Carlo. Me daba la sensación de que estaba disfrutando con el momento.

- Vaya usted a la puerta y espere a que llegue el equipo de limpieza. -

De Carlo hizo ademán de contestar pero cambió de opinión y se marchó. Sabía que tenía la batalla perdida.

A Martín no le preocupaba lo más mínimo cómo iba a conseguir entrar en Palacio la furgoneta. Eran profesionales. Siguió haciendo fotos. Se paró delante de la puerta del baño y la abrió. Sin moverse, desde ese ángulo observó cada detalle de la escena. No conseguía recordar cuántos casos habían ido al traste por las prisas.

Tenía que ser minucioso.

Hizo más fotografías desde esa posición. Alguien había utilizado la ducha. Recogió una toalla del suelo y lo vio. Un móvil.

Todavía sin moverse, abrió el grifo del agua caliente del lavabo y de la ducha. Necesitaba vapor. Con un poco de suerte podría encontrar alguna huella.

Nada.

Regresó a la habitación con el móvil en la mano y observó las llaves en el tocador. Alguien había salido con mucha prisa de allí y las había olvidado. ¿Sería ella que, después de asesinarlo, al darse cuenta de lo que había hecho le entró el pánico y salió huyendo sin más?

Algo no le cuadraba. - Normalmente las mujeres cuando asesinan no utilizan una pistola. Son más de utilizar veneno. No entra dentro del perfil. - Las conjeturas se agolpaban en su mente.

Volvió a observar de nuevo el cadáver.

La piel de todo el cuerpo estaba perdiendo, por momentos, el color natural de la vida. La cabeza inclinada hacia abajo, atado como estaba, parecía representar la imagen de la rendición, de la súplica. No podía dejar de observarlo.

Esa sensación le transportó en el tiempo.

Hacía unos años de aquello. Creía que se había diluido con el transcurrir de los años. No era así. Estaba latente y ante esa imagen, resurgió de las sombras. Desgarrando a jirones su propio olvido.

Miró sus manos.

Estaban empapadas de sangre, podía sentir su calor. Delante de él, atado de pies y manos a una silla permanecía inerte el cuerpo de Essien. Si ese era su nombre realmente. Era una tarea casi imposible poder llegar a saberlo con certeza.

Se trataba de uno de los componentes del comando que había secuestrado a la hija del Embajador de Sudáfrica. Adisa. Una joven de diecisiete años que estaba realizando un viaje por Europa. Hecho que aprovecharon sus raptos para lograr su fin.

Marcos...De nuevo su recuerdo. Era joven, muy joven. Algo que Martín siempre tuvo claro desde la misma mañana en que se lo presentaron como nuevo miembro del equipo. Su mente rayaba en la genialidad, por eso se había ganado su lugar en aquel operativo.

Era un jaquer muy agresivo. Había conseguido entrar donde no lo había hecho nadie. Como única opción, el gobierno decidió que tenía que formar parte del sistema. No existía mejor sitio que ese, el servicio secreto.

Martín lo acogió, por increíble que le pareciera, hasta para él mismo. Pensó que, ya que tenía que trabajar con él, debía de prepararlo bien puesto que en cualquier momento su vida podría

depender de Marcos. En los operativos nunca se podía saber cómo se iban a desarrollar los acontecimientos y Martín, minucioso hasta la desesperación, no iba a permitir ningún cabo suelto. Marcos como devolviéndole el favor, había jaqueado todos los sistemas informáticos de Martín, que eran muchos. Había creado una Smart única para él. Tenía integradas todas las apps necesarias para su función y a su vez, todo el sistema estaba blindado a cualquier interferencia ajena a Martín. No escatimó en nada. El blindaje encriptado era perfecto.

Su mente regresó de nuevo a ese instante. Sus manos empapadas en sangre.

El operativo se había complicado. Estaban tras los pasos de un comando muy agresivo, errático en sus movimientos. Para Martín no era algo excepcional, había tenido que lidiar con peores circunstancias. Hasta que, de improviso, desapareció Marcos. Tuvo que exprimir de toda su experiencia para conseguir localizarlo. Así lo hizo. Lo encontró en un almacén a las afueras de la ciudad. Lo habían decapitado con un machete, después claro está, de infringirle las más dolorosas tácticas de tortura.

Nunca antes lo había sentido.

Dominaba hasta tal grado sus emociones que, los operativos para él eran tan sólo circunstancias de trabajo.

Lloró ante el cadáver de Marcos.

No fue capaz ni de acercarse. Lo hizo en la distancia que separa la vida de la muerte. Una fina línea.

Supo en ese momento que la iba a traspasar. Un sentimiento de odio y venganza crecía impunemente dentro de él.

Lo haría solo.

Tras mucho investigar consiguió capturar a Essien. Lo había llevado al mismo almacén donde perdió la vida Marcos. Una vez atado a la silla, necesitó unos segundos para asimilar que este momento era un punto sin retorno.

- Tú crees que vas a sacarme información. Pero no pienso decir nada. – La voz de Essien sonó desafiante.

- Tú crees que eso me va a parar. Todo lo contrario. Si hablas, conseguirás que sea más rápido. Si no lo haces...contigo voy a experimentar algo nuevo: Disfrutar con lo que hago. – Su voz retumbó en aquellas paredes. Inflexible.

Martín sacó de su bolsillo una pequeña navaja y sin dudarle se acercó a Essien, le rodeó con pasos pausados para decidir por dónde empezar. Se detuvo a su espalda, para no tener contacto directo con sus ojos. Essien por su parte, respiraba agitadamente. Desconocía donde estaban los límites de su captor.

Con una mano empujó la frente hacia su cuerpo para inmovilizarle la cabeza. Con la otra introdujo la punta de pequeña navaja en el interior de la cuenca ocular. Con el propósito de hacer palanca. El chasquido que produjo, provocó que un escalofrío recorriera la espalda de Martín.

Los gritos de Essien resonaron como ecos sordos por todo el almacén.

De nuevo sus manos...Rojo muerte.

Tardó más de lo que Martín en un principio pensó. Había matado, sí de mil formas; pero hasta ese momento, jamás lo había hecho de esa manera. Por primera vez, fue consciente de lo que tarda un

cuerpo en perder la vida, exhalar el último suspiro.

Consiguió toda la información, lo que le llevó a rescatar a la chica sana y salva. El remate del operativo le sirvió para que su estatus dentro del servicio secreto subiera de manera fulminante.

Para Martín significó mucho más que eso.

Se sintió un asesino.

Fue un punto de inflexión. Nunca volvería a pasar. Los sentimientos no debían transgredir sus actos. Cerró su interior como si se tratara de un compartimento estanco. Nada saldría. Nada entraría.

Esa sería su máxima, porque esa era la vida que él había decidido tener.

La voz del primer oficial del equipo lo devolvió a la realidad.

- Señor ya estamos aquí. Espero sus órdenes. - Le dijo sin más.

- De acuerdo, lo primero es el cuerpo. Hay que deshacerse de la marca del disparo. Una vez hecho esto hay que trasladarlo a sus habitaciones. Sé una tarea difícil, pero no imposible. Luego procederemos a eliminar esta sección por completo. ¿Lo ha entendido usted? -

- Sí señor, está todo claro. - Contestó girándose para hablar con su equipo e iniciando el protocolo. Seguían unas pautas determinadas. No existía cabida para ningún error.

Martín metió en unas bolsas de pruebas el móvil, las llaves y el cepillo del pelo. Tenía que conseguir toda la información que pudiera sacarle. Se acercó al cadáver y le quitó la cinta de la cabeza, sin deshacer el nudo. También la guardó.

- En cuanto esté todo dispuesto comuníquemelo. No olvide que tiene de tiempo hasta las 06:00. - Sin esperar respuesta, salió de la habitación cerrando la puerta tras él.

En el pasillo estaba esperándole De Carlo.

- Voy a la sala de control, tengo que conseguir información sobre todo lo que se haya grabado en las últimas doce horas. Usted quédese por aquí por lo que pueda surgir.

De Carlo hizo un ademán de asentimiento con la cabeza. Se quedó estático con su mirada gris metal, sin dejar entrever ninguna emoción.

Ya en el jardín, se dirigió hacia la pequeña casa donde estaba el centro de control. Pudo ver de reojo la sombra de un guardia con su perro haciendo la vigilancia al perímetro. ¡Qué pérdida de tiempo! – Pensó. - No sirve de nada si el peligro está en el interior -.

Encendió un cigarrillo sin dejar de caminar. Intentaba recapitular todo lo que había visto, su mente era prodigiosa para eso. Tenía memoria fotográfica. La imagen del Rey la guardó grabada a fuego, junto con la disposición de todas las cosas dentro de la habitación. Y una pregunta que emergía desde el fondo de su mente una y otra vez. ¿Quién era ella? ¿Qué tipo de mujer? Y sobre todo ¿Por qué lo había hecho? Tenía que conseguir saberlo cuanto antes, no estaba dispuesto a que un asesino anduviera suelto por ahí y menos éste.

Sin saber la razón, a su mente le sobrevino la imagen de aquel gato tan extraño.

Saludó a los guardias de la puerta. Les ofreció unos cigarrillos.

Una vez en el interior, se dirigió directamente a Adrián, el jefe de guardia, que era casi de la misma edad. De tanto verse tenían, por así decirlo, una especie de amistad.

- Buenas, ¿cómo llevas la noche? -
- Pues mira aquí estamos de fiesta. ¿No tendrás un cigarrillo, guapetón? – Adrián le miró con una leve sonrisa en los labios. Le caía bien éste tío, la única pega es que era del "servicio secreto".
- ¡Qué cabrón eres! Toma. -
- Venga dime ¿Qué necesitas? - Sabía que si estaba allí era por algo.
- Algo muy fácil para ti. Necesito ver las cintas grabadas de las últimas doce horas.
- 
- ¿Sabes que todo esto tiene un protocolo que hay que seguir verdad? - Me miró directamente a los ojos.
- Sí, pero tú sabes cómo funciona esto. Los protocolos no son lo mío. - En ese momento, tomé conciencia de que le iba a deber una, pero una muy gorda.
- ¡Vamos allá! Siéntate aquí. – Dejó escapar una carcajada.
- ¿Qué franja horaria es la que te interesa y en qué secciones del Palacio? - Recobró la seriedad. Era su trabajo.
- Necesito desde las 18:00h hasta las 03:00h de la madrugada más o menos. Todos los accesos a Palacio y todo lo que puedas del ala norte. - Le pedí sin pestañear.
- De acuerdo. Voy a pensar con calma de qué manera vas a pagarme este favor. -
- Lo sé, lo tengo claro. - Lo dije sin mirarlo. Toda mi atención estaba puesta en las pantallas.

Todo parecía normal no veía nada sospechoso. Los ojos no me daban más de sí. Ya sabía que era muy difícil encontrar lo que buscaba, vamos como una aguja en un pajar.

- Si me dijeras qué es, te podría echar una mano. -

No le contesté, de sobra sabía que no se lo iba a decir. Puse especial atención en las imágenes del ala norte.

Nada. Por supuesto y como me temía, la zona donde había estado no se veía. Como si no existiera. Desde luego había sido un buen trabajo, decidí que iba a poner todo mi empeño en llegar hasta el final.

Sonó el teléfono, era el equipo. Miré el reloj. Las 05:30. - Sin duda eran buenos. -

- ¿Si? -
- Tiene usted que venir. Le tengo que mostrar algo.
- Voy para allá. – Colgué sin más.
- Bueno, me voy. Ya te llamaré para quedar. - Sonreí.
- Eso espero, no creas que lo voy a olvidar.-

Le dejó unos cigarrillos encima de la mesa antes de salir.

En el exterior pudo sentir por primera vez el frío gélido golpeándole la cara. Hasta ahora había estado tan enfrascado en sus pensamientos que no lo había notado. Volvió sobre sus pasos. De Carlo permanecía esperándolo en la puerta.

- ¿Todo bien? -
- En principio sí, teniendo en cuenta que no me han dejado permanecer en el interior de la habitación. - Estaba enojado, su ira era palpable.
- Son profesionales. Es su forma de trabajar. -

Al entrar el cambio resultaba increíble. Eran auténticas máquinas haciendo su trabajo. El cadáver ya no estaba, lo habían trasladado. Todos los objetos personales habían desaparecido. Sólo

quedaban los muebles, tenía claro que esa sección al día siguiente estaría cerrada. Miró al jefe del equipo que le mostraba lo que tenía en la mano.

- Señor hemos encontrado esto. - Dijo, enseñándole una cámara de video. - La tarjeta de memoria no está. -
- ¿Dónde la habéis encontrado? - Pregunté mirando la cámara con preocupación.
- Estaba detrás de un cuadro en la pared. Hemos podido comprobar que a través de la tela se puede ver perfectamente, es como si fuera transparente. Un trabajo de un profesional. -
- Perfecto. - Dije cogiendo la cámara e introduciéndola en un sobre de pruebas.
- ¿Todo lo demás está correcto? -
- Sí señor. Ya está acostado en su habitación. Nosotros nos marchamos. Mañana por la mañana volveremos para terminar el trabajo. – Dijo esto señalando a la vez un cartel de cerrado por obras.
- De acuerdo pueden marcharse y si hubiese alguna novedad, no dude en llamarme. -

Miré a De Carlo cogiendo el maletín cargado con las pruebas y salimos de la habitación. No sin antes echarle un último vistazo.

- Ya puede usted llamar al doctor. - Comenté, mientras caminaba en dirección a las habitaciones del Rey.

De Carlo no le contestó. Cogió el móvil y empezó a marcar.

## CAPÍTULO TRES

Nunca antes había llegado tan lejos dentro de Palacio. Se sentía lo más similar a un intruso descubriendo la intimidad de su Rey. Le sorprendió la sencillez de la habitación, dentro claro de unos márgenes. No podía olvidar en qué tipo de edificio estaba.

Se dedicó a observarlo todo mientras esperaban la llegada del médico real. Tenía cuatro grandes ventanales, tapados en ese momento, por unas gruesas cortinas de color granate. Los techos eran altos pero estaban diseñados de tal forma que no transmitían frialdad, todo lo contrario daban sensación de recogimiento.

La chimenea, de líneas minimalistas, era el centro de atención de la habitación. Justo delante había un sillón orejero acompañado de una pequeña mesita, con una lámpara y un libro. Encima de éste observó que había unas gafas. Se lo pudo imaginar ahí sentado leyendo tranquilamente.

Su mirada se paró en la imagen del Rey acostado en su enorme cama. Todo parecía normal. Estaba en pijama, abrazando las sábanas con sus manos, tenía los ojos cerrados. Parecía dormir un sueño plácido.

No entendía por qué la muerte causaba este efecto en él. Ya debería de estar acostumbrado por todo lo que había vivido, pero no era así.

- Supongo que por mucho que queramos neutralizar los sentimientos, en el fondo no dejamos nunca de ser humanos. - Pensó. -

En ese momento entró el médico acompañado por De Carlo.

Eduardo, que así se llamaba el médico, al ver a Martín hizo un pequeño gesto de rechazo. Detalle que no pasó desapercibido para Martín. Era demasiado evidente.

- Si no le importa, necesito que nos deje solos un momento. - Le dijo Martín a De Carlo.

- Pero... - Empezó a decir. ¡No se lo podía creer! ¡Cómo se atrevía a tratarlo a él así! No siguió hablando y salió de la habitación indignado.

Una vez se cerró la puerta Martín miró al médico directamente a los ojos y le dijo:

- Tenemos un problema, en usted está que tenga una rápida solución. - Habló sin pestañear ignorando la expresión de Eduardo.

- No sé qué hago aquí. Por lo que puedo ver mis servicios ya no son necesarios. - Contestó con frialdad a la vez que miraba al cadáver, no sin sentir una punzada de tristeza. Ese hombre que yacía sin vida, por encima de todo había sido su amigo.

- La cuestión es muy simple. Necesito que usted firme en el acta de defunción que ha fallecido de muerte natural. Siendo así y tratándose del Rey no se llevará a cabo una autopsia. - Habló sin dejar de mirarle directamente a los ojos y sin perder ese toque de frialdad.

- Pero... ¿Usted sabe lo que me está pidiendo? - Eduardo se estaba alterando por momentos. ¡Era increíble! - Como médico yo me debo al juramento hipocrático. ¡Es inaceptable lo que me está insinuando! -

Martín suspiró, por un momento había pensado que no iba a tener que recurrir a lo de siempre. Estaba claro que no tendría más remedio.

- ¿El mismo juramento que siguió con Isabel? - Ese tema había sido difícil de averiguar, pero como todo en esta vida, si se dejan flecos sueltos se acaba sabiendo.

- ¿Isabel? ¿Qué sabe usted? - Toda la sangre de su cuerpo se había concentrado en su cara. Se estaba desmoronando presa del pánico. Estaba cayendo en su trampa.

- Mire, no atente usted contra mi inteligencia. Sabe muy bien de que le estoy hablando. No le haría ningún bien que esa historia sórdida saliera a la luz. ¿No cree? -

Eduardo miró el sillón y se dirigió hacia él, necesitaba sentarse. Se agarró la cabeza con las manos en un segundo de desesperación. El pasado, cómo el pasado podía recobrar vida una y otra vez y llegar a pesar tanto como una losa.

Se vio mucho más joven, tan solo un par de años después de terminar la carrera. Era un privilegiado, no sólo la había finalizado Suma cum laude, sino que tenía el gran honor de pertenecer al grupo de amigos íntimos del Príncipe Pablo. Juntos, cómo no, habían vivido un montón de situaciones que los habían ido uniendo cada vez más.

Les gustaba mucho ir a un club situado en la parte más antigua de la ciudad. No podía contar la cantidad de borracheras y partidas de póker que habían disfrutado. La vida, no sabía si era por la juventud, esa edad en la que sientes que el peligro no es real, que parece que estas por encima de

todo, les sonreía.

Hasta que una noche conoció a Isabel.

Era bellísima. Tenía ese tipo de serena belleza capaz de hipnotizarte. No podía dejar de mirarla. Cayó rendido ante sus encantos en los primeros cinco minutos. Era perfecta, en ningún momento pensó que iba a perder la cabeza hasta ese extremo, ni él ni ninguno de sus amigos. Al fin y al cabo sólo se trataba de una prostituta. Pero para su desgracia, lo hizo. Llegó un momento que su vida sólo era ella. Necesitaba verla a todas horas. Empezó a darle todo igual, no le importaba nada. Era como una droga.

Llegó a tal extremo que le afectó hasta en el trabajo. Había tenido que sufrir la vergüenza en varias ocasiones de que le llamara la atención la dirección del hospital en el que trabajaba. Sobre todo después del caso de una viuda de unos cincuenta años, que por su negligencia médica había llegado a fallecer. Estaba tan sumido en su obsesión que no le prestó la atención necesaria, tras diagnosticarle una sencilla gastroenteritis, cuando lo que afectaba a la paciente era una obstrucción intestinal. Fue un error tan grave que, la dirección del hospital tuvo que mover muchos hilos para que el caso no llegara a los tribunales.

En última instancia recurrió a Pablo. Sabía que era pedirle mucho, pero la situación se había vuelto insostenible. Iba a perder su estatus de médico y eso era inaceptable. Para Pablo no suponía ningún problema, pero eso podía socavar su amistad. No dudó en ayudarlo con la condición de que tenía que dejar de ver a Isabel. No se podía permitir otro error de esa envergadura.

Eduardo sabía que era algo que no iba a poder cumplir, muy a su pesar. Ante lo cual Pablo optó, ecuánime, por decidir que esa era la primera y la última vez que lo ayudaba. No iba a permitir caer una y otra vez en una situación como esta, aunque fueran amigos. Así que intercedió por él ante la dirección del centro. El hospital llegó a un acuerdo con la familia de la paciente y efectuaron el pago de la indemnización. Eduardo fue trasladado.

Durante un tiempo lo consiguió, se alejó de Isabel. Pero cuando se carece de voluntad, el destino es inapelable. No podía vivir sin Isabel. La amaba irracionalmente, aun a sabiendas de que su relación no era posible.

Una mañana, en la que el cielo estaba cargado de nubes color plomo del mes de Octubre no pudo más y sucumbió a su deseo.

Fue a verla al medio día. Isabel estaba muy callada. Parecía molesta. Él le explicó la causa de su ausencia, pero la actitud de Isabel no cambió. Algo le ocurría, estaba muy extraña, como si hubiese algo que la preocupara. Cuando se lo dijo, se quedó paralizado. Un bebé. No podía ser cierto, esto no le podía estar ocurriendo. Un desliz así no lo podía tener un médico. Le entraron las dudas. Ella era una prostituta, no podía estar seguro de que el bebé fuera suyo. Pensó que lo que quería era atraparle debido a su posición. Le entró el pánico.

Isabel le juró una y otra vez que era suyo, que no tenía dudas. Desde que le amaba no había estado con ningún otro. Pero Eduardo, enajenado no era capaz de escucharla. Preso de su furia se marchó dando un fuerte portazo.

Por la noche regresó, su estado de nervios casi le había llevado a rozar la locura. Discutieron. No conseguía recordar exactamente cómo ocurrió. Sólo veía una imagen nítida. Isabel tirada en el suelo de costado con los ojos fijos mirando a un punto indeterminado. Un hilo de sangre le manaba por la nariz.

Estaba muerta.

Lo que siguió después ya era como un mal sueño. Una terrible pesadilla.

Terminó por abandonar el cuerpo en un callejón.

Al día siguiente, desesperado compró todos los periódicos. En ninguno se hacía mención de nada. Al fin y al cabo, encontrar a una prostituta muerta en un callejón no era noticia.

Habían pasado muchos años de aquello.

Más tarde se casó y formó su propia familia. Por olvidar lo hechos, se centró en su trabajo llegando a ser uno de los médicos más reconocidos y prestigiosos de su profesión, lo que le llevó finalmente hasta Palacio.

Por unos instantes que a Martín le parecieron una eternidad, Eduardo continuaba con la vista perdida en el ayer.

Levantó la cabeza y miró a Martín con una sensación de asco que casi no podía reprimir. Estaba claro que se iba a salir con la suya. Pensó en su mujer, sus hijos. No podía hacerles esto.

- Está bien, lo haré. – Se levantó del sillón y caminó hacia la cama.
- Gracias. - Respondí con la misma frialdad. Miré el reloj. Las 06:15. Abrí la puerta y dejé pasar a De Carlo.
- Bien, no hay más que decir. Si hay alguna novedad, usted tiene mi teléfono. -
- En cuanto firme el acta iré a hablar con la Reina. – Dijo De Carlo, observando al médico que empezaba a rellenar el papeleo.
- De acuerdo entonces. –

Le estaba invadiendo un sentimiento de profunda tristeza, había fallecido su amigo. Tenía la sensación de que nada iba a ser igual, de que todo iba a cambiar.

Firmó y puso el sello. Se cerraba así una etapa de su vida inolvidable. Miró fijamente el cuerpo. Levantó la sábana y le abrió el pijama para poder examinar la zona del pecho. Como él se temía estaba de color morado oscuro, casi ennegrecido. Ese tenía que ser su aspecto, siendo la causa un infarto. Quién hubiera hecho el trabajo desde luego era bueno, sabía lo que hacía. Lo volvió a tapar.

No encontraba la manera de decirle adiós, pero tenía que hacerlo.

- ¿Ya ha terminado usted? - Preguntó De Carlo.
- Sí, está todo correcto. -
- Han hecho un buen trabajo con él. - Prosiguió sin dejar de mirarlo.
- No podía ser de otra manera. - Contestó De Carlo.
- Bien, cuando usted quiera puede ir a avisar a la Reina. - Se oyó decir con una voz que no parecía la suya.
- De acuerdo. -

De nuevo centro su atención en Pablo. A su mente acudieron amontonándose los recuerdos. Quería mucho a su amigo...

- Gracias, mil gracias por todo amigo mío. Siento haberte fallado. No he tenido otra opción. Lo que me queda de vida, la pasaré despreciándome por esto. Nadie se merece una muerte así.
- Mi Rey, Dios te salve y te tenga en su gloria. - Lloró amargamente.



## CAPÍTULO CUATRO

Se dice que la noche es eterna y en ocasiones la realidad supera a la ficción. Después de estar dando vueltas toda la noche en la cama, no conseguía entender su comportamiento. Sabía de su regreso esa misma tarde del viaje a Bruselas y ni siquiera se había dignado a pasar a verla.

No se presentó en la cena tampoco.

Se sentía sola. Estaba cansada de sentirse así. Se giró en la cama. ¡Qué cama más grande y qué vacía! En su desesperación quería hacer acopio de voluntad, intentar desesperadamente no caer en el mismo pozo de siempre. Un pozo seco. No sería desde luego por falta de lágrimas. Era incapaz de recordar las noches en las que el amanecer la había encontrado llorando.

Lo amaba, no sabía la razón pero era así. Estaba enamorada de su marido. Allí en la oscuridad sencillamente era Ana, la mujer. Una mujer como cualquier otra en el mundo, con el corazón desgarrado por un sentimiento atroz. Que consume hasta la raíz del ser. Los celos. Un sentimiento irracional que no la dejaba pensar con objetividad.

Después de tantos años debería de estar acostumbrada. Habían sido tantas las mentiras, las ausencias, que si fuera verdad lo que opinaba todo el mundo, no estaría tan destrozada. Esa era la ironía.

Abrazó su almohada con fuerza. ¿Qué se puede hacer cuando la persona que amas te engaña constantemente? ¿Cómo puedes afrontar cada nuevo día en esa situación, teniendo en cuenta que tu vida es pública? ¿Qué estás sujeta a que la gente te mire pero con lupa?

El problema tenía difícil solución. Pablo se lo había dicho directamente en una ocasión en que discutieron. No lo podía evitar. No era por ella. Ana era una mujer muy guapa. Tenía unos ojos increíbles de color miel. La adoraba, pero era algo superior.

Y allí se quedó llorando de rodillas en el suelo, estrujando con toda la fuerza que podían sus manos. ¡Dios! Lo daría todo, absolutamente porque fuera distinto. - Pensó. - Si se tratara de otra

persona quizá habría buscado ayuda para solucionarlo, pero siendo quien era, resultaba imposible.

Se culpaba porque pensaba que la razón podía ser que sólo le había podido dar una hija. Su querida hija Luisa. - No. Esa etapa ya estaba superada. - Agitó la cabeza con pesar. - Pablo estaba loco con Luisa. Su heredera. No había hija más preciosa y perfecta en el mundo.

Pero habían sido momentos muy duros. Los detractores de la corona los habían castigado a lo largo de los años con el tema, pero por fin parecía que las aguas se habían calmado. Era lo que había. Pablo se mantuvo inamovible a su lado apoyándola. Fue una dura batalla diplomática que supieron ganar estando juntos.

Volvió a girarse en la cama. Tenía que conseguir calmarse. No quería verlo por la mañana estando histérica, sin control. No. Las cosas no funcionaban así. Lo conocía, llevaba casada con él treinta y dos años. Su matrimonio había sido por amor.

Le conoció en una cena de gala en el Palacio de Beatriz de Holanda. Lo podía recordar todo al detalle simplemente cerrando los ojos. Lo que sintió la primera vez en que se cruzaron sus miradas. Cómo empezaron a bailar esa noche y terminaron casi al amanecer.

Era guapísimo, cortaba la respiración.

Todos los esfuerzos que hicieron los meses siguientes para poder verse fueron extraordinarios. Aprovechaban cualquier situación para estar juntos. Todavía, cuando recordaba aquellos momentos, era capaz de recrear el miedo que pasó al conocer a sus padres; siendo Ana de otro país que poco tenía que ver con el de Pablo, otro idioma, otras costumbres, otro clima.

No entendía por qué la llamaban la Reina fría. No la habían educado para ser Reina, pero sí tenía muy asumido el protocolo. Lo llevaba a rajatabla, pensaba que su importancia era vital para el papel que desempeñaba. Lo contrario era considerado una debilidad, lujo que Ana no se podía permitir.

Se levantó y se acercó a la ventana, puso su mano apoyada sobre el frío cristal y miró al exterior. Amanecía. El jardín parecía un cuadro vivo que despertaba ante sus ojos. Las primeras luces del alba producían un halo envuelto en neblina sobre el verdor de la vegetación.

Estaba decidida, tenía que averiguar de quién se trataba esta vez. Tenía claro que debía hacerlo por mucho que le doliera. Tenía que saber quién era la de turno. Por increíble que pareciera, nunca lo había sorprendido con ninguna otra mujer. A pesar de que intuía que la lista era interminable. A veces pensaba que, si sólo se trataba de una mujer en concreto, no sería un problema tan difícil de atajar. Es imposible luchar con una rival que puede tener mil rostros, semejando a mascarás una superpuestas sobre otras. Lo que la llevaba a pensar que podría tratarse siempre de la misma mujer. Podría ser que el trasfondo de todo aquello se redujera a eso. Una obsesión.

¿Por qué se sentía hoy tan triste? Miró el reloj. Eran las 06:25 - Temprano. – Cuando se sentía así y estaba en soledad, le encantaba caminar con los pies descalzos sobre la alfombra. Le producía un efecto relajante. La ayudaba a serenarse para poder pensar.

Se oyeron unos golpes en la puerta. Asomó la cabeza su ayudante, Irene.

- ¿Su Majestad? ¿Está usted despierta? - Preguntó y se quedó esperando una respuesta. Se había pasado un buen rato discutiendo con De Carlo. ¡Qué desagradable

era ese hombre! Tenía unas maneras y una forma de mirarla que no le hacían ninguna gracia. No respetaba nada, ni tan siquiera su edad.

- Si, ya estoy despierta. - Contestó saliendo del baño y dirigiéndose hacia el hall de su habitación. - ¿Ocurre algo? -

- Señora, es el Sr. De Carlo, quiere pasar a hablar con usted. Dice que es urgente. - Dijo mirándola a los ojos. - Otra vez ha pasado mala noche pensó. -

- Hazlo pasar Irene. - Se oyó decir. Notaba que su corazón empezaba a latir más lento de lo normal, preparándose para algo.

- Su Majestad... - dijo entrando y haciéndole una pequeña reverencia con la cabeza.

- ¿Qué pasa Guillermo? - Preguntó ignorando el gesto.

- Se trata del Rey. - No pudo seguir. Había tenido una enorme decisión para todo, pero ahora que estaba ante su presencia, se derrumbó. Para De Carlo empatizar con el dolor ajeno iba contra natura, así que se esforzó para aparentarlo.

- ¿Del Rey? ¿Qué le pasa a Pablo? ¿Qué ha ocurrido? -

- Majestad, lamento comunicarle que ha muerto. -

Fue un mazazo. Sintió vértigo, el suelo estaba desapareciendo a sus pies. ¡No podía ser! Todo se oscurecía y finalmente se desmayó. Eduardo y De Carlo la acomodaron en la cama.

Lentamente se le abrían los ojos, Ana quería, hacía verdaderos esfuerzos pero no podía. Veía imágenes borrosas alterándose con la oscuridad. Poco a poco notaba que iba recobrando la consciencia. Nunca antes había perdido el conocimiento, sentía náuseas. Podía oír unas voces lejanas, quería entender lo que decían.

Se incorporó y de repente fue consciente de la situación. Allí, a los pies de la cama, permanecían mirándola con preocupación Irene, De Carlo y Eduardo.

- Necesito verlo. - Dijo con dificultad. Tenía la boca seca.

- En seguida lo hará. Primero recupérese del todo. - Contestó el médico, intentando controlarse él también. -

- Eduardo ¿qué ha pasado? ¿cómo ha sido? - Al decir esto, las lágrimas ya corrían libres por sus mejillas.

- Señora, ha sido un infarto. No se ha podido hacer nada. - Se oyó contestar sin vacilar.

- Pero en su última revisión todo estaba bien. Tú lo sabes. - Estaba desolada.

- Sí, Señora. Este tipo de muerte es así, llega sin avisar. - Bajó los ojos al decirle esto, le estaba costando más de lo que él pensaba.

Había muerto. Esas palabras sonaban en su cabeza una y otra vez. Se había ido. Nunca más podría estar con él. Ni siquiera la muerte usurpadora le había permitido despedirse de él. ¡Qué dolor! No podía respirar. -

- ¡Qué dolor, qué dolor! - Esta emoción le recorría el interior haciendo herida incapaz de sangrar. - No quiero que tus rasgos alguna vez puedan llegar a desvanecerse en las sombras de mi memoria. Mi amor, no quiero decirte adiós. ¡No quiero! Me niego a pronunciar esas palabras. Puedo sentir que se estremecen mis labios de dolor por no querer insinuarlas. - Su interior gritaba a pleno pulmón,

- desgarrado.

Se puso de pie, intentando recobrar una postura digna. Por encima de todo no podía olvidar quién era.

- Quiero ir a verlo. Espérenme fuera, en seguida salgo. - Dijo sin esperar una

respuesta.

Una vez salieron de la habitación, se dejó caer encima de la cama. Tenía que dejar que todo lo que tenía dentro saliera, dar rienda suelta a sus sentimientos. Lloró amargamente agarrando con fuerza la colcha, hasta que se quedó sin fuerzas.

Se levantó y fue directa al baño. Tenía que vestirse. Una imagen surgió en su mente para terminar de atormentarla, su hija. Tenía que decírselo. Cerró un instante los ojos.

En el hall estaban los tres esperándola. El silencio se podía cortar. Irene estaba esperando a que la Reina la llamara. Conociéndola, sabía que todo tenía que estar perfecto.

- Me tengo que marchar. - Dijo De Carlo. - Son muchas las cosas que hay que hacer antes de organizar el funeral. - Continuó hablando con la misma frialdad de siempre.

- Haga usted lo que tenga que hacer. Yo me quedo aquí para acompañarla. Me preocupan las condiciones en las que está, todavía le queda por pasar un mal trago. Tiene que comunicárselo a su hija. - Contestó el médico mirándole directamente a los ojos.

- De acuerdo pues, regresaré lo antes posible. - Dijo esto y se dirigió hacia la puerta. No sin antes posar sus ojos en Irene con una desagradable mirada.

- ¡Dios! ¡Cómo aborrezco a éste hombre! -

Sonó el teléfono. Como había pensado, era ella pidiéndole que pasara de nuevo a su habitación.

- Irene, ya estoy lista. - Dijo sin levantar la cabeza, observaba el suelo con verdadera obstinación. Parecía esperar que éste le diera todas las respuestas.

- Muy bien Majestad. Cuando usted quiera. - Irene estaba sorprendida al ver la rapidez.

- ¿Está Eduardo ahí? -

- Si Señora la está esperando. - Respondió. No parecía ella. Nunca la había visto así.

- Pues bien, vamos. - Habló sin cambiar el tono de voz.

Salieron al hall y el Eduardo se puso de pie.

- Voy con usted Majestad, sería un honor para mí acompañarla. - La emoción casi no le permitía hablar.

- Gracias, no esperaba menos de ti. - Respondió intentando sonreírle sin éxito.

Ya en el pasillo se le antojó más largo y solitario. Era una metáfora de su vida. Sería así. Ese sentimiento le salía de lo más profundo de su ser y cada vez se iba haciendo más fuerte. Tomaba conciencia de la situación. Soledad, una palabra que le hacía ecos en la cabeza. Desde ese momento y hasta su muerte sólo existiría para ella el deseo del cumplimiento del deber. Permaneciendo en la sombra para todo lo que su hija la pudiera necesitar.

- ¡Dios! ¡Pero cómo duele! - Sentía el corazón encogido, hecho trizas.

Inconscientemente cada vez estaba más erguida al caminar.

Se pararon delante de la puerta. Cogió la manivela con la mano.

Durante unos segundos no se movió, necesitaba aspirar aire. Como si en cada pequeña exhalación pudiera hacer acopio de la fortaleza necesaria.

Sabía que una vez abierta esa puerta ya no habría marcha atrás.

Giró la cabeza y se sorprendió al ver a un gato caminando tranquilamente. - ¡Qué raro! ¿De dónde habrá salido? - Pensó extrañada.

Volvió su atención hacia la puerta y la abrió.



## CAPITULO CINCO

Dentro del coche necesitó unos segundos para recobrase. Había cometido un error muy grave. No se podía ir de allí sin volver a hablar con De Carlo, puesto que se había quedado una pregunta en el aire muy importante. Su nombre. No le iba a revelar mucho. Aun así, necesitaba saberlo y no se lo pensó más. Salió del coche.

- Pareces nuevo en esto, ¡joder! - Se oyó decir entre dientes, volviendo a entrar otra vez por la puerta. Su cabreo era monumental.

Se sorprendió al ver a De Carlo canturreando por los pasillos. Era un sonido casi imperceptible, pero Martín que tenía un oído muy ejercitado era capaz de oírlo.

No sabía que él estaba allí. No lo esperaba. Decidió seguirle.

Se adentraron entre pasillos, puertas y más pasillos. De repente, se encontró entrando en una habitación hermética en la que no había nada, ni puertas y ni ventanas. Estaba seguro de que habría alguna manera de ir hacia algún lado. Empezó a palpar las paredes, a seguir todos los bordes con los dedos y nada; era como si lo hubieran metido en una caja cuadrada y cerrada.

Desde el otro lado de una de las paredes, oyó como se acercaba de nuevo la canción. Rápidamente salió de la habitación y se escondió tras la puerta de enfrente, dejándola unos milímetros entre abierta. Un par de segundos después, pudo ver a De Carlo salir.

De Carlo cerró la puerta y se detuvo, ladeó la cabeza para mirar hacia donde Martín estaba, como si pudiera verlo. Martín se quedó inmóvil, no respiraba. De Carlo, durante unos segundos que a Martín le parecieron eternos, mantuvo la mirada observando. Sin más, giró la cabeza y se marchó por donde había venido sin parar de canturrear.

Martín aprovechó para abandonar su escondite y regresar a la habitación. Seguía en la misma situación. Nada. No encontraba la forma de accionar lo que fuera para que se abriera alguna entrada secreta.

Pensó detenidamente sin dejar de observar las paredes, durante un momento. Sin duda el acceso estaba en algún lugar, aunque no fuera visible a sus ojos. Sacó su Smart y encendió la luz negra. Con precisión, fue rastreando las paredes con ella, hasta que del yeso de la pared emergió un teclado digital con un código de cuatro dígitos. Acercó la Smart para observarla más detenidamente, quería apreciar si había algún cambio en la superficie de la pared a la altura de las teclas. Cuáles estaban más erosionadas por su uso. Eran dos, los números cinco y seis. Le impresionó mucho porque sólo eran dos dígitos.

Eso redujo el campo de probabilidades de manera increíble. Estadísticamente está demostrado que las personas que utilizan dos números para formar una contraseña de cuatro dígitos, tienden a que ésta sea capicúa. Habiendo sólo dos posibilidades no dudó, no tenía nada que perder.

Introdujo la primera combinación de dígitos 6556. Sonó un chasquido y no ocurrió nada. Lo intentó con la siguiente combinación, 5665. Se desplazó la pared, dejando un hueco de cincuenta centímetros.

No pudo evitar una leve sonrisa pensando que, no por simple dejaba de ser genial.

Encendió la pequeña linterna que llevaba y empezó a caminar intentando no hacer ningún ruido.

Parecía que no tenía fin hasta que llegó a una puerta. Estaba cerrada con llave. - No era problema para él. - Sacó su ganzúa y en un segundo la abrió.

Se encontró delante de dos cortinas de terciopelo azul. Dudó un instante antes de abrirlas. Sacó su pistola. Una Walter P99 con silenciador. Su compañera, siempre le había respondido. Apagó la linterna y separó la cortina con mucho cuidado con la punta del silenciador.

Oscuridad total. Mientras esperaba a que sus ojos se adaptaran, agudizó los oídos para escuchar. Silencio. Se quedó inmóvil un segundo más, necesitaba que sus sentidos le respondieran. Nunca le habían fallado, estaban muy bien entrenados para eso.

Nada.

Volvió a encender de nuevo la linterna.

Era todo un espectáculo lo que se iluminó ante él. Había una gran cama en el centro. Del techo caían hacia ella, colgados con cadenas, todo tipo de instrumentos específicos para provocar dolor: esposas, látigos de todos los tamaños, máscaras, instrumental quirúrgico. En las cuatro esquinas de la cama había correas para poder atar y dejar inmóvil a quien se tumbara allí.

Martín siguió iluminando. En una de las paredes había colgada la foto de una mujer. Se acercó para verla mejor. Era una foto tomada sin que ella se hubiera dado cuenta. No era un posado. La habían hecho en la misma calle. - Eres una mujer guapísima. - Posó los ojos en la leyenda que había escrita debajo. Empezó a leerla.

De tus entrañas saciaré mi sed.  
Beberé de ti la sangre que te circula.  
Y la última imagen que verán tus ojos...  
Serán mis dedos sacándote la vida.

Martín se echó unos pasos atrás. Buscó su teléfono, no había cobertura. Intentó hacer unas fotos, no le quedaba batería. Entonces se giró para poder verlo toda otra vez y retener la imagen en su memoria.

Se topó con unos ojos grisáceos. Así en la oscuridad, le parecieron todavía más fríos.

- ¿Qué hace usted aquí? – Preguntó De Carlo, sin perder la pistola que llevaba Martín de vista ni un segundo.
- Es obvio, ¿no le parece? Yo le podría hacer la misma pregunta -
- Que yo sepa estas prácticas sexuales no están prohibidas. ¿No? - Respondió queriendo quitarle importancia.
- Si usted lo dice. -
- Estamos en un país libre. Todos podemos ejercer nuestra libertad, tenemos derecho a ello. - De Carlo tenía la mirada clavada en la pistola. Martín no la había guardado.
- En eso estoy de acuerdo. Lo que no está tan claro es donde están los límites. - Martín se acercó todo lo que pudo a él, casi se podían rozar sus narices.
- Quiero que sepa que voy a estar pegado a usted, voy a ser su sombra. – Siguió hablándole sin parpadear y apoyando la pistola en su hombro derecho.
- Hágalo, no me preocupa lo más mínimo. - Contestó De Carlo, pudiendo sentir el frío metal a través de la camisa.
- Entonces y por lo que veo coincidimos en algo. - En ese momento guardó la pistola y se dirigió hacia la puerta. - ¡Dios! Podía notar que De Carlo estaba disfrutando con el momento. Un escalofrío de repugnancia le recorrió la espalda.

Con la manivela en la mano, echó un último vistazo. Desde ese ángulo pudo ver algo que se le había pasado por alto. Se dio cuenta de que alrededor de la cama estaban puestos estratégicamente unos sillones. - Me pone los pelos de punta. -

- Se me olvidaba, ¿Cuál es su nombre? -
- ¿Qué nombre? ¿A quién se refiere? - De Carlo se mantenía en el mismo punto y sin moverse. Estaba deseando que se fuera, necesitaba cerciorarse de que estaba todo igual que siempre, que no faltaba nada.
- Me refiero a la mujer, a la acompañante del Rey. Todavía no me lo ha dicho. -
- ¡Ah! Es eso. Lucía. Lucía Martínez. - Por un segundo había sentido pánico, se había quedado en blanco.
- Gracias. - No podía dejar de mirarlo fijamente.

Cerró la puerta tras de sí y, de nuevo, se encontró sumido en la oscuridad del pasillo. Encendió la linterna y sacó la pistola simultáneamente.

No quería más sorpresas.

Mientras caminaba en la oscuridad no conseguía quitarse esa sensación de encima. Tenía la certeza de que se encontraba ante un sádico psicópata. No quería pensar los momentos que se habrían vivido dentro de esa habitación. El terror que habrían sentido las víctimas. Estaba claro que muchas de ellas habrían participado y disfrutado con ello. Se le encogió el estómago.

Lo que más le preocupaba era si eso no había sido así. Si en algún momento las cosas se habrían llevado a un extremo mortal. Cerró los ojos, no podía recrear la imagen. - Necesito aire fresco. -

Salir fue más fácil que entrar. La claridad del día le creaba una sensación agradable, mientras caminaba por los pasillos de Palacio de regreso a su coche.

Al ponerse al volante notó que le temblaban las piernas. Sentía pánico cuando descubría el lado oscuro del ser humano, no lo podía remediar. Estaba claro que había matado más de una vez. Pero no era un asesino. Esa era la diferencia.

Tenía que encontrarla. - Pensó, arrancando el coche para dirigirse a su oficina. Miró el reloj. Las 07: 54. Estaba muy justo de tiempo, había que moverse rápido. -

No podía olvidar la imagen de la foto. ¿Qué significaba?

Eso era otra parte del problema a resolver. Le inquietaba saber qué intenciones tenía De Carlo con esa mujer. Estaba claro que era importante para él, la había colocado en un lugar destacado de la habitación. La leyenda lo terminaba de confirmar. Encajaba perfectamente dentro del perfil de psicópata y eso le preocupaba. No había duda de que esa mujer, fuera quien fuera, tenía el tiempo contado.

Dentro de la habitación De Carlo seguía sin moverse. Tocó su bolsillo y sacó el móvil, marcó el número y esperó a que descolgaran.

- Señor tenemos un problema. Ha estado aquí. - Colgó sin esperar una respuesta. No hacía falta. Tenía claro que había que deshacerse de él. Empezaba a ser un peligro.

Dio unos pasos hacia la foto colgada en la pared y la arrancó sin dejar de mirarla. Algo crecía dentro de él. Le embargaba la necesidad de poseerla, quería amarla como sólo él sabía. Notó que su miembro se ponía rígido sólo de pensarlo. Un brillo siniestro recorría sus ojos.

Esta noche saldría de caza, sino podía tenerla, se contentaría con piezas menores.

Empezó a reír. No podía parar. La habitación hacía un eco espeluznante con sus risas.

## CAPÍTULO SEIS

Lucía estaba tumbada en el sofá. Había pasado la noche en blanco, repasando a ratos con Yago su penosa vida.

Yago. ¿Cómo podría agradecerle todo lo que había hecho por ella? Cuando se cansó de huir por la ciudad la noche anterior, era su nombre el que le venía una y otra vez a su pensamiento. Tuvo tanto miedo que no se atrevió a coger un taxi. Cruzó toda la ciudad corriendo, a ratos andando, sin detenerse para mirar atrás.

Tenía miedo por él. No quería que le pasara nada. Sabía que estaba en peligro mortal y no quería arrastrar a Yago con ella. Pero no podía hacer otra cosa. Sin dinero, sin móvil, sin poder volver a casa. Él era su única opción, al menos por una noche.

Medio dormida miró el reloj. Eran las 07:00. Iban a empezar las noticias. - Le temblaba la mano cuando cogió el mando para encenderla.

Nada. Todo normal. Todavía no se había dado a conocer la noticia. Se levantó del sofá y con precaución se asomó por la ventana. Estaba nerviosa, no podía pensar con claridad. Se dirigió a la cocina, necesitaba café.

Ella no se sentía nada especial. No se podía creer como su vida había ido a parar a este punto. Empezó a recordar.

Hacia cinco años que había llegado a la ciudad. Salió huyendo de su pueblo porque aparte de no tener ningún futuro allí, acababa de romper con el que hasta ahora había sido su único amor.

La historia más vieja del mundo. Se había enamorado hasta la médula de alguien que no había sabido apreciarla. Alguien que la engañó y le enseñó el valor del amor con violencia. Alguien que supo tatuarle la piel con el color púrpura del miedo. Daba igual con quién, lo que importaba era el hecho en sí. Le dejó una cicatriz profunda e invisible que no había conseguido superar. Lo que la sumió en un profundo estado de depresión.

Llegó a pensar que había perdido la cabeza.

Así que, un buen día tomó la decisión y se marchó. Llegó a la ciudad con la maleta cargada de ilusiones. Un entorno totalmente ajeno a ella, distinto al que estaba acostumbrada. El comienzo fue muy duro. La precariedad de los trabajos temporales, el cambio constante de domicilio. Situaciones en las que tomar una decisión podían marcar la diferencia.

Hasta que conoció a Yago. A partir de ese momento todo cambió.

Ella era camarera en la cafetería de un hotel. Esa mañana estaba trabajando como todos los días cuando entraron tres personas, una de ellas llevaba una cámara. Se sentaron en una mesa y Lucía se acercó para ver que querían tomar.

- ¡No sé cómo decirte las cosas! - Estaba hablando Yago, con su acento tan peculiar. - Chico, es que parece que a mí nadie me escucha. Hablo y hablo igual que las locas. – Continuó llevándose las manos al pecho.

Lucía no lo pudo evitar y sonrió. Yago la miró fijamente a los ojos y le dijo:

- Mira, porque eres una mujer divina de verdad, porque si no, ahora mismo llamaba al encargado. – Estaba ofendido.
- Perdona. Lo siento mucho. - Bajó los ojos disculpándose avergonzada.

Yago la volvió a mirar. Con ese ángel que él tenía, percibió la profundidad de la tristeza de la chica.

El resto del tiempo se lo pasó protestando. Sus compañeros de mesa lo miraban con resignación. Lo conocían mucho para tomárselo en serio, sabían que lo único que le pasaba eran los nervios por el próximo desfile.

No se dio cuenta en qué momento Yago se había acercado a la barra.

- Perdona, ¿alguna vez has trabajado de modelo? - Preguntó sin dejar de mirarla.
- ¿Yo? No, nunca. - Lucía notó el calor en sus mejillas.
- Me encanta. ¿A qué hora acabas? -
- Todavía me falta una hora para terminar. ¿Por qué? – Ahora, Lucía sonreía también. Yago la contagiaba.
- Tenemos un desfile este fin de semana. ¿Te gustaría pasarte cuando acabes? Estamos aquí mismo, en el salón de conferencias. - Habló casi sin respirar.
- Vale cuando acabe me pasó. - Contestó extrañada por la proposición.

Le costaba mucho conocer gente nueva. Pero con Yago sintió desde el primer momento que podía confiar en él.

Lo que siguió fueron tiempos muy dichosos para Lucía. Se convirtió en la musa de Yago. Él era maquillador de maquilladores. Sus manos se movían igual que alas sobre su cara. El resultado siempre era espectacular. Empezó a trabajar con él como su modelo. Todo iba mejor y su relación de amistad era perfecta.

Sentía muchas veces al mirarlo verdadero amor por él. Siempre pensaba lo mismo. Era una lástima que no le gustaran las mujeres. Un desperdicio.

Lucía no tenía problemas para encontrar a alguien cuando se sentía sola. Siempre relaciones esporádicas, nada definitivo. Por nada del mundo quería volver a caer en lo mismo. Cuando todo acababa siempre estaba Yago esperándola. Terminaban los dos en pijama, tomándose un chocolate caliente y reconfortándose el uno al otro.

El día de su último desfile jamás lo podría olvidar. Se podía ver de nuevo en el backstage cambiándose rápidamente para seguir desfilando. Veía a Yago reír y gritar, estaba en su salsa.

Cuando volvió a fijar sus ojos en el espejo para darse el último vistazo, lo pudo ver. Estaba mirándola fijamente, no parpadeaba. Lo que más le impresionó fueron sus ojos. Eran claros, quizá demasiado. Sintió un escalofrío. Es más, cada vez que lo recordaba, lo volvía a sentir.

- Sé que es mal momento, pero simplemente soy un mensajero. - La miró de arriba abajo sin querer disimular lo que estaba pensando.
- Lo siento pero ahora no puedo atenderle. - Contestó rápidamente. Inconscientemente, dio un paso hacia atrás.
- Voy a ser muy conciso. Alguien muy importante tiene interés en usted. - Alargó la mano y le ofreció una tarjeta enlazada con un lazo rojo de seda a una rosa.
- Gracias. - Y la puso encima del tocador.

- Veo que usted no lo termina de entender. No quisiera tener que explicárselo mejor. - Decía mientras se acercaba un poco más a ella. Al hacerlo pudo oler perfectamente su perfume, por un instante cerró los ojos. Empezaba a dominarle una sensación imposible de controlar.
- En cuanto termine el desfile vendré a por usted lo quiera o no. - Le susurró al oído.
- Tenía que reprimirse, conseguir no tocarla. -
- ¿Me está usted amenazando? – Lucía se separó de él como pudo. ¡Era increíble lo que estaba pasando! Estaban rodeados de gente y nadie parecía darse cuenta de lo que sucedía. Sus ojos erráticos buscaban a Yago.

Éste, como si supiera que lo necesitaba, en ese momento giró su cabeza y la miró. No hizo falta más. En dos segundos cruzó todo el salón apartando a la gente.

- ¿Te ocurre algo nena? ¡Ay! ¡Por Dios! No te han terminado de retocar. – Dijo, ignorando a De Carlo que estaba a su lado. Sentó a Lucía delante del espejo y siguió parlotando sin parar.

Cuando Lucía levantó los ojos para mirarse, pudo observar que la oscura sombra había desaparecido.

- Yago, no lo vas a creer. He sentido pánico. Ese hombre parece sacado de una película de terror. ¡Increíble!
- Pero nena, no lo entiendo. Sabes que cuando pasa algo así sólo tienes que llamar a seguridad. - Le contestó Yago mirándola con preocupación. - ¿Qué quería? - Arqueó sus cejas. No sabía qué era lo que tenía que hacer con ella. A Lucía le quedaba mucho por aprender.
- No lo sé. - Continuó hablando distraída mirando la rosa. La cogió y abrió la tarjeta. Sus ojos le dolieron de tanto que los abrió, casi no podía terminar de leerla.

Me encantaría tener el placer de cenar contigo.  
Tu más humilde admirador.

Pablo

¡No se lo podía creer! La tarjeta llevaba impreso el escudo real. Levantó la mano y se la enseñó a Yago.

- ¡Joder! ¡Es increíble! Nena no le puedes decir que no. ¿No? - Yago no soltaba la tarjeta. La leía una y otra vez. Flipaba.
- Estoy asustada. Ese hombre me ha dado miedo de verdad, pero por otro lado me siento muy alagada. ¡Joder! Yago, ¡es el Rey! - Le dijo casi chillando y tapándose la boca a la vez.
- Mírala. Estás loca de atar. - Contestó Yago contagiado por Lucía, riéndose.
- No me puedo negar. No me lo quiero perder. – Dijo con la tarjeta retorcida entre sus dedos, mirándolo igual que una chiquilla que acaba de conseguir un premio.
- Pues nada, corazón. Haz lo que tengas que hacer. Sólo te pido que tengas cuidado. - Le habló levantándole el dedo índice, un gesto muy de él. Estaba igual de asombrado que ella.
- Venga pues. A seguir que tenemos mucho por delante. - Empezó a dar palmas y a gesticular para que todo el mundo se diera prisa. La pasarela los esperaba.

Fue el principio de la historia. Habían sido cuatro años increíbles. Pablo era mayor que Lucía,

pero esa diferencia de edad no le importaba. Era un hombre cariñoso, inteligente. Muy atento. Tenía claro que su relación no iba a ningún sitio y eso la relajaba. Se sentía protegida porque con ese tema, no la podía engañar.

Aun así, Lucía renunció a mucho por él. A medias, había dejado su carrera, para embarcarse en una aventura que jamás pensó que sucedería. La verdad es que pudo haberse aprovechado más de la situación. Lucía pensaba que, con todas las vivencias compartidas, tenía suficiente.

Él había intentado hacerle un montón de regalos, pero Lucía lo había rechazado todos. No era eso lo que quería. Se preocupaba mucho por ella, por su futuro. Siempre insistía mucho con el tema. No quería que Lucía lo pasara mal. Sin embargo, no era consciente de lo que tenía a su lado. La sombra negra que lo acompañaba era el único punto desagradable de toda aquella historia, siempre estaba ahí, notaba su constante presencia. En más de una ocasión había intentado hablar con Pablo del tema, pero era una tarea inútil. Para Pablo era alguien de su máxima confianza, su rottweiler por así decirlo.

Su mente regresó a la mañana anterior. Como siempre, sobre las nueve de la mañana entró en Palacio. Formaba parte del servicio. Aquél edificio era tan grande que podía pasar desapercibida totalmente. El regresaba de un viaje al mediodía más o menos, disponía de tiempo para prepararse y esperarlo.

Caminó hacia “su apartamento” tranquila. Abrió la puerta con su llave. Ya en el interior dejó las cosas sobre el tocador. Abrió las cortinas para que entrara la claridad del día. Miró la gran cama y se dejó caer encima. - Necesito relajarme, quiero estar bien cuando llegue. -

No había notado que se dormía, hasta que sintió la sensación de esa presencia. Abrió los ojos y lo vio allí de pie, sin moverse, mirándola fijamente.

- ¿Qué hace aquí? - Le preguntó de mal humor. Nunca ocultaba la repugnancia que sentía por él.
- Mirar ¿Acaso está prohibido? – Al sonreír, su rostro hacía una mueca extraña.
- ¡Largo!

De Carlo de un salto se había puesto encima de ella en la cama y la sujetaba fuertemente de las muñecas.

- Sabes perfectamente que no pararé hasta conseguir que seas mía. - Le susurró al oído masticando las palabras entre los dientes, jadeante.
- Le juro que si no se marcha de aquí ahora mismo, se lo voy a contar todo a Pablo. - Respondió Lucía intentando soltarse, casi cayéndose de la cama.
- Sería lo último que harías. - La había soltado ya con un empujón y se estaba poniendo de pie.
- No nos interesa a ninguno. - Le hablaba con su frialdad característica de camino hacia la puerta. Se giró para mirarla y le guiñó un ojo con esa mueca en los labios otra vez.

Lucía se sentó en la cama. El ruido de sus latidos no la dejaba pensar. Estaba decidida a hablar con Pablo. La situación empezaba a ser insostenible. No estaba dispuesta a seguir así. Había seguido el consejo de Yago, tenía que ser astuta. Se levantó y fue directamente hacia el cuadro. Al apartarlo pudo ver su cámara, sacó una tarjeta de memoria nueva de su bolso y la cambió por la que había en la cámara, que se guardó en el bolsillo del pantalón.

La ayuda de Yago siempre había sido primordial. El conocía a todo tipo de gente. Le habían hecho

el favor de pintarle un cuadro sobre una tela especial. Cuadro que ella le había regalado a Pablo y había sido colocado ahí a su gusto.

Volvió a dejarse caer en la cama. Miró el reloj todavía faltaba para que llegara él. Cogió el mando y encendió la tele.

La despertó la suavidad de unos cálidos labios. La recorrían desde la base del cuello hasta su boca.

Abrió los ojos y allí estaba. Extendió los brazos y lo abrazó por el cuello. Le miró. Lo besó en los labios. Había notado su ausencia. Notaba su deseo... Él se incorporó para poder mirarla.

- Noto que me has echado de menos. - Sonrió Pablo. - Lucía no dejaba de asombrarme...- y deslizó su mano hacia el interior de sus muslos. Lucía arqueó la espalda al notar el roce de sus dedos en su interior.

- Si, en este viaje te he echado mucho de menos. - Hablaba con voz entrecortada por el impulso del deseo.

- Pero ¿Qué hora es? ¡Me he quedado dormida! Tenía preparada una sorpresa para ti.  
- Susurró mirándole a los ojos. Eran preciosos, parecía que tenía el mar encerrado en ellos.

- ¿Una sorpresa? Eso me gusta. - Pablo no dejaba de besarla en el cuello.

- Vamos, levanta. - Pablo se resistía. Como pudo, consiguió que se levantara. Lo cogió de la mano y lo llevó al centro de la habitación. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para apartarse de él.

- Te va a encantar. - Su tono era seductor, a la vez que empezaba a desabrocharle la camisa. Botón tras botón. Sin ninguna prisa. Cuando sus manos rozaron el cinturón, Pablo emitió un profundo suspiro y la atrajo hacia él. Se fundieron en un apasionado beso mientras los pantalones se deslizaban hacia el suelo.

- -Me tienes que dejar...- susurró Lucía dando un paso atrás para conseguir mantener una minúscula distancia.

Pablo resignado se dejó hacer. Muy a su pesar, Lucía continuó quitándole la ropa manteniendo el mismo pausado ritmo.

Lucía le abrió la camisa y observó su pecho. A pesar de su edad Pablo se mantenía muy bien. Había sido un hombre muy guapo, de compresión atlética, que mantenía gracias a seguir con el programa de ejercicios diario. Así que su entrada en la vejez no podía ser mejor. Acercó la silla que había delante del tocador y le hizo sentarse. Sacó de su bolso unas cintas.

- ¿Te vas a dejar? - Le preguntó con una sonrisa, pasándole la cinta como si lo acariciara por el hombro.

- Sí, sabes que sí. - Contestó con seriedad. Lucía tenía un enorme poder sobre él. Cada vez se sentía más excitado.

- Primero una mano. - La besó sugerentemente.

- Luego la otra. - La rozó con sus labios, a la vez que buscaba sus ojos.

- Esto empieza a gustarme demasiado. - Pablo sonrió nervioso

- De eso se trata. Esta es una de mis fantasías. Quiero sentirla contigo. - Le guiñó un ojo terminando de atarle el tobillo a la silla. Se incorporó y se puso de rodillas delante de él. Le cogió la cara con las manos y volvió a besarla suave y lentamente.

- Ahora viene lo mejor. - Se puso de pie y se acercó al bolso. Sacó una cinta de raso roja de su interior.

- ¿Te acuerdas de esto? - Preguntó, con un gesto muy sensual.

- ¡Claro que sí! No sabía que la habías guardado. – Pablo estaba impaciente, deseaba que se acercara más
- Tienes que portarte bien. - Lo rodeó y le cubrió los ojos con la cinta. Le hizo el nudo con suavidad y le besó en la nuca.
- ¡Qué mala eres! - Contestó con acento divertido. Se lo estaba pasando genial. ¡Lo tenía loco!

Se sentó en su regazo y le volvió a besar.

- Vuelvo enseguida, esto no ha hecho más que empezar. - Le susurró al oído, a la vez que se lo mordía suavemente.

Se apartó de él y se dirigió al baño.

- ¡No te vayas! – A Pablo se le quebró la voz por la súplica.
- No te muevas de ahí. Sé que te va a encantar...dame unos minutos y enseguida vuelvo. -

Pablo se quedó ahí atado, quieto. No podía parar de sonreír, le parecía divertida la situación. Sobre todo estaba excitado. Lucía le estaba proporcionando un aire renovado en el atardecer de su vida. Le tenía absurdamente drogado. Era una verdadera adicción para él.

- ¿Ya estás lista? - Preguntó al sentir unos pasos suaves sobre la alfombra.

No le dio tiempo a seguir. Notó el frío seco de metal en su nuca.

Un ruido seco y todo se apagó...

Lucía se había duchado a toda prisa. Se puso un conjunto que le iba a cortar la respiración - Espero que le guste. - Dejó caer unas gotas de perfume por su cuello, mirándose en el espejo. - Perfecto, pensó. - Sonrió y abrió la puerta para salir a la habitación.

- ¡Ya estoy aquí! - Le dijo con la voz más sugerente que le podía salir.

Se quedó petrificada...Un grito sordo se ahogó en su garganta.

Allí estaba Pablo con la cabeza inclinada hacia abajo, su barbilla casi le rozaba el pecho, dejando la herida a la vista. Le entró el pánico. Corrió a coger su móvil y mientras se vestía a toda prisa intentó marcar el número de Yago. Caminaba de un lado a otro del baño y las manos le temblaban tanto que no podía marcar.

Volvió a la habitación. Se acercó a él, era un mar de lágrimas. No se lo podía creer. Pero si ahora mismo estaba encima de él besándolo. Estaba lleno de vida. Pero... ¿Cómo? ¿Quién? De repente en su ataque de histeria se quedó quieta... ¿Y si regresaba el asesino y ella seguía allí?

Le entró más pánico aún, cogió rápidamente la chaqueta y el bolso. Una vez a la altura de la puerta se detuvo dándose la vuelta para volver a mirarlo. No podía irse así. Volvió sobre sus pasos, se agachó y le besó en la mejilla. Había sido bueno, muy bueno con él. No se merecía morir de esa manera. Las lágrimas corrían libres por sus mejillas. Se levantó y salió tan deprisa como podían sus pies.

Ya en el pasillo intentó disimular todo lo que pudo. Estaba desencajada. Tenía que salir de allí. Se apretó más la chaqueta. Entonces se dio cuenta de que se había dejado las llaves. ¡No podía volver a su casa!

Por la noche, cuando el cansancio ya no la dejaba pensar, se dirigió a casa de Yago. Le tocó la puerta dos veces. Al abrirla lo miró. - ¡Dios! Pensó, menos mal que te tengo. - Lo abrazó con desesperación. Yago con el gesto muy serio, cerró la puerta.



## CAPÍTULO SIETE

Ya en su despacho, Martín había conectado el móvil a su ordenador para poder sacarle toda la información.

En ese momento entró Alba. Era su ayudante.

- Ya están todas las pruebas entregadas. - Martín la miró e hizo un gesto de señal de aprobación. Llevaba mucho tiempo trabajando con Alba y conocía su eficacia en el trabajo.
- Esto tiene que resolverse lo más rápido posible. Contamos con muy poco tiempo. -
- Ya he dicho que todo tiene prioridad máxima. - Le contestó con rapidez. Conocía muy bien las pautas de trabajo de Martín. Lo miró un segundo más y se marchó.

Martín tenía los ojos fijos en la pantalla. Pudo comprobar que había un número que aparecía una y otra vez. Siguió indagando, tenía que saber a quién pertenecía. No iba a ser ningún problema, Yago Leiva. Se trataba de un personaje muy reconocido dentro de su profesión. Entró en el registro para ver si estaba fichado. Nada. Encontró lo que más le interesaba de él, su dirección.

Antes de salir del despacho eliminó el registro de todo lo que había estado haciendo, no quería que quedaran rastros de nada. No confiaba en nadie, era defecto de profesión. Guardó el móvil en su bolsillo. Miró el reloj. Eran las 08:45. Tenía el tiempo contado.

En la puerta del edificio sonó su teléfono. Descolgó con rapidez, sabía perfectamente quien era.

- Está todo controlado. - Dijo Martín, sin dudar.
- Ese no es el problema. Se va a dar a conocer la noticia. Le aviso que el tema se queda aquí. - Contestó la voz neutra del Ministro del Interior.
- Pero señor...- No le dejó acabar.
- No considero necesario tener que aclarárselo. - Prosiguió imperturbable. - Haga el seguimiento lógico en este tipo de operaciones, pero nada más. ¿Está claro? -
- Lo que usted ordene. - Contestó Martín secamente.
- Mantégame al corriente de todo. - No dijo más y colgó.

Martín ya al lado de su coche, echó un vistazo rápido a su alrededor. En ese momento tomó conciencia de la situación. Escribió un mensaje encriptado con el móvil y se lo mandó a Alba.

Tenía claro que todas las pruebas entregadas se habrían esfumado así que, era imprescindible avisarla por lo que pudiera ocurrir.

No iba a perder tiempo en preguntarse por qué su superior actuaba así. Estaba decidido. Tenía que conseguir averiguarlo todo. Nada lo iba a parar.

\*\*\*\*\*

Lucía caminaba inquieta por la casa. Impaciente, estaba esperando a que Yago se despertara. Sentía que allí estaba en su hogar. El piso de Yago tenía su firma impresa. En cada rincón insignificante había mucho de él.

No pudo más y entró en su habitación. Se tumbó con suavidad a su lado en la cama.

La tranquilizó el sonido acompasado de su respiración. Se quedó quieta mirándolo, no quería ni parpadear. Era un hombre guapo. Tenía unas facciones marcadas, bien definidas. No podía dejar de sentir un miedo atroz. Temía a lo que le pudiera pasar por culpa de ella. Lo sentía algo suyo, muy suyo.

En ese momento Yago abrió los ojos, la miró y le sonrió.

- Nena, tenemos que ponernos en marcha. - Dijo con una voz totalmente soñolienta.
- ¿Tenemos? No Yago. Lo tengo decidido. Tú y yo nos separamos aquí. Por mucho que te empeñes no me vas a hacer cambiar de opinión. - Lucía le hablaba con un gesto muy serio, poniéndose ya de pie.
- Pero... ¿Qué estás diciendo? No guapa, no. Sabes de sobra que yo no te pienso dejar. - Continuó Yago, incorporándose en la cama para levantarse. Indignado.
- ¡No! Eso no. No me he marchado cuando estabas durmiendo porque no he podido hacerlo, ¡Así no! Quiero que te vayas rápido, te tienes que ir del país, ¡pero ya! - Le gritó Lucía con los ojos llenos de lágrimas. No soportaba la idea de no volverlo a ver.
- ¡Pero bueno! Tú te vienes conmigo. - Yago cada vez estaba más enfadado.
- Yago, no puedo. No me explico cómo ellos no han dado conmigo todavía. No puedo soportar la idea de que te pase algo. Por favor, tienes que marcharte. La mejor manera de ayudarme ahora en este momento, es esa. - Era un tono totalmente de súplica.

Por unos momentos Yago suspiró y se quedó quieto, inmóvil mirando al suelo. Sabía que tenía razón.

- De acuerdo me voy. Pero tienes que prometerme que me vas a estar llamando cada cinco minutos. Me vas a dejar que te ayude en todo lo que pueda. - Diciéndole esto levantó el canapé de su cama y cogió una lata de galletas antigua. La abrió. Sacó todo el dinero que había y se lo puso a Lucía en sus manos.
- Esto es todo lo que te puedo dar de momento. Según avance la situación ya iremos viendo la manera de seguir haciéndolo. - Dijo a la vez que la abrazaba fuertemente.

Yago se vistió en cinco minutos. Metió en una bolsa de viaje lo imprescindible y se sentó con Lucía en el sofá. Lucía tenía la vista fija en la pantalla. Estaba hablando el presidente del gobierno, transmitiendo su más sentido dolor por la muerte del Rey al país.

Lucía era incapaz de dejar de llorar, miró a Yago, en ese momento no podía quererlo más. Era su persona, la que nunca le había fallado. Era muy dolorosa para ella la despedida.

- El momento no nos da para más. Sólo quiero darte las gracias por todo. Siempre estarás en mi corazón. - Lucía le apretó con fuerza las manos.
- La única razón por la que te dejo, es porque tienes razón. Siento que te puedo ayudar más así, de esta manera. - Yago se acercó hasta Lucía y la besó levemente en los labios.
- ¡No me lo pienso más! - Se puso de pie y dirigió hacia la puerta. Una vez allí se

dio media vuelta para poder mirarla otra vez, como si quisiera mantener esa imagen grabada para siempre en su retina. No sin dejar de sentir que un dolor agudo le rasgaba el corazón.

Lucía se quedó allí sentada con el mando en la mano, presa de un dolor enorme, sin poder dejar de llorar. Tomaba consciencia de su soledad, nada iba a ser igual sin Yago.

Secó sus lágrimas con la manga del jersey y se levantó rápidamente. Tenía que ponerse en marcha, conseguir huir. No sabía cómo, pero tenía que hacerlo. En ese momento, sonó el timbre de la puerta. - No puede ser, ¡ya se le ha olvidado algo! - El despiste de su amigo era legendario, sonrió pensándolo.

- Pero Yago, ¿no sé qué voy a hacer conti...? - No terminó de decirlo. Un desconocido estaba mirándola. Con un movimiento rápido, antes incluso de que ella pudiera ni reaccionar, se había puesto a su lado y la había inmovilizado contra la puerta.

- ¡Ni se te ocurra moverte! -

De un empujón la tiró en el sofá. Cerró la puerta con rapidez y se sentó en el sillón de enfrente observándola fijamente.

En su interior, Martín estaba fuera de sí. Estaba sentado mirándola y no se lo podía creer. Era la misma persona que había visto en aquella siniestra habitación. Una pieza se acaba de encajar dentro del puzle. No podía dejar de mirarla fijamente. Algo en su interior se le estaba despertando. - Es más guapa así, al natural. - Pensó. - Pero ¿qué estoy haciendo? - Prosiguió, sorprendido de su reacción.

Sacó la pistola y la puso encima de la mesita sin dejar de mirarla, apoyó los codos en las rodillas y con las palmas de las manos se tapó la nariz.

- Bien, esta conversación es trascendental. Disponemos de muy poco tiempo, piensa muy bien lo que me vas a decir. Quiero la verdad, todo lo que me parezca lejano a ella provocará una reacción rápida. - Dijo mirando intermitentemente a la pistola y a Lucía.

Lucía, todavía con la respiración entrecortada estaba tratando de calmarse. Sus ojos se quedaron fijos unos segundos en el arma. No sabía quién era él. El miedo le calaba los huesos. Una pequeña luz se abrió en su mente, si no la había matado ya, pensó que tenía una leve oportunidad.

- ¡Habla! ¡Venga! - Gritó Martín sin dudar. Le sorprendió porque la miraba y era la primera vez en su vida que una persona no le transmitía nada. No conseguía percibirla. ¡Eso era algo extraordinario!

- Yo no he asesinado al Rey, si es eso lo que quiere saber. - Consiguió contestarle Lucía, sin apartar sus ojos de él.

- Estaba allí en el momento en que sucedió, pero yo no he sido. -Prosiguió, los oídos le zumbaban por el ruido de sus latidos.

- Tendrás que esforzarte más...- dijo y sin terminar la frase, giró la cabeza en dirección a la manivela de la puerta de entrada.

De un salto cogió a Lucía como si fuera una muñeca de trapo y tapándole la boca, la metió en la cocina. Abrió la puerta de la nevera y la colocó detrás.

- ¡Agáchate y no te muevas hasta que yo te avise! - Le ordenó y sin más se dirigió al salón.

Se situó detrás del sofá. Con un movimiento rápido colocó el silenciador de la pistola. Sólo tuvo que esperar un segundo.

Entraron dos hombres vestidos totalmente de negro con pasamontañas. Fue rápido y directo, disparó cuatro veces. Al primero le dio directamente justo en el centro de la frente. La bala entró rompiendo el hueso frontal y pudo ver como la parte de atrás de la cabeza se le abría, salpicándolo todo de sangre.

Cayó como un plomo hacía atrás.

El segundo, recibió el impacto en el cuello. De repente todo fue una mancha roja, la sangre salía de su garganta como si fuera un aspersor. Se llevó las manos al cuello intentando parar el reguero de sangre inútilmente, cayendo fulminado hacía adelante con los ojos en blanco.

Martín se puso de pie rápidamente y fue directo hacía éste. Le disparó otra vez para asegurarse de que ya no iba a ser un peligro. Lo empujó un poco con el pie para ver si respondía, al ver que yacía inerte, se dirigió hacia el otro e hizo la misma maniobra.

Para él, el segundo disparo era el de rigor.

Su sorpresa fue brutal, cuando con decisión les quitó el pasamontañas. Eran gente de su propio equipo.

Se dirigió hacia la puerta de entrada y la cerró.

Lucía se asomó lentamente al comedor. Al ver la escena, se tapó la boca con las manos para ahogar su grito de espanto. Martín la miró con frialdad. Estaba de pie en medio del salón rodeado por un charco de sangre todavía caliente.

- ¡Vamos! - Gritó, cogiéndola del brazo con decisión. Se aseguró que no habrían más sorpresas y salieron de allí a toda prisa por las escaleras.

Diez minutos antes había hecho el recorrido Yago, pero éste bajo por el ascensor hasta el sótano para coger el coche. Abrió el maletero y guardó la chaqueta y la bolsa. Se dirigió hacia la puerta del conductor y la abrió.

Cuando iba a meterse a toda prisa en su interior, alguien le dio un golpe seco en la nuca y lo empujó como un fardo en el interior del coche. Lo puso en marcha y salió a toda velocidad del garaje.

## CAPÍTULO OCHO

Bajando deprisa por las escaleras, Martín, en cada escalón se iba dando cuenta de la magnitud de lo sucedido. No le preocupaba que el piso se quedara así, de sobra sabía que no iba a quedar ningún rastro.

El problema no era pequeño.

Tenía que conseguir salir de allí, precisamente de un sótano y lo peor es que la llevaba a ella. Lo tenía que lograr a toda costa. Conocía muy bien los métodos en este tipo de operativos, por lo menos tenía eso a su favor.

En el sótano habrían apostados seguramente de cuatro a cinco miembros esperándolos con sus armas preparadas. En el exterior estaría la furgoneta de seguimiento, que a estas alturas ya sabrían

hasta por qué planta estaban en ese momento, gracias al escáner de calor. No tenía la más mínima duda que el éxito de su misión estaba en el factor sorpresa.

Lucía por su parte, seguía el ritmo que le imponía el desconocido.

Todavía tenía en su cabeza grabada la imagen de lo que acababa de suceder. Había visto su mirada y eso la atemorizaba, si cabe, todavía más. De su mente no se borraba la imagen de Yago. Estaba muy preocupada por él, sólo deseaba que no hubiera tenido ningún tipo de problema.

Estaban llegando a la puerta del sótano, cuando Martín se paró, se dio la vuelta y le dijo:

- Si no haces caso de lo que te voy a decir, estás muerta. Así de claro. Tienes que pegarte a mí todo lo que puedas y en el momento en que yo te avise, te tiras al suelo. ¿Lo has entendido?
- Pero usted está loco, ¿me está diciendo que esto todavía no se ha acabado? - Le preguntó Lucía, sintiendo que el pánico le agarrotaba las piernas.
- ¿Terminado? Guapa esto no ha hecho más que empezar. ¿Sabes disparar un arma? -
- ¡No! – Contestó, casi sin fuerzas.

Se pusieron juntos pegados a la pared al lado de la puerta.

Martín sacó la llave de su coche. El llavero tenía una forma muy singular. Extrajo una pieza pequeña del lateral y empezó a parpadear una luz verde.

- Recuerda, pegada a mí. - Le dijo a Lucía mirándola fijamente.

Martín pulsó el botón. Al otro lado de la puerta, su coche encendió y apagó las luces un par de veces. Los miembros que estaban escondidos, se miraron unos a otros extrañados.

Entonces, estalló la bomba destrozando el coche en pedazos.

La deflagración arrasó todo lo que pilló a su paso. La puerta del sótano salió volando despedida. Martín aprovechó ese momento para poder escapar. Se encontraron con una pared de humo ennegrecida, le indicó a Lucía que hiciera lo mismo que él. Martín con su chaqueta y Lucía con su jersey se hicieron su propia mascarilla para poder respirar.

No paraban de caer cascotes por todas partes. El fuego en su recorrido había quemado los coches contiguos al de Martín, casi no se podía ver nada. Caía agua a raudales de las tuberías ancladas en los bajos del edificio. De hecho, el edificio entero se había balanceado como si fuera un castillo de naipes.

Martín y Lucía se movían con mucho cuidado entre los escombros. Entonces se encontraron con el primer cadáver.

Sorprendida Lucía pudo ver que estaba totalmente desmembrado, eran restos de una persona. Sólo la cabeza y el tronco. Estaba allí empotrado en el techo del coche, con las facciones totalmente desfiguradas. Su carne humeante hizo que Lucía sintiera náuseas...

Se oyó el primer disparo. Martín con rapidez se agachó haciendo que Lucía lo hiciera también.

- Vuelvo en seguida. ¡No te muevas! - Le dijo muy cerca del oído, pues debido a la onda expansiva casi no podían oírse.

Lucía lo vio desaparecer entre el humo. Allí, agachada temblando como una hoja a punto de caer. No se lo pensó un segundo, empezó a caminar de cuclillas despacio, intentando encontrar el final del humo. Sus ojos lagrimeaban sin cesar, cada vez que parpadeaba, podía notar el dolor que le provocaba el aire caliente.

Iba zigzagueando entre los escombros, cuando por detrás la cogieron por el pelo y tiraron de ella. Con el movimiento se le resbaló el jersey de la cara, quiso gritar y se le llenaron los pulmones de humo. Sus manos luchaban por llegar al punto desde la tenían cogida. Forcejeaba, en un intento de conseguir darse la vuelta para poder ver quién era su agresor. Cuando por fin lo consiguió, pudo ver a un hombre tapado hasta los ojos. Estaba herido, tenía la herida en el abdomen pero aun así, podía sentir su imponente fuerza.

Con ademán brusco la tiró al suelo y rápidamente se abalanzó sobre ella. Lucía, luchaba con todas sus fuerzas para poder liberarse de él, pero era inútil. El humo que respiraba la estaba dejando sin aliento, mientras el desconocido había puesto sus manos alrededor de su cuello y lo apretaba, jadeando sin parar.

De repente cuando pensaba que todo había acabado, que no tenía ninguna oportunidad, se oyó el sonido seco de un disparo. El impacto de la bala sobre la cabeza de él que la atacaba, provocó que lloviera sobre Lucía un manantial de sangre, mezclado con partes de masa encefálica y astillas pequeñísimas de hueso.

Con un movimiento rápido Martín la liberó del cuerpo inerte.

Lucía inútilmente intentaba limpiarse como pudo, restregando su cara con el jersey que estaba en el suelo. Miró a Martín...

- Gracias. - Consiguió decirle antes de agacharse para vomitar.

- No debería de haberte salvado ¡Te dije que no te movieras! - Martín estaba bastante enfadado.

Consiguieron llegar a un coche que parecía entero. Martín sacó su mini ganzúa y lo abrió. La dejó pasar primero. Lucía, ya en su interior, no paraba de toser, intentaba recoger bocanadas de aire limpio.

Martín se sentó en el asiento del conductor. De su bolsillo sacó una especie de encendedor y lo metió donde se pone la llave de contacto. Habían conseguido coger un coche muy cercano a la puerta del garaje. Lo puso en marcha, no sin antes con un ademán, cogerle la cabeza a Lucía para ocultársela entre las piernas.

Ella no opuso ninguna resistencia y lo dejó hacer. Empezaron a rodar muy despacio hasta que de entre las ruinas salieron dos miembros disparando. Martín aceleró el coche en dirección a la puerta, tenía que ser ahora o nunca. A todo lo que daba el motor salieron por la puerta al exterior, no sin antes atropellar a uno de ellos. Éste se estampó contra el parabrisas y salió volando hacia una de las maltrechas columnas cayendo al suelo como una piedra.

Lucía giró la cabeza, no podía ver más, no quería.

Saliendo ellos de allí, llegaban los bomberos y los servicios de asistencia sanitaria; bloqueándole el paso a la furgoneta de la que salieron varios individuos, que no tuvieron más remedio que quedarse allí rodeados por la multitud de curiosos que iba concentrándose atraída por la explosión.

Circulando ya por las calles, Lucía se ladeó en su asiento.

Observaba a Martín mientras conducía. Su gesto era un enigma para ella. Desde luego era un hombre guapo. Su perfil era de líneas perfectas. Sus cejas negras bien marcadas hacían juego con sus ojos. Tenía los labios bien perfilados.

No lo podía entender, a pesar de todo lo que había pasado, sentía una extraña atracción cada vez que lo miraba. Lo encontraba irresistible. Martín ladeó la cabeza y la miró.

- ¿Tienes un cigarro? - Preguntó Lucía bajando la mirada, la había pillado observándolo.
- Toma. -
- Por cierto, me llamo Lucía. – Le dijo a la vez que encendía el cigarrillo.
- Lo sé, yo Martín. - Fue una respuesta seca, sin dejar de mirar hacia delante.

No pararon de dar vueltas, Lucía no sabía cuál era su destino.

No pronunciaban palabras. Así, en silencio, Lucía intentaba acallar la fuerza de sus pensamientos. Parecía una imagen irreal, no era capaz de detener los ojos en ningún punto. Las imágenes de la ciudad se deslizaban ante ella como si se tratara de una macabra alegoría de su vida.

En algún momento se durmió.

Notó la mano de Martín sobre su hombro despertándola...

- Vamos, ya hemos llegado. -

Estaban en el lateral de una iglesia de la ciudad. Se sorprendió al ver que Martín abría con llave una pequeña puerta marrón. En el interior, caminaron por el pasillo que daba a la sacristía. Allí estaba un cura bastante anciano sentado en su mesa de despacho. Levantó la vista y los miró.

- Hoy es el día Padre. - Dijo Martín, sin más.

El cura abrió el cajón de la mesa, buscó unas llaves y se las entregó a Martín. Lo miró detenidamente, la verdad es que no necesitaba hacer ninguna pregunta teniendo en cuenta el aspecto que llevaban los dos.

- Gracias. - Era sincero el agradecimiento en la voz de Martín. Volvió a cogerle la mano a Lucía y salieron en dirección a un patio interior que había en la iglesia.

Entraron en un pequeño zaguán con suelo empedrado. Se dirigieron hacia la puerta que había en el rincón izquierdo. Ésta daba acceso al claustro.

El patio era cuadrangular, en sus cuatro lados tenía una galería de arquerías que descansaban sobre dobles columnas. Su estilo tenía la pureza de las líneas románicas.

Estas galerías rodeaban un pequeño jardín y en su centro había un pozo en el que confluían cuatro pequeños caminos.

Dentro del patio al fondo a la izquierda había una puerta. Se dirigieron a ella. Martín la abrió y entraron los dos al interior, volviéndola a cerrar.

\*\*\*\*\*

En algún punto de la ciudad, Yago estaba despertándose.

Notaba un dolor agudo en la base del cuello y calor. Abrió los ojos y se encontró sentado en una silla con el cuerpo apoyado en una mesa.

El calor se lo provocaba una lámpara de luz blanquecina, que pendía del techo. Podría ser cualquier habitación del mundo. Las paredes tenían un color neutro. Sin ventanas.

Era inútil intentar escapar, aparte de que no tenía ningún sentido de la orientación. No sabía ni tan siquiera, si era de día o de noche. Se abrió la puerta y entró alguien desconocido para él. Se sentó enfrente de él en otra silla. Sus facciones no le aportaban nada, era inexpresivo. Vestía un traje oscuro con la corbata a juego.

- Estás muerto. Si haces lo que te digamos, puede...que tengas alguna oportunidad. - Dijo fríamente y mirándole directamente a los ojos.

- ¿Y qué se supone que tengo que hacer? - Preguntó Yago, inclinándose hacia delante y devolviéndole la mirada.

- Tienes que conseguir atraerla hacia nosotros. - Al decir esto, a la vez le propinó un puñetazo en la cara. - ¡Qué asco, cabrón, me he manchado con tu sangre! - Gritó, poniéndose de un salto de pie y tirando la silla al suelo.

- Tranquilo guapo, lo que yo tengo no se pega. - Le contestó Yago riéndose e intentando colocarse de nuevo bien las gafas. Le quemaba la mandíbula por el impacto.

Nada más decir esto entraron dos agentes más en la habitación. Se colocaron detrás de Yago, quietos. Su interlocutor ya había recogido la silla y se estaba sentando de nuevo intentando recobrar la compostura.

- ¡Ahora sí que me vas a escuchar! Lo sé...- le dijo mirando a Yago sin parpadear.

## CAPÍTULO NUEVE

Nada más entrar, Lucía sintió que el peso del mundo entero se le caía encima. Observó la decoración espartana de la habitación. Una simple cama con una mesita y un sillón, sin cortinas. La pequeña ventana estaba enmarcada con madera, diseño mallorquín.

A través de ella se podía ver parte de la iglesia. Era un edificio de líneas románicas, daba sensación de serenidad y recogimiento. En una esquina del patio había un sauce llorón. Indolente, dejaba mover sus ramas con el poder de la brisa.

Era un fuerte contraste respecto a su vida en ese momento.

Cerró un segundo los ojos intentando que el ambiente que se respiraba calara su espíritu. Quieta allí de pie, mirando a través de la ventana, intentando darse un abrazo a sí misma.

Se dio la vuelta y el contraste de la luz exterior con la interior, la dejó momentáneamente sin vista. Levantó la cabeza y pudo ver que una triste bombilla caía lánguidamente desde el techo, iluminando con una mortecina luz todo el espacio.

Se dejó caer abatida a los pies de la cama.

Miró hacia la derecha, había una puerta que daba acceso al baño. Miró a Martín, éste se había sentado en el sillón con la cabeza entre las manos.

Martín, por su parte, estaba haciendo un ejercicio de respiración. Necesitaba sentir el control sobre la situación. No dudaba al pensar que, este era un punto determinante de su vida. Pero por ilógico que pareciera, sólo sentía palpar su corazón atraído hacia Lucía. Desde el primer momento en que la vio, algo le sacudió de una forma impetuosa.

Su mente daba vueltas sin cesar sobre lo mismo. ¿Por qué no era capaz de entrever algo en Lucía? Esto lo tenía desconcertado. Era la primera vez que le ocurría.

- Necesito ducharme. - La voz de Lucía rompió el hilo de sus pensamientos. Ella, totalmente ajena a ellos, hablaba observándose las manos manchadas todavía de sangre seca.

- No hay problema. - Le contestó Martín, con tono de voz grave. Se levantó y se dirigió al armario. Sacó toallas y ropa cómoda masculina. Nunca pensó que iba a tener allí la compañía de una mujer.

- Esto es lo que te puedo dar por ahora. -

- Gracias, por lo menos es algo. - Le respondió Lucía, esquivando su mirada, pues la suya estaba invadida por las lágrimas. Lo cogió y se dirigió al baño.

- No tardo nada. - Dijo cerrando la puerta sin levantar la vista para mirarlo, con voz cansada.

Martín se quedó quieto de pie un segundo, sin poder dejar de mirar a esa puerta.

Recuperó la compostura y se dirigió al armario. En su interior accionó una pequeña clavija oculta y se abrió el fondo.

Allí tenía un pequeño almacén de material que había ido acumulando durante todos los años de servicio, por si alguna vez lo necesitaba. Había de todo, desde armas, ordenadores, teléfonos móviles...

Era consciente de que dentro de su profesión, en cualquier momento se podía ver en una situación tan determinante como aquella. Este era su último reducto. Sabía que no podía tener acceso a ninguno de los pisos francos. Estarían a estas alturas, todos vigilados por auténticos perros de presa hambrientos de sangre, de su sangre.

Tenía que pensar con rapidez. Pero no podía, sus instintos más primarios estaban centrados ahora mismo con toda su intensidad en esa puerta. Era un inmenso imán para él.

En el interior, Lucía intentaba calmarse. El espejo la devolvía a una realidad cruel. Casi no se reconocía en el reflejo. Sentía asombrada que los intensos ojos azules que la miraban no eran los suyos, sino de una extraña.

Abrió el grifo esperando a que el agua corriera caliente. Empezó a desnudarse. Tenía el cuerpo cubierto de moratones y arañazos. Fue dejando caer la ropa a sus pies y se metió en la ducha. Notó resbalar el agua por su pelo, la suave caricia del calor iba envolviendo su cuerpo. Cerró los ojos dejando que todo el poder del agua cayera sobre su nuca.

En ese momento, Martín abrió la cortina de la ducha.

Con sigilo había entrado y se había desnudado también. Su ropa yacía inerte en el suelo enredada con la de ella. Se quedó quieto un segundo observándola. Había caído preso del deseo, sucumbido a su poder.

Lucía le devolvió la mirada. Lo vio acercarse lentamente. Casi a un centímetro de ella, se detuvo. Pudo ver el deseo implícito en su mirada. Acercó su cara a la de él, mejilla con mejilla se quedaron quietos dejando correr el agua.

Un sentimiento desgarrador se apoderó de su corazón.

Durante años se había negado esa necesidad. Había cerrado todas las puertas en su interior, protegiéndose. No había querido permitirse algo tan sensorialmente profundo.

Martín, por su parte, estaba embargado. No comprendía por qué siendo una sospechosa como era, lo hacía sentir así. Le daba igual. Su mente sólo le mandaba un mensaje.

Sus manos empezaron a recorrer su cuerpo milímetro a milímetro.

Era perfecta, tenía una piel suave como la seda. Sus senos temblaban con su roce. La miró y con un deseo arrebatador la besó. Se fundió con ella en un abrazo formando una sola figura enredada bajo el agua.

Lucía se dejaba llevar presa como él de un ardiente deseo. Le parecía increíble estar así, con un desconocido del que apenas sabía nada. Pero el día la había llenado de emociones intensas, de miedos irrefrenables. Se había llegado a creer muerta. Sintió que ese momento podía ser el último... Con un suspiro de placer se aferró a él todavía más.

Martín se separó de Lucía un instante. Le sonrió y con un rápido movimiento la cogió en brazos. Y así mojados, la llevo hasta la cama. La tumbó sobre ella y empezó a recorrer cada centímetro de su piel, dándole suaves besos hasta llegar a sus ingles.

Lucía se sentía arrebatada. No podía dejar de gemir ante un placer tan intenso. Martín hundió su cara, ansioso por saborearla. Por saciar su sed inagotable de ella.

Tras un momento interminable, cuando ella creía que no podía más, Martín la soltó para poder mirarla. Poco a poco se fue poniendo encima de ella y con suavidad la penetró. Cerró los ojos, sentía la necesidad de hacerlo en ese momento único.

Cada vez el deseo crecía más y más. En oleadas envolventes, llenas de miradas y caricias. No podían parar. Perdieron la noción del tiempo. Una y otra vez, se despertaba la necesidad de poseerse, en un ciclo inagotable.

Cayeron rendidos, sumidos en la sed de su propio deseo, alimentado por la incertidumbre, siendo conscientes de que era algo que no podían controlar.

Lucía estaba encima de él. Podía notar la fuerza de su corazón a través de aquel pecho, como si la meciera. Cerró los ojos y sin darse cuenta entró en un profundo sueño.

Notó que alguien la miraba y se incorporó.

Por un segundo se sintió perdida, no sabía dónde estaba. Martín estaba quieto, a los pies de la

cama mirándola con una expresión seria. Hacía un rato que se había despertado.

Había ido al baño y al ver la ropa tirada en el suelo, se agachó para recogerla. De uno de los bolsillos del pantalón de Lucía cayó al suelo una tarjeta de memoria de una cámara, por un segundo su corazón se ralentizó y lo puso en guardia.

La sombra de la sospecha clavó sus raíces en él. No estaba acostumbrado a que los sentimientos manejaran sus actos.

Quieto allí de pie, extendió la mano y se la enseñó a Lucía.

- Me imagino que tienes una explicación para esto. - Le dijo, con la mano rígida delante de ella.

- Si, la tengo. - Respondió Lucía, poniéndose rápidamente de pie. Se envolvió con la manta, tenía frío.

- No voy a justificar mi comportamiento. Está claro que ya sabes cuál es mi papel en esta historia. Es una decisión que tomé en su momento y de la que no me arrepiento. Pero como todo, no podía ser perfecto. Durante mucho tiempo, he vivido amenazada por la sombra de un personaje oscuro. No sé si lo conoces. De hecho se ha llegado a convertir en un verdadero problema. - Lucía hizo una pausa.

- ¿Tienes un cigarrillo? Necesito fumar. - Le pidió a Martín sentándose en el sillón.

Martín se lo dio encendido, no quería perder el tiempo. Necesitaba saber.

- Mi amigo Yago fue el que me lo aconsejó. Pablo no quería oír ninguna palabra sobre De Carlo. Y yo me sentía cada vez más amenazada, así que coloqué la cámara detrás del cuadro para ver si podía grabarlo en acción. Puedes conectarla al ordenador, así podrás ver que es verdad lo que digo. - Dijo mirándole directamente a los ojos.

- De acuerdo. - Contestó Martín. Se dirigió al armario y sacó un ordenador. Gracias a Marcos, el jaquer, tenía todo su equipo blindado a cualquier intento de entrada ajena a él. No había problema de que pudiera hablar, porque estaba muerto.

Lo habían matado en ese operativo. Inconscientemente Martín sacudió la cabeza, intentando que la imagen de Marcos desapareciera. Por alguna extraña razón Lucía le hacía vulnerable.

Lo encendió e insertó la tarjeta. Rápidamente pudo ver la llegada de Lucía al apartamento. La vio dormida. De repente apareció De Carlo, lo vio allí parado mirándola. Sintió una oleada de asco cuando vio todas las secuencias de restantes. La última imagen era de Lucía acercándose a la cámara para apagarla.

Tuvo claro, en ese momento, que ese tema se tenía que zanjar cuanto antes. No podía permitir que un tipo así anduviera suelto. Era un depredador.

Miró a Lucía, estaba allí sentada con la mirada perdida, envuelta con la manta y fumando. Tenía la mente perdida totalmente en sus pensamientos.

Martín le había roto todos los esquemas. Había roto todas sus barreras de protección al dolor. Sintió miedo, acababa de saltar al vacío sin paracaídas. Lo miró y la fuerza de su mirada hizo que le temblaran las piernas.

- Hay una cosa que no tengo clara, encontramos la cámara de video pero estaba vacía. - Le dijo Martín.

- ¡Eso no puede ser! Yo le puse una tarjeta nueva de memoria. - Su voz no vaciló.

- Entonces, tenemos un problema más grave de lo que pensé en un principio. Tengo que averiguar quién tiene la tarjeta y me da la impresión de que no va a ser nada fácil. - La voz de Martín estaba llena de pesar al contestarle y ponerse de pie.

- Necesito pensar con claridad. - Prosiguió pasándose la mano por el pelo,

perdiéndose sus dedos en él.

Miró el reloj. Eran las 18:00. Tenía poco tiempo. Sabía que su presencia no era esperada en Palacio después de los últimos acontecimientos. A estas alturas ya estaría su sucesor ejerciendo su papel. Tristemente pensó en si habría sido elegido por eso, por su juventud. Las sombras del poder pensarían que sería más manejable.

Agitó la cabeza como para que se le borraran esos pensamientos. Ahora no era momento de eso. Se dio la vuelta para mirar a Lucía. Estaba dormida, agotada, en el sillón. Le acercó una almohada y la tapó mejor.

Como le gustaba esa mujer. No entendía el poder de atracción que ejercía sobre él. Se dirigió al armario de nuevo. Tenía que pensar en el plan a seguir, cada movimiento era primordial para llegar a un buen desenlace.

\*\*\*\*\*

De Carlo caminaba de un sitio a otro de palacio desesperado. Notaba que una ansiedad poderosa iba dominándolo. No paraban de llegar autoridades y se esperaban ya a representantes de todas las monarquías para el funeral.

Se había habilitado el Salón de Ceremonias para que hiciera la función de Capilla ardiente. La reina lo había querido así. Se negó en rotundo a que se lo llevaran a otro sitio.

Él se sentía impotente. Le daba todo igual. Tenía una idea fija martilleándole la cabeza. A cualquier hora tenía que salir, necesitaba ir de caza.

Un sentimiento enloquecedor le estaba ensordeciendo los sentidos, luchaba inútilmente por poder controlarlos. No quería que nadie se diera cuenta. Podía sentir ciertos ojos pendientes de él. Tenía que ser astuto y no dejar entrever ningún rastro de debilidad.

Así que su gesto cada vez era más adusto, la verdad es que no desentonaba nada con el ambiente de luto riguroso.

## CAPÍTULO DIEZ

Sentada, Ana lo observaba todo como si fuera un sueño. Desde que entró en la habitación de Pablo y lo vio allí tumbado inerte, no había conseguido recuperar el aliento.

Sabía que ese momento iba a perdurar en su memoria durante todo el resto de su vida. Para ella era una verdadera agonía pensar que, jamás esos ojos de color de mar iban a devolverle su mirada. Ni que su boca, cálida y sensual volvería a besarla.

Cerró los ojos un instante. Necesita unos minutos de sosiego. A su alrededor se movía la gente sin parar de un sitio a otro, se estaba terminando de preparar el Gran Salón. No quería parar a preguntarse si era lo adecuado ponerlo allí, pero no tenía otra elección. No quería que por nada del mundo se lo llevaran a otro lugar.

Le parecía una ironía su nombre. El Salón de los Espejos. Precisamente era lo que reflejaba. La muerte.

Ese Gran Salón significaba mucho para ella. Había vivido momentos muy dichosos allí junto a Pablo. Miró hacía arriba, allí estaban los frescos que tanto le gustaban. Hoy no le hacían ningún efecto.

Recordó la primera vez que los vio, la cara de Pablo riéndose de su estupor ante tanta belleza. Realmente era impresionante. Allí sentada podía sentir el poder de la historia sobre ella.

Le encogía el corazón ver que toda la alegría del salón estaba desapareciendo ante sus ojos, se esfumaba. Un aire fúnebre iba tomando fuerza por momentos, todas las piezas de oropel, cuadros, floreros repletos de preciosos ramos, desaparecían sustituidos por crespones negros y coronas funerarias.

Todo el Salón, que en sí estaba rodeado por preciosas pilastras toscanas y ramas de laurel hechas en estuco, estaba absorbiendo la tristeza de una pérdida tan dolorosa al compás de su corazón.

Al levantar la vista de nuevo, vio que se acercaba su hija. No podía negar que la sangre que corría por sus venas era de la realeza. La había dejado totalmente sorprendida por su entereza y capacidad de reacción. La verdad es que no se lo esperaba.

Luisa se sentó a su lado y le cogió una mano.

- ¿Cómo estas, mamá? ¿Necesitas algo? - Su voz era suave y cálida.
- Bien, cariño. No, no necesito nada. - Le contestó mirándola a la vez. Luisa tenía el pelo oscuro, pero su tez era pálida. En su cara resaltaban sus inmensos ojos negros. Sus facciones eran delicadas, pero su mirada dejaba entrever una enorme capacidad de decisión.
- Me molesta no poder quedarme contigo, pero es que tengo muchas cosas que hacer. ¿Lo entiendes verdad?
- Por supuesto cariño. Tú haz lo que tengas que hacer. No te preocupes por mí, estoy bien. - Por nada del mundo quería entorpecer la labor de su hija. De sobra sabía lo que tenía por delante.
- Bueno, en cuanto pueda regresare a verte. - Tenía prisa.

La vio dirigirse hacia la puerta, se sintió orgullosa de ella. Era todo lo que una madre podía esperar de un hijo.

Lo que Ana no pudo ver, fue la mirada de hielo que Luisa le devolvió a De Carlo cuando se cruzaron sus trayectorias. Éste, rápidamente agachó la cabeza y se fue en otra dirección.

Al momento volvió a entrar en el Gran Salón y se dirigió hacia ella.

- Majestad, ya está todo listo. Estamos esperando a la Guardia Real para que lo custodien y lo acompañen hasta aquí. –
- De acuerdo Guillermo, gracias por todo. - Hoy la habían sorprendido muchísimo tanto De Carlo como Eduardo, el médico. Se habían ofrecido vehementemente para arreglar a Pablo. La había emocionado eso, ver que dos personas tan dispares coincidieran por el afecto a su amigo. Así que no tuvo más remedio que aceptar y los dejó para que lo pudieran hacer tranquilamente. Para ella era demasiado doloroso.

Se puso de pie, necesitaba salir de allí. Su pensamiento la guiaba hacía la Capilla del Palacio.

\*\*\*\*\*

Yago sentía su cuerpo entumecido. Le dolía todo en general. Allí tumbado en un camastro duro,

rígido y en la oscuridad total. No sabía si estaba vivo o muerto. Se sentía al límite de la consciencia.

El día había sido agotador.

Una imagen se repetía una y otra vez en su mente, Lucía. Sabía que tenía el tiempo contado. Intentó sentarse pero el dolor de las costillas se lo impedía. Le habían pegado sin parar, por turnos.

No tenía ni idea de cómo salir de esa situación. Sabía que estaba vivo aún porque Lucía no se había puesto en contacto con él, todavía. Lo peor es que le habían quitado el móvil, en cuanto Lucía hiciera la llamada seguirían su rastro y la encontrarían.

Le entró el pánico. Tenía que impedirlo como fuera. Con un gran esfuerzo se puso de pie. Se agarró a la pared y fue arrastrándose hacia la puerta. Empezó a dar golpes y patadas con una furia desatada.

Le daba igual morir en ese instante, si con eso podía salvarla.

- ¡Cabrones! ¡Venir aquí si tenéis lo que hay que tener! ¡Todavía queda mucho Yago aquí para vosotros! – No podía parar de gritar.
- ¡Venir ya! - Siguió, apoyándose en la puerta y dejándose caer al suelo. Estaba exhausto. Allí sentado en el suelo con la cabeza entre las piernas, lloró sin consuelo al ver que ni le contestaban.

\*\*\*\*\*

Martín estaba preparado. Salió de la habitación en dirección a la sacristía. Tenía que hablar con el Padre Miguel. Martín no era una persona creyente, algo que no era de extrañar debido a su trabajo. Pero estar dentro de esos muros siempre le producía una sensación de serenidad. Un sentimiento que le llegaba a sobrecoger, puesto que él siempre mantenía un control férreo sobre sus emociones. No se las podía permitir.

Cruzó el patio y entró en el pasillo dirección a la sacristía. Llegó a la puerta y tocó. Sabía que contaba con el permiso del Padre Miguel pero no le gustaba molestar. Una voz le contestó desde el interior invitándole a pasar.

- Hola Padre, necesito hablar con usted. - Dijo, cerrando la puerta y dirigiéndose a una de las sillas que habían delante de la mesa. Separó una y se sentó.
- Martín por favor, llámame Miguel. No entiendo como después de todos estos años, todavía te cueste hacerlo. – Le contestó. Tenía una voz tranquilizadora. Era toda su persona la máxima expresión de cordialidad. Estaba allí sentado frente a él, con todo el peso de los años en su cuerpo observándolo por encima de la montura de sus gafas.
- Miguel, necesito hablar contigo. – Le habló Martín ignorando su mirada inquisidora.
- ¿En confesión? - Preguntó el Padre Miguel arqueando las cejas con sorpresa.
- Sabes que no, que eso no es lo mío. - Contestó rápidamente Martín con una media

sonrisa en sus labios.

- Se trata de la chica. Necesito saber que estará a salvo, si a mí me sucediera algo. -
- No dudes ni un momento que haré todo lo que pueda por ella. Sabes que te lo debo.
- Le contestó con una mirada de eterna gratitud en su gesto.

Todo había ocurrido hacía bastantes años. El Padre Miguel estaba de misionero en Cuba cuando comenzó la revolución.

Tuvo la desgracia de presenciar toda la barbarie que allí ocurrió en nombre de una supuesta libertad. Los juicios revolucionarios, presididos por una comisión depuradora, que como su nombre indica masacraron sin contemplación a cualquiera que fuera ajeno al nuevo régimen. Miguel, era un cura joven, pero a pesar de eso intentó hasta casi desfallecer, salvar al máximo número de ciudadanos inocentes.

Esto le llevó a convertirse en un enemigo del régimen. Le costó la libertad. Nunca entendió por qué él no fue uno más de los fusilados. Siempre pensó que como los caminos de Dios son inescrutables...

La realidad era otra. Castro decidió no fusilarlo simplemente para evitar que se convirtiera en un mártir.

El Padre Miguel decidió mantenerse fuerte. No se trataba de él, aunque ello pudiera significar su propia muerte. Decidió que sería más útil así, reconfortando a las almas en pena que estaban en cautividad.

Pasó muchos años encarcelado, intentando dar consuelo a todo el que lo necesitara. Fue uno de los reclusos de la Prisión de Isla de los Pinos. Este hecho fue clave en su vida, pues allí tuvo la oportunidad de conocer a Mario Chanes de Armas. Le ayudó mucho a comprender, como el deseo de poder llevado hasta el grado más extremo de fanatismo, puede arrastrar a un país hacia su propio declive.

Llegó a sentir que moriría allí y sería enterrado en la fosa común con todos los presos desahuciados.

Pero el azar hizo que todo cambiara. Con los años y según el interés de Castro, siempre dependiendo de lo que él pudiera beneficiarse. El gobierno vía diplomática, le había conseguido un indulto.

Su historia era conocida en el mundo entero gracias a los familiares de los presos. Llegó un momento que, en general era un gran clamor pidiendo su libertad.

Así que lo liberaron y el agente encargado de acompañarlo de vuelta sano y salvo fue Martín. Y desde luego que lo consiguió. Era consciente de ello, le debía su vida, pues hasta el último momento en el que el avión se puso en marcha estuvo en peligro de muerte.

Para su sorpresa, uno de los operarios encargados de las maletas, nada más verlo se abalanzó sobre él cuchillo en mano. Martín en ningún momento dudó en sacar la pistola y disparar rápidamente.

Lo mató en el acto, se trataba de un esbirro del régimen.

Desde entonces, siempre había tenido contacto con Martín.

Tenían, digamos una relación muy especial. Había muchos métodos de él que no aprobaba. Pero sin duda sabía que si su vida tenía que volver a depender de alguien, éste sería Martín.

- Te dejo el número de mi caja privada del banco. Sólo tienes que ir y activarla con la voz.-
- ¿Con mi voz? ¿Pero cómo...? - No salía de su asombro.

- Lo siento, en algún encuentro nuestro hice una grabación pensando que algún día podría hacer falta. - Se disculpó Martín bajando la mirada.
- Bien, no te preocupes. Sé que tienes todas las instrucciones pensadas para todo ¿no? – Preguntó, con un suave toque de sarcasmo.
- Mi mayor prioridad ahora es conseguir mantenerla a salvo. – Martín no quería que percibiese ninguna emoción en su mirada.
- No te preocupes, no te fallaré. -
- Bueno pues eso es todo. Por favor Miguel, llévale algo de comida, estará hambrienta cuando se despierte. - Le pidió poniéndose de pie para marcharse.
- Ten cuidado. - Conociendo su forma de trabajar, lo iba a necesitar.
- Nos vemos, sabes que no me gustan las despedidas. -

El Padre Miguel se quedó allí sentado absorto en sus pensamientos. Por un instante había captado un brillo de, ¿emoción?, en los ojos de Martín.  
Estaba perplejo, sin duda.

## CAPÍTULO ONCE

Martín regreso a la habitación. Entró con pasos suaves y se sentó a los pies de la cama. Lucía dormía profundamente en el sillón echa un ovillo, envuelta con la manta. Permanecía en la misma posición en la que él la había dejado.

Tenía que marcharse pero Lucía era un imán para él. Ahí sentado observándola, el tiempo perdía su valor. Sus ojos se recreaban con la belleza de sus facciones. Sus cejas bien definidas. La nariz. Se detuvo en los labios. Tenía una boca perfecta, se estremeció recordando su dulce sabor.

Su itinerario visual se paró en su cuello, largo y delgado. Podía notar la vida palpitante que lo recorría. Cerró los ojos, queriendo sentir su latir. Cada vez notaba más que se estaba perdiendo en el universo de Lucía. Era algo que no podía permitirse. En su profesión significaba que podía darse por muerto.

Con un suspiro se levantó, ya lo tenía todo preparado. Cogió la bolsa con todo lo necesario. Se acercó a Lucía y le dio un ligero beso en el pelo, tan suave que ella ni se movió. Se dirigió a la puerta y la abrió, no sin antes pararse para mirar el reloj. Eran las 19: 30. – Perfecto. - Salió al patio, sacó el móvil y marcó.

- Alba, ¿todo bien? -
- Martín, ¿esto está que arde! - Contestó Alba apenas con un hilo de voz.
- No te preocupes por nada. Yo me pondré en contacto contigo. No dudes en utilizar el código si te hace falta. - Colgó sin esperar respuesta.

Con paso decidido se dirigió hacia la salida. Cada segundo tenía más claro que no podía permitirse ni el más pequeño atisbo de error en su ejecución.

Ya en la calle hecho un vistazo rápido a su alrededor. Eligió un coche al azar, lo forzó y se subió en él.

Todo parecía normal. La vida seguía a su alrededor como si nada, ajena totalmente a la situación. La noche casi había caído sobre la ciudad. Se estaban terminando de encender las últimas luces. Martín se incorporó al tráfico perdiéndose en él rápidamente.

\*\*\*\*\*

El Padre Miguel había terminado de preparar algo de comida para Lucía. Había pensado que lo mejor sería hacerle un poco de sopa, lo puso todo en una bandeja y con ella se dirigió hacia el patio.

Se paró delante de la puerta.

No sabía si entrar directamente o tocarla. No dejaba de ser una mujer y eso le provocaba cierta incertidumbre. No quería invadir su intimidad. Optó por entrar y dejar la bandeja.

Abrió la puerta con cuidado, avanzó hacia la cama y puso la bandeja en los pies. Al girarse la vio allí en el sillón, en ese momento Lucía abrió los ojos.

- No quería asustarla. Le he traído un poco de comida caliente. -Dijo, sintiéndose un intruso.

- Gracias, pero no tengo hambre. – Le contestó Lucía incorporándose en el sillón. Buscaba con la mirada a Martín.

- Se ha marchado. Me temo que tardará en volver. -

- Por favor Padre, no se marche. Quédese un rato. - Le pidió con una especie de súplica, a la vez que su expresión había cambiado totalmente.

- Está bien, de acuerdo. – El Padre Miguel se hizo un hueco para poder sentarse en los pies de la cama. Era el único sitio en el que lo podía hacer.

- Padre, hace mucho tiempo que dejé de creer en nada. Con esto no estoy buscando una absolución a mis pecados, que son muchos. - Habló Lucía poniéndose de pie y buscando un cigarrillo.

- ¿Quieres confesión? - Le preguntó, girando la espalda para poder seguirla con la vista. Lucía no paraba de moverse de un lado a otro. De sobra conocía las debilidades humanas y esta mujer había activado algo en él dormido desde hacía mucho tiempo. Una especie de recelo.

- No. - Contestó Lucía con frialdad sonriendo.

- No estoy justificando nada. La vida, la mayoría de las veces, te lleva por caminos que jamás habías pensado que ibas a caminar. –

- ¿Qué hacer cuando estas harta de tanta mentira? ¿Cuándo llegas a un punto que no distingues lo real de lo que no lo es? - Por un momento cambió el gesto, lo había encontrado. Volvió toda su atención hacia el Padre otra vez, con el cigarro encendido.

- Hija mía, a veces las personas nos encontramos en esa encrucijada, pero el poseer un buen corazón hace que se equilibre la balanza. - Contestó el Padre Miguel.

\*\*\*\*\*

En algún punto de la ciudad, están reunidos tres hombres en un despacho...

Así, medio en penumbra, dicha reunión tenía un aire totalmente misterioso. El despacho era bastante amplio. El suelo de mármol brillante y las paredes eran del mismo color, haciendo juego con tonos degradados de un mismo marrón.

La gran mesa de despacho estaba colocada en el centro de espaldas a la pared. Era de madera noble tallada. Un trabajo totalmente artesanal traído desde Italia. Justo detrás del gran sillón que había delante de la mesa, colgado en la pared, reinaba la única nota de color. Un cuadro de Monet. "Ninfeas, armonía en verde". Destacaba por sí sólo, era un choque visual sobre el fondo marrón oscuro.

Se respiraba un aire de tensión que casi se podía cortar. Allí sentados los tres hombres conversaban tomándose una copa cada uno. El más anciano era el que parecía que tenía la voz cantante. Sus blancos cabellos resaltaban en aquella media luz. Su rostro enjuto dejaba traslucir la ira disimulada a malas penas. Pertrechado detrás de la mesa parecía no dar crédito a lo que estaba ocurriendo.

- No me gusta nada el cariz que está tomando la situación. -
- Es que nadie se esperaba esto. - Contestó un hombre de mediana edad que bebía tranquilamente a sorbos su bebida. A través de sus gafas se veía una mirada inteligente, a simple vista parecía una de esas personas que no se alteran con nada.
- Yo he puesto todas las herramientas a mi disposición en marcha. No tardemos mucho en tener noticias. - Dijo el tercero más joven, intentando controlar sus nervios. No podía estar quieto en la silla. Los ojos de los otros dos lo escudriñaban sin pestañear. Se sentía bastante incómodo.
- Si todo saliera a la luz, temblarían los cimientos del país entero. Es algo que no podemos permitir. - Prosiguió diciendo el más anciano.
- El problema es que ella está totalmente sin control. - Contestó de nuevo el más joven sirviéndose otra copa. No quería que le temblaran las manos al hacerlo. - No hay fuerza humana que la detenga. Es un riesgo mortal. Su problema crece imparable y ahora sin él, me temo que no va a tener límites. -
- Pues tenemos que encontrar la forma de neutralizarla, ¡como sea! - Le replicó el más anciano poniéndose de pie y gritando furioso. Se acercó al gran ventanal. El edificio era uno de los más altos de la ciudad. Una auténtica mole de cristal. Se quedó quieto allí mirando, podía ver hasta donde se perdía su vista.
- Soy capaz de matarla con mis propias manos. - Se oyó decir mascullando entre dientes. Presa como estaba de ella. Era su perrito faldero. Le encabronaba el poder que

ejercía sobre él, sobre todos los que estaban allí reunidos.

- Considero que tenemos ahora mismo un problema más grande aún, si cabe. - Dijo el segundo, entre bocanada y bocanada de humo. Era el único que no había perdido la calma de los tres. - No nos podemos olvidar que hay un agente suelto por ahí, libre. Y para colmo, la única sospechosa está con él. -

- Eso lo tenemos más o menos controlado. Estamos esperando una llamada. Una vez hecha, se localizará el objetivo y será eliminado. - Contestó el más joven. Estaba totalmente seguro de eso.

Los tres, ya de pie, se asintieron con las miradas.

- Es tarde, tenemos que irnos a Palacio. No quiero que nadie eche en falta nuestra presencia. - Dijo el más anciano.

- De acuerdo, me marcho yo primero. - Se despidió el más joven dirigiéndose hacia la puerta y cerrándola tras él.

- ¿Te ha llamado De Carlo? - Preguntó el segundo, todavía fumando al más anciano.

- Si, está tarde. Me ha dicho que tiene algo en su poder que va a cambiarlo todo. ¡El cabrón me ha dejado totalmente intrigado! Le he dicho que esta noche sería imposible que acudiéramos a la reunión. Y me jode no poder pasar un buen rato entretenido. - Le contestó, con una mueca totalmente sádica en su rostro.

- Si la verdad es que sí. Esto del funeral nos frustra todos los planes.-

\*\*\*\*\*

De Carlo no se lo pensó más. Aprovechó que ya estaba todo en su lugar, sólo faltaba la Reina, que se había retirado a la Capilla del Palacio buscando tranquilidad. Se marchó a su habitación. Tenía que cambiarse, necesitaba salir con urgencia.

Había estado toda la tarde maquinando su plan. Abrió la puerta de su habitación y entró con rapidez en su interior. Encendió la luz y abrió el armario, necesitaba ropa normal. No podía llamar la atención. El problema era que tendría que cambiarse en el coche. Hoy no era noche para salir vestido así de allí.

Cogió una pequeña bolsa de viaje y empezó a meterlo todo. Sudaba copiosamente sumido en su desbordado frenesí. No se le podía olvidar nada. Hizo un pequeño inventario para comprobar que todo estaba perfecto.

Miró su reflejo en el espejo de la pared. Le impresionó la expresión de su cara. Nunca se miraba, lo evitaba. Parecía un completo extraño, alguien ajeno a él. Todas sus facciones estaban transformadas. Paró un momento y se sentó en la cama. Tenía que calmarse. Así no iba a poder salir de allí.

Cada vez le costaba más esfuerzo aplacar a la fuerza que lo arrastraba. Sentía su poder

incommensurable en su interior. Eso todavía lo descontrolaba más. Se levantó y empezó a golpear todo lo que había a su alrededor. Parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Como un verdadero poseído arremetió contra todo lo que había en la habitación. Volaron cojines, colcha, sillas. Hasta que se vio intentando estampar el colchón contra el armario. En ese momento se paró, entre jadeos se dejó caer en el suelo. Así no iba a poder, tenía que conseguir controlarlo.

Al cabo de unos momentos, se levantó y decidido se dirigió al cuarto de baño. Abrió el grifo de la ducha y así como iba se metió debajo del agua fría. El agua le estaba calando el traje, los zapatos...todo. Pegado a la pared, se fue escurriendo hacia abajo, intentando entre sollozos volver a respirar con normalidad. Allí de cuclillas casi, dentro de la ducha, empezó a sentir que volvía en su ser.

Apagó el grifo y salió de la ducha. Estaba empapado, tenía que quitarse la ropa, comprobando primero que el móvil no se le había mojado. Una vez desnudo, volvió a entrar otra vez, pero esta vez con agua caliente. Tras un rato empezó a sentirse por fin mucho más sosegado. El agua lo estaba consiguiendo, la rigidez de su cuerpo se estaba distendiendo...

Ahora sabía que iba a tardar un poco más. No podía irse sin volver a dejarlo todo tal y como estaba. Era un obsesivo compulsivo del orden. Todo tenía que estar perfecto. Así que después de ducharse, se afeitó y empezó a recogerlo todo como si no hubiera pasado nada.

Una vez acabó de colocarlo todo. Cogió su abrigo y la bolsa y se dirigió a la puerta para salir. No iba a tener ningún problema para hacerlo. Hoy era un día de muchas entradas y salidas del Palacio.

Ya cerca del coche pulsó la llave para que se abriera y se dirigió al maletero. Lo abrió y comprobó que el plástico estaba donde tenía que estar junto con la cinta adhesiva. Puso la bolsa de viaje en su interior y lo cerró.

Abrió la puerta del conductor y se sentó. Miró el reflejo de sus ojos en el espejo retrovisor. Perfecto. - Pensó. - Le devolvía la mirada una persona de aspecto totalmente normal.

Puso el coche en marcha e inició su viaje. Tenía claro hacia a donde iba. Buscaba un bar de las afueras de la ciudad.

## CAPÍTULO DOCE

Sentada en la tranquilidad de la Capilla Ana intentaba recobrar un poco de paz interior. Sus ojos anegados de lágrimas recorrían sin prisa todo el lugar. Para nada le apetecía sentarse hoy en su sillón, al lado del de Pablo cerca del altar. Estaba sentada justo en el centro, en la fila de asientos del público. Desde esta posición podía verlo todo mejor, como si no fuera con ella.

Sencillamente era impresionante.

Le resultaba imposible contabilizar la cantidad de velas que había encendidas. Hacían un contraste enorme con el altar. Era abrumador poder observar el baile de luces y sombras proveniente de la luz de las velas. Se reflejaban perfectamente en el mármol.

Levantó la cabeza para poder observar los frescos del techo. Un trabajo exquisito. Depuradas líneas ejercían de contorno a los rostros de los ángeles pintados por doquier.

Se trataba de un edificio de dos plantas coronado por una cúpula. Su planta central tenía forma octogonal delimitada por columnas jónicas.

Tres escalones daban acceso al altar. Éste, tenía una planta ovalada coronada por una cúpula, cuyos radios eran de piedra con paredes de vidriera. En éstas se simbolizaban escenas del Apocalipsis. Un detalle novedoso para su época, porque en ese momento solían diseñar dibujos geométricos e incluso alguna imagen del propio Rey.

La cúpula, a la vez, estaba sostenida por arquerías formadas por falsos arcos entrelazados coronados por un rosetón de piedra.

En el centro reinaba un pequeño altar. Justo delante de él había un atril desde donde se solía officiar la misa.

Una característica muy destacable era la existencia de un pequeño pasillo situado tras el muro del altar, por el cual se podía caminar para poder disfrutar de la belleza de la estructura.

Era una auténtica joya arquitectónica en sí misma.

A través del tiempo se habían hecho modificaciones, añadiéndole por este motivo un enorme valor histórico.

Ana podía permanecer horas observándolo. De hecho, cada vez que lo hacía, descubría algún pequeño detalle que hasta ese momento se le había escapado.

¡Era increíble! Aun sintiendo ese dolor desgarrador, tenía el poder de abstraerla. Sus propias lágrimas que, en ese momento resbalaban por sus mejillas sin contención ninguna, la devolvieron a la realidad.

Se miró las manos, las tenía apoyadas en el regazo. Su alianza destacaba entre sus dedos. Empezó a girarla distraídamente. Brillaba, así a media luz como estaba. Era la original, a ella no le había pasado como a Pablo, que la perdió.

De repente se vio vestida de novia junto a él delante del altar. La emoción la embargaba recordando el día más feliz de su vida. Todo había salido perfecto. El altar estaba precioso, cuajado de rosas blancas, orquídeas y madre selva. Su aroma impregnaba todo el ambiente. Ese olor se había quedado para siempre en su memoria.

El sonido del órgano llenaba hasta el último rincón. Era una pieza única de reconocido valor histórico. Su diseño era excepcional, pues poseía una caja muy sencilla según el estilo neoclásico. La fullería se ocultaba tras unos paneles del pedestal. Capiteles corintios sostenían una cornisa con tallas. Los tubos de los laterales eran ornamentales ya que la tubería sonora de distribuía en varios castillos; es decir, los tubos que se ven en la fallada del propio órgano.

Al sonar sus primeras notas el aire entero vibró por su intensidad. Lo recordaba perfectamente, como al iniciar el camino hacía el altar del brazo de su padre, sintió que vibraba todo su cuerpo con él.

Era estremecedor.

Y allí estaba Pablo esperándola. Nunca lo había visto tan guapo. Llevaba el uniforme de gala, con lo alto que era, su prestancia era impresionante. La miró a los ojos sonriendo y le tendió la mano. Sus ojos brillaban como un mar de verano.

Le había costado mucho decidirse por un vestido. Había llegado a convertirse en un verdadero dolor de cabeza. Pero al final optó por uno de líneas clásicas muy sencillo. Le preocupaba porque no quería dejar de parecer ella, teniendo en cuenta que tenía que llevar la tiara que le había cedido su suegra y en ese momento, todavía no estaba acostumbrada a llevar joyas de esa envergadura.

Una mano le tocó el hombro suavemente e hizo que volviera a la realidad. Era el obispo, para Ana, su cura.

- Ana...- no le dijo más, se sentó a su lado. Le cogió una de las manos y la puso entre las suyas, queriendo darle cobijo.
- No sé si voy a poder con todo esto. – Le dijo agachando la cabeza y mirando las rayas del suelo. Las lágrimas no cesaban, no tenían fin.
- Tienes que conseguir controlarlo. No olvides que Nuestro Señor está contigo en estos momentos. Deja que su poder te embargue en estos instantes tan aciagos. - Prosiguió hablándole intentando reconfortar su corazón.
- Padre, me siento culpable. Dentro de mí, el rencor y el remordimiento luchan sin cesar...
- No te atormentes. No es el momento de eso. Tienes que recobrarte. Queda todavía mucho por delante. - Su tono de voz era tranquilizador. Ana sintió que era un bálsamo para su espíritu. Siempre producía el mismo efecto en ella.

\*\*\*\*\*

En la oscuridad total, Yago podía ver imágenes como si se trataran de una secuencia de alucinaciones. No sabía el tiempo que llevaba allí tirado en el suelo. El frío le estaba calando los huesos. El olor a humedad mezclado con el de su propia orina conseguían que se le encogiera el estómago.

Con mucha lentitud empezó a incorporarse apoyándose en sus manos. Pudo notar que el suelo estaba mojado. Primero se puso de rodillas, le dolía todo, a continuación se agarró a la pared para terminar de levantarse. A tientas, como pudo, dando pequeños pasos casi arrastrando los pies

llegó hasta el camastro.

Se sentó en el borde y se cogió la cabeza con las manos.

Notaba los pómulos hinchados por los golpes. Un ojo casi no lo podía abrir, aun estando en la oscuridad lo notaba, una incesante marea de pinchazos le provenían del parpado. Tenía la boca totalmente seca, eso hacía que el sabor de su sangre le resultara más salado.

Se pasó la manga de lo que quedaba de su camisa con cuidado. Necesitaba quitarse esa sensación pegajosa de sangre, sudor y lágrimas.

Tomaba conciencia de la situación. Allí perdido, entre la nada y a oscuras, sentía la presencia de la muerte muy cercana. Podía oír el sonido chirriante de sus zarpas, buscándolo. No tenía miedo, era parte de su personalidad. Era totalmente un superviviente por definición.

La vida para él no había sido nada fácil. Había luchado por cada logro conseguido con uñas y dientes desde que tenía sentido de la razón. Ahora, le parecían todos los años perdidos por conseguir su propia libertad personal una nimiedad.

Sentía una absoluta impotencia, no podía hacer nada. Su preocupación por Lucía le estaba llevando a extremos delirantes. Su imagen emergía una y otra vez en la oscuridad.

- Yago, te quiero. Eres lo mejor que me ha pasado. Lo sabes. ¿Verdad? - Podía recrear el gesto perfectamente de Lucía al hablar mirándolo directamente a los ojos. Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo.

Ella no sabía lo importante que era para él. Se había convertido en una pieza fundamental de su vida, como si fuera algo más que su familia. Él era promiscuo en el amor, pero eso estaba implícito en su forma de ser. Sin embargo, Lucía era una constante en su vida, daba igual lo que pasara, en ningún momento perdían el contacto.

Sólo una vez, por un segundo, presintió una sombra oscura en ella que lo dejó bastante impresionado. Pero sólo fue eso, un instante fugaz. Luego todo volvió a la normalidad como si nunca hubiera sucedido.

Sin darse cuenta había estado inclinándose sobre la cama hasta quedar totalmente tumbado. Cerró los ojos. No notó que entraba en un profundo sueño, casi inconsciente.

\*\*\*\*\*

Martín había aparcado el coche en un callejón. Buscaba eso, el cobijo en la oscuridad de la noche. Era un trozo de calle bastante pequeño iluminado únicamente por un farol antiguo. Su luz mortecina, hacía que la sombra de Martín realizara una danza grotesca ante sus ojos.

Sacó la bolsa del asiento contiguo y cerró la puerta con suavidad. Las suelas de goma de sus botas amortiguaban totalmente el ruido de sus pasos. Se movía con movimientos rápidos y decididos, sin mirar atrás.

Se paró en el centro del callejón delante de una tapa de alcantarilla. Se agachó, abrió la bolsa y sacó una palanca de su interior. Con un movimiento enérgico, haciendo contrapeso con su propio cuerpo, la levantó de un lado. Sacó los guantes y se los ajustó a las manos. Intentando hacer el mínimo ruido la desplazó, metió la ganzúa en la bolsa de nuevo y sacó una linterna.

Alumbró por un instante la oscuridad del agujero, cerró la bolsa y la tiró en su interior. Con un movimiento rápido se metió en él, sin pensárselo. Una vez en el interior, volvió a desplazar la tapa hasta que quedó herméticamente cerrada. Encendió la linterna y se la colocó en la frente. Sacó su Smart, accedió al servidor de la central de inteligencia y se descargó los planos del alcantarillado.

El asfixiante hedor que se respiraba penetró en sus pulmones haciéndolo toser. Necesitaba unos segundos para adaptarse a esa atmósfera. Observó en la pantalla el camino que tenía que seguir. Empezó a caminar con decisión. No le molestaba lo más mínimo la aptitud de las ratas correteando cerca de sus pies. Se sentían amenazadas pues un extraño había invadido su casa.

\*\*\*\*\*

Hacia cinco minutos que había entrado en el local. Le costó un poco acostumbrar sus ojos tan claros a la penumbra. Echó un vistazo rápido desde la puerta a todo el recinto. En el fondo había dos mesas de billar. Estaban rodeadas por individuos de aspecto sospechoso. Todos sin excepción se habían girado al verlo entrar.

De Carlo se dirigió directamente hacia la barra. Miró a un lado y a otro. A su lado en la barra, la gente sentada en los taburetes, bebía absorta en sus pensamientos. Cogió un taburete y se sentó en él. Se le acercó el camarero y le preguntó que quería tomar.

- Un Johnnie Walker con un hielo. – Contestó lo más cordial posible. No quería levantar ninguna sospecha, intentaba pasar desapercibido.

- Hoy es una noche bastante tranquila normalmente a esta hora está a tope. - Comentó el camarero, intentando entablar un poco de conversación. Su cara reflejaba cansancio acumulado. Unas ojeras bastante oscuras rodeaban el contorno de sus ojos.

- No te creas, pienso que para ser el día que es hay bastante gente. - Prosiguió De Carlo, haciendo un esfuerzo por ser simpático. No tenía ningunas ganas de perder el tiempo hablando con él pero tenía que hacerlo. Sus ojos se movían rápidos, su búsqueda era infructuosa. Ninguna de las mujeres que había tenía el perfil que el buscaba.

Una condición indispensable era que fuera alta y delgada. La cuestión del pelo y el color de los ojos se podían arreglar. En otras ocasiones lo había hecho, con una buena peluca y unas lentillas de color azul se hacían milagros. Respecto a las piernas largas y bien torneadas, tenía que tener la suerte de que la chica las tuviera.

- Si no viene con prisa, quizá más tarde se llene más. - El camarero intentaba

retenerlo un poco. No era habitual que un hombre como aquel entrara en el local. Aun llevando ropa de sport, se notaba en él que era una persona de otro nivel social. Por nada del mundo se podía permitir perderle como cliente.

## CAPÍTULO TRECE

Marta estaba dándose un toque de brillo en los labios. Le gustaba la imagen que le devolvía el espejo.

Había sido un día duro, realmente agotador en el trabajo. Era muy difícil para Marta moverse en un mundo de hombres. Era subdirectora en una multinacional alemana Apotheker, dedicada al sector farmacéutico, sanidad e investigación. Fría e implacable, no había dudado en utilizar todas sus armas de mujer para pasar por encima de quien hiciera falta con tal de conseguirlo.

Una gélida sonrisa se dibujó en su cara sólo pensándolo.

Movió la cabeza con un gesto seco para poder terminar de ver el resultado final. Le gustaba llevar su melena perfecta. Era de color rubio oscuro, pero al rozarla el sol, emergían de ella unos reflejos de un precioso y particular dorado.

Se veía guapa, muy guapa y a todo ello contribuía su altura. La naturaleza había sido muy generosa con ella. Tenía unos senos perfectos que hacían juego con unas piernas largas y bien torneadas.

Salió del baño y dejó la toalla en los pies de la cama. Se detuvo un instante para mirar a través del ventanal. Desnuda como estaba, era todo un contraste con las luces de la ciudad. No le importaba que desde otros edificios se la pudiera ver. Tenía costumbre de ir así cuando estaba en casa. Nunca hacía amago de apagar ninguna luz.

Su piso era un loft, perfecto para ella.

No necesitaba más. Era un espacio con el ambiente totalmente diáfano. Situado en uno de los edificios de moda en la ciudad. Lo tenía todo espectacularmente decorado. Le gustaban los colores fuertes como su carácter. Paredes en rojo, negro y algún toque de pistacho.

En el centro, llamaba la atención una gran cama sin cabezal, sobre una tarima forrada de madera. Estaba plagada de cojines sobre una colcha con estampado en blanco y negro, tipo cebrá. Se palpaba una ausencia total de detalles personales. Apenas algún portarretrato con alguna foto. Pensaba que tener más sería signo de debilidad. Sentimiento que no conocía, ni tenía el por qué.

Se giró para mirarse en el espejo. Ocupaba íntegramente una de las paredes. Hizo un par de poses delante de él y se dirigió a la puerta de su armario. Esta noche necesitaba ponerse muy sexy. Escogió un vestido negro ajustado con un escote vertiginoso. Se lo podía permitir, no necesitaba llevar sujetador.

Abrió el cajón de su mesita de noche y cogió unas medias negras, de las que se ajustan con una liga al muslo. No quería llevar nada más. Se sentó en la cama y con suavidad se puso una media en cada pierna.

Se levantó y se puso el vestido, girándose de nuevo hacia el espejo. – Perfecto. - Pensó, sonriendo. - Del tocador cogió su perfume...”Euphoria” de Calvin Klein. Pulsó el atomizador en dirección a su cuello y en la parte interior de las muñecas, al hacerlo, observó cómo brillaba la laca de uñas roja de Dior. Estaban perfectas.

Elegió un abrigo negro y se dirigió hacia el pequeño pasillo.

Abrió el zapatero y por un instante vaciló pero fue eso tan sólo, un instante. Optó por unos zapatos de salón con un tacón de doce centímetros. Estaba convencida de que a pesar de su altura los zapatos más elegantes eran estos.

No le importaba ser más alta que ninguno de sus acompañantes. Todo lo contrario, le daba sensación de dominar la situación.

Apagó las luces, cogió las llaves y el bolso, cerró la puerta tras ella y se dirigió al ascensor. Sentía excitación, no había cosa que le gustara más que salir así, a la aventura.

Ya en el coche, lo puso en marcha y se dirigió a toda velocidad hacia las afueras de la ciudad. Conocía el sitio perfecto. Hasta ahora nunca había fallado, después de todo sólo se trataba de eso. Sexo puro y duro, sin más complicación. Le daba igual que fuera ejecutivo u obrero de la construcción.

No tardó nada en llegar. Aparcó el coche donde siempre, cogió el bolso y se dirigió hacia la puerta del local. Al entrar tuvo que esperar unos instantes para adaptarse al cambio de luz. Le sobró tiempo para que sus ojos se clavaran en el hombre que había sentado en la barra.

Ignorando todas las miradas, con paso insinuante fue directa hacia él y se sentó a su lado.

- Hola... ¿tienes fuego? - Preguntó, mirándolo directamente. Unos ojos extrañamente claros le devolvieron la mirada.

- Por supuesto. Tengo fuego y todo lo que pueda necesitar una mujer como tú. - Contestó De Carlo. Un escalofrío de excitación le sacudió todo el cuerpo.

\*\*\*\*\*

Yago se encogió al notar la luz que entraba al abrirse la puerta. Casi ni se había percatado de que la habían abierto. Estaba totalmente sumido en un mundo irreal. Intentó taparse los ojos con las manos. Sentía un dolor agudo, tenía la sensación de que se le clavaban mil agujas en su iris.

De repente le agarraron con fuerza por debajo de las axilas. Lo levantaron y tiraron de él. Prácticamente lo arrastraron para sacarlo de la habitación donde estaba. Al hacerlo, pudo notar el frío del suelo bajo sus pies descalzos.

Lo llevaron a la misma sala. Allí lo dejaron caer en la silla. Como no se sostenía por él mismo, lo empujaron junto con la silla hacia la mesa.

El mismo hombre que le había pegado la primera vez estaba allí mirándolo impasible. Yago hacía verdaderos esfuerzos por abrir el ojo que tenía mejor. A la vez intentaba que su cabeza permaneciera en la misma posición sin balancearse.

- No puede tardar mucho en llamar. -

- ¿Qué? - Preguntó Yago. Los oídos le zumbaban, apenas si lo podía oír, le daba la sensación de estar buceando bajo el agua.

- ¡No pienso repetírtelo otra vez! - Gritó, dando un fuerte golpe a la mesa, provocando que Yago se balanceara hacia un lado cayendo al suelo.

- ¡Cabrón! - Gritó Yago. -

- ¡Aunque sea lo último que hagas, vas a hacer lo que yo te diga! - Gritó, ya de pie y haciéndole un gesto a los dos que se habían quedado allí de pie detrás de Yago.

Estos se agacharon para levantarlo. Y otra vez con un gesto brusco lo sentaron en la silla. Volvieron a apoyarlo contra la mesa.

- En cuanto llame tienes que darle un poco de conversación. Necesitamos unos minutos para localizar la llamada. - Prosiguió, ajeno a Yago colocando su móvil encima de la mesa justo delante él.

Con la cabeza apoyada en ella Yago fijó su único ojo en ese punto. Sus pensamientos no le dejaban oír lo que le estaba diciendo. No podía ni parpadear.

Notaba que un hilo de sangre le salía del oído empapándole el cuello.

\*\*\*\*\*

- Padre... ¡me traicionaba! - Se oyó decir Ana levantando la voz. Tanto que le asombró poder oír su propio eco en las paredes de la Capilla.

- Pero hija mía...- intentó hablar el religioso.

- No, Padre no. Yo no soy Dios para que en toda mi bondad poder perdonarlo. Sólo soy una mujer con el corazón roto desgarrado por los celos. - Ana ya no intentaba contenerse. Sentía rabia.
- No puedo entender en él esa necesidad de engañar, cuando yo le ofrecía lo más valioso de mí. Mi corazón. -
- Y lo peor...- hizo una pausa, para poder tomar aliento. - Lo peor es que se ha ido sin poder despedirme de él.
- Ana por favor, no te atormentes más. Estoy convencido de que te sientes arrastrada ahora mismo por la situación. Ten paciencia y verás como el pasar del tiempo hace tu herida menos dolorosa...- dijo, dándole un suave apretón en su mano intentando reconfortarla.
- ¿Menos dolorosa? - Preguntó, levantando la vista para mirarlo. Sus ojos color miel, de tanto llorar, habían transformado su color con sombras profundas de color verde.
- Si hija mía, el Señor muchas veces en nuestra vida nos guía por senderos muy dolorosos. Nos pone a prueba...- prosiguió, devolviéndole la mirada. Ciertamente se trataba de un momento realmente difícil.
  
- Padre, en este momento, me cuestiono mi fe. Le engañaría si le dijera que me siento reconfortada por ella. No me sirve que me diga que él está en buenas manos cuando yo lo que más deseo es que esté aquí conmigo, a mi lado. - Diciendo esto se levantó. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó las lágrimas.

Se mantuvo de pie inmóvil durante unos momentos.

- Tenemos que volver. Mi hija se estará preguntando qué me pasa y no quiero darle más problemas de los que ya tiene. - Su semblante había cambiado totalmente. Su poder de auto control dejó asombrado al obispo, porque no hacía ni un minuto que se había mostrado ante él de una manera desgarradora.
- De acuerdo, pues. La acompaño...- Contestó poniéndose de pie también.

\*\*\*\*\*

Luisa estaba en su habitación. Necesitaba unos segundos para cambiarse. Delante del armario, con las manos apoyadas en las caderas, intentaba decidir qué ponerse. Se sentía agotada.

El negro desde luego no era su color.

Escogió un traje de chaqueta. La falda con la medida exacta por el protocolo. Hasta las narices estaba de él. Lo tiró encima de la cama y se dirigió al baño. Allí se quedó clavada delante del espejo.

No se reconocía en él...

En ese momento entró Jorge, su marido. Se acercó a ella por detrás y la abrazó cogiéndole el pecho. Buscó su mirada en el reflejo y Luisa se la devolvió. No hicieron falta más palabras. Se desabrochó el pantalón con la mano que tenía libre y allí mismo en esa posición la penetró.

Luisa seguía mirándose en el espejo, impasible. La frialdad de su mirada casi se podía rozar. Era como si no sintiera nada, ningún placer. Mientras Jorge ajeno a todo, estaba sumido en su propio frenesí. Sus jadeos, su aliento le calentaban la espalda.

Una lágrima de hielo cayó de la cornisa de sus pestañas. Luisa no lo notó.

## CAPÍTULO CATORCE

Martín continuaba andando en la más absoluta oscuridad. En medio de ella, avanzando con paso firme, parecía una estrella fugaz.

El halo de su linterna parecía querer quedarse atrapado entre esos pasillos lúgubres.

Por fin pudo comprobar que se estaba acercando al final de su recorrido. Con un gesto rápido apagó la linterna. Necesitó unos momentos para adaptarse a la oscuridad. Se agachó y abrió la bolsa, de su interior sacó las gafas de visión nocturna, imprescindibles para él en este momento.

Cogió la Smart otra vez para insertarse en el sistema de seguridad del edificio. Necesitaba saber la posición exacta de todas las cámaras. No quería dejar nada al azar. Sabía que lo más difícil era entrar. Disponía de muy poco tiempo, tenía que ser una maniobra rápida.

Lo mejor era que lo que él necesitaba se encontraba en los sótanos del edificio. Lo peor era que esa sección estaba totalmente blindada por motivos de seguridad. Allí estaba depositado lo último en material altamente clasificado.

Se tomó unos momentos, así de cuclillas para recapacitar sobre lo que iba a hacer. Necesitaba relajarse, tenía claro que su mente tenía que estar fría para poder seguir adelante. Pero no era así, la imagen de Lucía no se quería diluir. Estaba grabada como a fuego de ascuas. Podía notar el calor de sus labios todavía en su boca.

Movió la cabeza en un gesto casi de desesperación, en un vano intento de que se borraban. Empezó a respirar lentamente, tomando el aire a sorbos. Algo difícil en aquel lugar. El olor a podredumbre se penetraba en sus pulmones, provocándole incluso un poco de vértigo. Pero su concentración era total, respiración a respiración, fue tomando el mando de la situación.

Comprobó que llevaba todo lo que iba a necesitar antes de cerrar la bolsa y la arrinconó contra la

pared para que pasara desapercibida. Se puso de pie colocándose el pasa montañas y las gafas de visión nocturna.

Con la Smart en una mano y en la otra su pistola dirigió sus pasos hacia el final del túnel. Agazapado totalmente en la oscuridad con movimientos suaves y precisos para no delatar su presencia.

\*\*\*\*\*

El teléfono empezó a vibrar y a moverse por encima de la mesa, parecía que bailaba al compás de su propia música.

Yago, con la cabeza todavía apoyada sobre ella, realizó un enorme esfuerzo por volver a la realidad. El único ojo que podía abrir se debatía consigo mismo intentando levantar el párpado. Era como si ese trocito de piel, insignificante en cualquier momento normal, le pesara una tonelada.

La mano del hombre que estaba sentado frente a él casi le rozaba la cara. Tenía el teléfono apoyado en su palma, totalmente abierta. Con ademanes impacientes le gesticulaba apremiándolo para que lo cogiera.

Uno de los hombres que tenía apostados detrás de él sacó su pistola del cinto y se la colocó en la sien que tenía libre. Pudo notar como la amartillaba sobre su piel. Su contacto le produjo un escalofrío por su frialdad. Era un contraste rotundo sobre su piel febril por todos los golpes que había recibido.

Lentamente muy despacio empezó a mover la mano en dirección al teléfono. Con movimientos torpes, agitados, casi lo rozó. En ese momento dejó de sonar. Su mano tembló como una hoja arrastrada por el aire. Con un reflejo instintivo la cerró. Le dolían todos sus dedos al cerrarse, como cobijándose en su palma.

Pero tan solo fue un segundo, sólo eso. El teléfono volvió a sonar. Pudo notar que la pistola se apretaba contra su sien con más fuerza.

- ¡Cógelo, cabrón! O ¡te juro que acabo contigo en este instante! - Le gritó, sus ojos parecían que se querían salir de sus órbitas.

Yago lo cogió. Se lo acercó al oído...

- ¿Yago? Cariño, ¿estás bien? ¿Dónde estás? ...¿Yago? - Lucía estaba nerviosa, preocupada. Su instinto le decía que algo no iba bien.

- ¡Lucía? - Yago se emocionó al escucharla. Una lágrima se debatía por salir de su lagrimal herido, consiguiéndolo al final y derramándose por su maltrecha piel mezclada con su sangre. Sintió que no podía quererla más. Aunque la oía lejana, su voz para él era un bálsamo.

- ¡Te quiero...! ¡Huye! ¡Corre y no mires atrás! - Habló casi en susurro.

Sabía que con esas palabras se le iba la vida.

- Pero... Yago ¿qué pasa? - Lucía notó como toda la sangre se le paraba en el cuello. A su alrededor todo paró su velocidad, se ralentizó. Una punzada de miedo le atravesó el corazón.

Del silencio emergió el ruido seco de un disparo. Yago tenía la pistola tan clavada en su piel que pudo notar todo el recorrido que hizo el proyectil, hasta llegar a él. Cerró los ojos, en ese último segundo de vida sintió como un suave calor iba envolviéndole el corazón.

Murió.

Su último pensamiento, no fue otro que el deseo de que la muerte no consiguiera llevárselo todo de él.

Lucía soltó el teléfono totalmente desquiciada.

Empezó a gritar sin contenerse en mitad de la calle. Cayó de rodillas ante un dolor tan desgarrador. Sentía que su alma se había partido en dos ¡Yago! Sólo era capaz de pronunciar su nombre entre sollozos.

La gente que caminaba a su alrededor no se paraba ni un segundo ante aquella imagen. La gran mayoría pensó que tan sólo se trataba de una drogadicta más montando el número. Y la verdad es que parecía eso. Lucía no paraba de chillar y gemir como una poseída y como todavía llevaba la ropa que le había dejado Martín, su aspecto dejaba mucho que desear.

De rodillas como estaba se fue acercando a la cabina telefónica.

Sus ojos, ahogados por sus lágrimas estaban totalmente espantados. Con desesperación agarró el teléfono esperando volver a oírlo inútilmente. Pudo escuchar unas voces.

- Pero ¡Estás loco! ¡Cómo se te ocurre hacerlo aquí! - Era una voz totalmente desconocida para Lucía. Con movimientos nerviosos se secó las lágrimas con las mangas de la sudadera.

- ¡Tú! No te quedes ahí pasmado. Llama a limpieza. ¡Que vengan en seguida! ¡Dios! ¡estoy rodeado por inútiles! - Prosiguió esa voz. Lucía no podía tragar su propia saliva.

De repente notó que alguien cogía el teléfono...

- ¡Grandísima puta! ¿Estás ahí? ¡Juro que aunque sea lo último que haga te voy a coger! ¡Con tus tripas me voy a hacer un collar! ¿Me has oído? ¡Pedazo de mierda!

Lucía se quedó petrificada al oír todo aquello. Soltó el teléfono y salió corriendo, despavorida. No le costó nada perderse entre la marea humana.

Dentro de la habitación la imagen era totalmente surrealista. Yago permanecía con la cabeza tumbada sobre la mesa. Un reguero de sangre mezclada con su propia piel y masa encefálica se desparramaba por toda la mesa. Su único ojo se había quedado abierto mirando al infinito.

Los tres permanecían a su alrededor totalmente alterados por la situación. Era algo que tenían totalmente prohibido. Se habían roto todas las normas. Las ejecuciones no se podían llevar a cabo dentro del edificio

En ese momento se abrió la puerta dando paso al equipo de "limpieza".



## CAPÍTULO QUINCE

- ¿No es la primera vez que vienes por aquí? – De Carlo se dirigió a Marta con la emoción difícilmente contenida y una media sonrisa en sus labios.
- No, suelo venir bastante cuando tengo ganas de vivir alguna aventura intensa. - Respondió Marta con una aptitud insinuante. Le salía bastante bien. El truco era hablar con los ojos entrecerrados y vocalizando despacio, para que diera el efecto de que sus labios eran irresistiblemente jugosos.
- ¿Aventura? ¿Qué tipo de aventura? - De Carlo tenía muy claro lo que quería decir cuando se lo preguntó. Pero esto formaba parte del juego.
- Bueno...- Prosiguió Marta, pasando la yema de su dedo suavemente por el borde de la copa. - Me parece que sabes perfectamente a qué me refiero. - Esto último lo dijo inclinándose hacia él. Su entonación tenía la suavidad del terciopelo.
- Voy un segundo al aseo, enseguida regreso. No te vayas. - Se puso de pie y con el dedo le rozo los labios.
- No te preocupes, no pienso moverme. - Susurró entre dientes De Carlo, mirándola fijamente alejarse. Un reflejo de hielo recorrió sus ojos.

Durante un segundo permaneció totalmente quieto observando todo su alrededor. Necesitaba cerciorarse de que nadie tenía su vista fija en él. Se giró de nuevo hacia la barra.

Le pidió al camarero otra ronda. Le sirvió la copa.

De Carlo sentado con las manos dentro de los bolsillos, aprovechó ese instante para disimuladamente deslizar un potente somnífero dentro de la copa de Marta. Tarasium, originalmente utilizado como anestésico.

Con el gesto de ponerla delante del taburete de Marta, fue moviendo suavemente la copa para ayudar a que se deshiciera cualquier rastro.

Su mirada estaba fija en aquel líquido cuando percibió que Marta se estaba aproximando a él, ya de regreso. Al volverse para reencontrar su mirada su gesto había cambiado totalmente.

Era un gran actor.

- Empezaba a echarse de menos. - Sonrió al decirlo y a la vez abrió los dos brazos para poder abrazarla.
- Cuando quieras nos vamos. -
- No tengas prisa, la noche es larga. Venga, que te he pedido una última copa. – Sin soltarla totalmente alargó el brazo para coger la copa y ofrecérsela.
- Gracias, eres todo un caballero. - Contestó Marta llevándose la copa a los labios y

dando un pequeño sorbo.

- No lo sabes tú bien. Voy a hacer que pases la mejor noche de tu vida. - De Carlo la apretó más a él.

- Mmmm...Me muero de impaciencia. - Al decir esto Marta inclinó la cabeza hacia atrás dejando caer su melena como una cascada.

De Carlo tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por contenerse al ver el pelo balancearse delante de él. Era demasiado. Exactamente igual al de Lucía, hasta tenía el mismo brillo. Apretó fuertemente la mandíbula y le pareció notar que una muela le crujía.

\*\*\*\*\*

Ana respiró profundo antes de volver a entrar en el Gran Salón. El obispo iba totalmente abstraído en sus pensamientos a su lado. Lo miró de manera disimulada de reojo para comprobar que, él no se había percatado de ese detalle.

Con pesar interior se fijó que cada vez estaba más lleno de gente, de personalidades. Con paso firme fue avanzando hacia su sillón lentamente. Saludaba con un gesto sencillo pero sin dejar de observar un segundo para valorar la situación.

No se escapó a su mirada el pequeño corrillo que se había formado con la élite de la política. Estaban todos los partidos allí representados, en esos hombres con cara de circunstancias. Ella sabía, con toda certeza, la base de sus comentarios.

Durante años había sido una lucha silenciosa para Pablo y para ella. No le hacía falta estar ahí, entre ellos, tenía claro lo que estaban hablando. Al sentarse, lo hizo lo más erguidamente posible. Por nada del mundo quería que su imagen plasmara debilidad. Estaba dispuesta a luchar con uñas y dientes por su hija.

El derecho de sucesión sólo lo tenía Luisa.

Era, desde el momento de la muerte de Pablo, la Reina. A ella todo lo demás no le importaba nada. Estaba cansada del tema, aburrida hasta la saciedad. Estaba claro que Pablo tenía a su hermano Alejandro y que éste a su vez, a su hijo Alberto. Pero esto para Pablo y para Ana, esta posibilidad jamás había sido una opción.

No iba a consentir que de ninguna manera esto no fuera así. En este tema, el cariño que sentía hacía ellos no tenía nada que ver. Los quería y mucho eran parte de Pablo. Pero su hija, era su hija. Sintió que sería capaz de aliarse con el mismo diablo si con eso la pudiera proteger.

Y no estaba equivocada para nada, en el corrillo en cuestión sólo existía un único tema de conversación.

- Señores tenemos diez días. – Hablaba Ramiro Castro, con la voz más baja de lo

normal, sin perder de vista la imagen de la que era todavía su Reina.

- Lo sé. El tema está muy difícil. Mis contactos me han asegurado que Alberto no quiere mover ni un dedo. Tú, que eres el Presidente, podrías hacer una maniobra de acercamiento. - Contestó Alfredo Gutiérrez. Siguiendo con la mirada a la Reina también, hasta que detuvo su recorrido en los ojos de su interlocutor.

- Es que no lo acabo de comprender. Yo pensaba que todo esto ya estaba hablado. ¡Está clarísimo! Ni el uno, ni el otro. Ahora es el momento para implantar la república. ¡Nunca como ahora! - Intervino el tercero, Juan Bayón, representante de Alternativa Democrática. Lo dijo intentando bajar la voz al máximo, pero sin darse cuenta se había dejado llevar por su vehemencia.

- Pero ¡Estás loco! ¡Baja la voz! ¡Tú siempre igual! No sabes contenerte. Además ¿Sabes lo que estás diciendo, de verdad? Empiezo a pensar que has perdido el juicio totalmente. - Le espetó Alfredo Gutiérrez, intentando ajustarse bien la corbata, queriendo recuperar la compostura.

Le molestaba oír aquellas palabras. El que era un hombre de profundas ideas de derechas. Donde la monarquía jugaba un papel fundamental. Se pasó la mano por el pelo totalmente canoso que, con aquella luz parecía resplandecer. Su rostro enjuto plasmaba a la perfección la seriedad del momento.

Tenía claro que Luisa era un problema, sobre todo para él. No podía recordar las noches y noches que había pasado en blanco pensando en ese tema.

- Bueno, Señores ¡Lo dicho! Disponemos de diez días antes de que jure su cargo en las cortes. Ya nos pondremos en contacto. Ahora voy a ejercer mis deberes de Presidente. Voy a darle el pésame a su Majestad. - Prosiguió Ramiro mirándolos a ambos.

Se hizo un silencio que a todos les pareció demasiado intenso.

\*\*\*\*\*

Nada más entrar en el despacho el jefe del equipo de limpieza valoró la situación. Lo primero, era poner en condiciones a los tres para que pudieran salir de allí y dejarlos trabajar. Dividió el grupo en tres secciones.

La primera sección se encargó de los tres agentes.

No era difícil. No era la primera vez que tenían que hacerlo. Abrieron sus maletines y sacaron el spray que tenían para esos casos. Un potente eliminador de manchas, 357PSL. Les rociaron por completo la ropa. Ante sus ojos, en tan sólo unos segundos, empezaron a desaparecer las manchas de sangre por completo.

Les sacaron los relojes, anillos, gemelos, gafas, etc. Todo lo que hubiera estado en contacto con el exterior y se pudiera haber manchado. Colocaron todas las piezas encima de un plástico especial que habían puesto en el suelo y las rociaron con el mismo espray. Mientras hacía efecto, les limpiaron los zapatos, hasta las suelas.

Una vez estaban de nuevo pulcros les invitaron a que salieran de allí. Ya en el pasillo el jefe, Tomás, empezó a caminar todo lo rápido que pudo seguido por los otros dos.

- ¡Es que no me lo puedo creer! Y además ¡seguro que no se ha podido localizar la llamada! - Iba mascullándolo entre dientes. Tenía claro que esto le iba a costar muy caro.

Sus acompañantes se limitaban a seguirlo sin atreverse a decir nada.

En ese momento de una de las puertas del interminable pasillo salió Alba con un documento en la mano. Se dirigió directamente a ellos.

- Señor. La llamada ha sido localizada en una cabina de la ciudad.-

- ¿Y? ¿Dónde? – Preguntó, sin ni siquiera mirarla y sin parar su paso.

- Muy cerca del centro. Aquí tiene usted apuntada la dirección. La cabina está frente a una Iglesia. – Le respondió Alba extendiéndole el papel.

Tomás lo cogió de un manotazo.

- ¡Vamos! ¡No perdamos más tiempo! - Apretando todavía más el paso.

Alba se quedó allí parada observándolos. Cada vez tenía más claro que ninguno era como Martín. Una sombra de preocupación oscureció su corazón, realmente empezaba a temer por él.

\*\*\*\*\*

Dentro del despacho el segundo grupo se ocupaba del cadáver de Yago. Extendieron a lo largo del suelo un plástico opaco con una fina capa en su interior que además, podía absorber cualquier sustancia para no dejar ningún rastro de aquello que se quisiera transportar.

Habían colocado a Yago justo en el centro con las manos apoyadas en el pecho. A continuación, le pasaron una cinta alrededor de todo el tronco. La cinta tenía siete centímetros de ancho, era de un polímero especial, para no dejar ninguna marca. Con ella era imposible que se soltara ninguno de los dos brazos.

En los pies hicieron la misma maniobra, pasaron la cinta alrededor de los tobillos. A continuación, le rociaron el cuerpo entero con espray congelante. Este producto les daba dos horas para poder dejar el cadáver en cualquier sitio, sin que ninguna de sus lesiones se agravara más.

Taparon el cadáver por completo con el plástico.

Una vez hecho esto, sellaron herméticamente todas las aberturas con pegamento. Tenían que evitar que en la posterior investigación de la policía hubiera ningún indicio sospechoso.

Metieron a Yago en el interior de un cajón, camuflado. Parecía el embalaje de un mueble. Tenían que sacarlo del edificio sin levantar sospechas.

Abrieron la puerta y salieron al pasillo. Los miembros de esta sección se habían cambiado de ropa, parecían transportistas. Empujaron la “caja” con decisión hacia el final del pasillo.

Mientras en el despacho, el tercer grupo se estaba encargando de eliminarlo todo. Dejándolo sin ningún rastro, como si nada hubiera sucedido.

## CAPÍTULO DIECISEIS

Martín parecía una pétrea figura de mármol azabache parado delante de la pared. El único movimiento perceptible de su persona eran sus ojos. Tenía que estar seguro de su siguiente movimiento.

Ante él estaba la entrada secreta al edificio. Una pared de hormigón con cañerías y salidas de desagüe recubiertos totalmente por el moho y la herrumbre. Parecía una pared más dentro de aquel interminable laberinto.

Con un movimiento lento se quitó el guante. Extendió la mano así como estaba en la más absoluta oscuridad, para con delicadeza pasar las yemas de sus dedos por cada saliente, cada grieta, cada pequeño resorte.

Tenía que conseguir abrirla de la forma más discreta posible.

Intentar que sucediera sin que saltaran las alarmas. Era consciente de que era una tarea totalmente suicida. Hasta ahora nadie lo había conseguido ¡Jamás!

El problema no era la puerta, si no lo que había detrás de ella. Un sistema de seguridad totalmente operativo.

A la vez que hacía el recorrido con su mano, se puso los auriculares en los oídos y apoyó un pequeño amplificador de sonido. Intento bajar al máximo el ruido de su respiración, necesitaba identificar cualquier cambio que se produjera en el interior.

Para su asombro, pudo sentir el eco de pasos que se acercaban hacía donde estaba. Las voces, haciendo un murmullo, las podía sentir cada vez más cerca.

Con un veloz movimiento se agazapó en la oscuridad. Lo más cerca que pudo de la puerta. Ésta, comenzó a abrirse con lentitud, pausadamente.

Una luz cegadora irrumpió en la espesa oscuridad. Tan cegadora que casi no le dio tiempo a quitarse las gafas de visión nocturna.

Rápidamente sacó su pistola.

- ¡Con cuidado! He dicho con cuidado. Tenemos que conseguir llegar con el paquete intacto al punto de destino. - Dijo Pedro, el que parecía llevar la voz cantante del grupo. Eran cuatro.

Los demás se limitaban a asentir, sin discutir. No se cuestionaban nada, era su trabajo. En sus caras se reflejaba la sensación de asco por el olor que reinaba en el pasillo.

Iban flanqueando la caja por sus cuatro ángulos. Dos por delante y dos por detrás. Empujándola con el máximo cuidado posible. Dada su envergadura era una tarea bastante complicada.

Martín no lo dudó.

Salió de la oscuridad y sin mediar palabra disparó cuatro veces, haciéndolo como si se tratara de una ejecución. Disparos totalmente certeros en la cabeza, a los cuatro. Dejándolos sin posibilidad alguna de maniobra de defensa.

Se desplomaron prácticamente en el mismo momento. Con intervalos casi imperceptibles de segundos. Daban la sensación de hojas caídas de una rama de árbol. En sus caras, se quedó grabada para siempre la incomprensión, la sorpresa por lo sucedido.

Sin pensárselo, guardó la pistola. No sin antes comprobar la seguridad del perímetro. Se agachó ante el primer cuerpo, pasó sus brazos por debajo de las axilas para poder cargarlo mejor y lo arrastró hacía la oscuridad profunda. Hizo la misma maniobra con los tres restantes. Los amontonó

uno encima del otro lo mejor que pudo.

Necesitaba un margen de tiempo antes de que fueran descubiertos.

El mayor problema, era sin duda alguna, la caja. No tenía más remedio que dejarla allí.

- ¡Basta, no pierdo ni un segundo más! –

Sacó la Smart, por unos segundos se quedó pensativo. No tenía más remedio que realizar esa llamada. No había otra opción...

- Hola. Necesito tu ayuda. Sé que te pido demasiado. Ojalá, no tuviera que hacerlo pero no me queda otra salida. -

- ¿Martín? ¿Qué pasa? - La voz de Alba tenía tono de verdadera preocupación.

- Necesito que entres en el ordenador central para grabar como mínimo diez segundos con la cámara de acceso al depósito y que luego insertes el bucle. - Contestó sin apenas dudar. Cerró los ojos al decírselo, por nada del mundo quería ponerla en peligro.

Al otro lado del teléfono reinaba el silencio. Alba sintió que el corazón se le salía del cuerpo. Las lágrimas luchaban por no escapar de sus ojos. Intentaba mantener la calma, parecer tranquila. Había mucha gente a su alrededor no quería levantar sospechas.

- ¿Sabes lo que me pides? - Apenas le salía la voz, un fuerte nudo le atrapaba la garganta.

- Si. Pero eres la única persona en la que puedo confiar. Alba...sin ti, no puedo hacerlo. Por favor, ¡ayúdame! ¡Por favor! No te puedo contar nada más. No quiero ponerte en peligro. Tienes que entender, hay mucho en juego. No sólo nuestras vidas. - Continuó Martín, sorprendido ante sus propias palabras, nunca se había parado a pensar lo importante que era Alba en su vida.

- Está bien. Lo haré...-

- Pero ten mucho cuidado. No me perdonaría que te pasara nada. Me quedo a la espera de tu llamada. ¡Tienes que hacerlo ya! - Nada más decirlo, colgó. Inconscientemente apoyó la Smart en su pecho.

Alba, se quedó quieta, muy quieta unos segundos. Sus ojos erráticos intentaban visionar la totalidad del despacho. Necesitaba estar segura de que nadie le prestaba atención, de que pasaba totalmente desapercibida.

Sus dedos volaban por encima de las teclas, al igual que su corazón. Hacía mucho tiempo que lo sentía. No podía remediarlo. Estaba enamorada de Martín. Siempre se había sentido una privilegiada por poder trabajar cerca de él. Era consciente de cómo era él, de la forma que tenía de vivir la vida.

No tenía nada que ver con ella. Pero no podía controlarlo. Se había quedado totalmente atrapada en su mirada, su sonrisa.

Martín todavía tenía apoyado el teléfono sobre su pecho, no dejaba de pensar en Alba sorprendido por la profundidad de sus sentimientos. En ese momento sonó...

- Ya lo tienes. - Su voz tenía que hacer verdaderos esfuerzos por salir de su garganta. De repente, sintió que un frío de hielo le recorría el cuerpo al notar la mano de su actual jefe en su hombro.

- Me parece que tú y yo tenemos que hablar. - Le dijo seriamente mirándola a los ojos.

- ¿Hablar? ¿De qué? - Le contestó Alba. Intentando al máximo que no se le notara la

sensación de pánico en su expresión.

- Nadie mejor que tú sabe que no están permitidas las llamadas personales en el edificio. - Prosiguió con sus pupilas totalmente clavadas en las de Alba.

- ¡Ah! Te refieres a esto. – E hizo el gesto con su móvil todavía en la mano. - No era nada. Nada importante. Lo siento, no volverá a ocurrir.

Martín colgó embargado de una extraña sensación. Con paso firme se dirigió hacia la puerta del depósito. Colocó la Smart justo delante del visor de códigos de acceso de entrada para poder leer los nuevos dígitos.

En unos segundos los tenía. Los pulsó y la puerta se abrió. Con seguridad se adentró en su interior. Fue directo hacía donde estaba almacenado lo que buscaba. Con mucho cuidado lo introdujo dentro de la pequeña bolsa que llevaba. Era material altamente peligroso.

Volvió sobre sus pasos cerrando la puerta con cuidado de teclear números al azar, para no dejar constancia de su paso.

Antes de salir pulsó el botón para cerrar la puerta de hormigón y salió sin mirar atrás. Empezaba a sentirse contento.

Parecía que por fin las cosas empezaban a salir bien.

Otra vez en el pasillo de la alcantarilla se colocó de nuevo las gafas de visión nocturna. La oscuridad todavía parecía más insondable después de haber tenido los ojos expuestos a la luz. Se paró delante de la caja. Era consciente de que llevaba material altamente peligroso encima pero le parecía totalmente extraña la situación.

No era nada normal que se realizara este tipo de acciones, estaba convencido de que algo extraordinario había sucedido. Sin más, sin dudarlo, procedió a abrirla. Tenía que saber qué era lo que ocupaba su interior.

Su sorpresa fue brutal. Ante él tenía el rostro desfigurado de Yago, el mejor amigo de Lucía. Por unos segundos, su mente se convirtió en un torbellino de ideas mezcladas con una vertiginosa sensación de pánico.

Nadie mejor que él sabía que las ejecuciones estaban totalmente prohibidas dentro del edificio. Tomó consciencia de que a alguien del interior se le había ido la mano. Esto sólo quería decir una cosa: estaban desesperados por encontrar a Lucía.

Cargó con el cadáver sobre su hombro. No quería dejarlo allí. No llegó a conocerle personalmente pero sintió que al menos se merecía ser enterrado dignamente, ya que su muerte no lo había sido.

Su sombra reflejada en las paredes del túnel era absolutamente grotesca.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Marta sintió de repente como si todo le diera vueltas a su alrededor. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para centrar su atención en las palabras de De Carlo...

Éste con auténtica frialdad, conocedor de lo que le pasaba, le hablaba sin parar de cualquier cosa. Simplemente, esperaba el momento justo para poder entrar en acción.

No cabía en sí, sentía verdadera desesperación. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para que no se le notara. Medía cada palabra, cada gesto.

- Bueno preciosa, creo que deberíamos irnos...- susurró.
- Lo que tú digas. - Consiguió contestarle Marta. Al hablar le dio la sensación de que su voz era la de otra persona.

De Carlo se levantó del taburete, recogió las llaves y la miró.

Marta intentaba sujetarse a la barra para ponerse de pie. Éste, con un gesto rápido la abrazó.

Se giró para despedirse del camarero.

- Bueno, va a ser que nos vamos. - Le dijo con una sonrisa cómplice, guiñándole un ojo.
- Parece que la señorita bebió demasiado. - Observó el camarero.
- Ya lo creo, voy a ver si la consigo dejar en su casa...ja, ja, ja. - Prosiguió De Carlo.

Con paso decidido, llevando a Marta casi totalmente apoyada en él, cruzó todo el local en dirección a la puerta.

- No sé qué me pasa...me cuesta caminar. - Marta, hablaba en voz alta.
- No te preocupes. Yo te acerco a casa. Se ve que lo que has bebido no te ha sentado

bien. – Le respondió De Carlo intentando que su voz sonara lo más tranquila posible. Una vez en el exterior la cogió en brazos y se dirigió a su coche. La puso de pie apoyada en el lateral para poder abrir la puerta. Marta se balanceaba de un lado a otro sin control. Con mucho cuidado, la volvió a coger en brazos para sentarla en el asiento al lado del conductor. Le ajustó el cinturón de seguridad y cerró la puerta. Al apoyar la cabeza en el respaldo, Marta sintió como si estuviera cayendo en el interior de un pozo oscuro. Con desesperación se llevó las manos a la cabeza intentando volver en sí.

- Pero, mi coche...- consiguió balbucear...

- No te preocupes, mañana por la mañana vienes a por él. Ahora no estás en condiciones de conducir. Yo te llevo a tu casa. - Al decir esto, De Carlo le cogió el bolso abriéndolo, sacó la cartera y buscó su DNI para saber su dirección. Una vez la supo, volvió a meterlo toda otra vez en su interior y lo cerró poniéndoselo sobre de las rodillas.

Arrancó para incorporarse al tráfico. A la vez, empezó a sonar en el interior del coche, “Can Get Enough Of Your Love Baby” de Barry White.

Su mirada estaba totalmente fija en un punto indeterminado. Una mirada fría y calculadora, de hielo.

\*\*\*\*\*

Las luces de las farolas de la ciudad destellaban en la profundidad de la noche. Unas pequeñas gotas de fina llovizna jugueteaban resbalando por el cristal del parabrisas del coche.

Tomás conducía ensimismado en sus pensamientos. Sentía verdadera frustración cada vez que volvían a su mente las imágenes que acababa de vivir.

Estaba claro que el personaje en cuestión tenía que morir, tenían que deshacerse de él, pero no de esa manera.

Lo peor del asunto era Martín, era el mejor y esto le suponía un verdadero reto. Había trabajado con él en varios operativos y conocía perfectamente la naturaleza del carácter de Martín. Era realmente difícil tener que afrontar la situación. Inconscientemente se pasó la mano por la frente en un segundo de flaqueza. La chaqueta del traje la notaba como si fuera un peso excesivamente insoportable.

Giró la cabeza y le echó un vistazo al que iba sentado detrás. Éste miraba a su vez por la ventanilla del coche, totalmente absorbido por las imágenes que iban sucediéndose ante sus ojos de la ciudad. Su cara era totalmente inexpresiva.

Volvió su atención hacia delante, por nada del mundo quería que le notaran signos de debilidad. El tráfico estaba bastante fluido y gracias a ello podía maniobrar con facilidad por él.

No tardó mucho en encontrar la Iglesia. Por la hora que era casi no le costó aparcar. La gente deambulaba de un lado a otro. No dejaba de asombrarle el bullicio que había. Era una ciudad que nunca dormía.

La Iglesia se encontraba totalmente cerrada. Los tres la rodearon para comprobar si disponían de alguna entrada abierta, pero no fue así.

Intentaban caminar de la forma más casual posible. No querían llamar la atención.

Tomás localizó la cabina en un lateral de la Iglesia, justo en frente de una pequeña puerta de madera. Sin dudarle un momento cruzó la calle en su dirección. Sabía que no iba a encontrar nada pero aun así debía comprobarlo.

La cabina, como muchas de cualquier ciudad, se encontraba en bastante mal estado. Tomás sacó su móvil para sacar unas cuantas fotos. Pero allí no había nada. Comprobó con calma el perímetro intentando deducir las posibles direcciones en las que habría podido huir Lucía.

Observó con mucha tranquilidad todo el entorno. Sus ojos se detuvieron en todos los locales comerciales, cafeterías, etc. Hasta que su rastreo visual se detuvo en las cámaras exteriores de un banco que estaba situado en la esquina.

No tardó ni un segundo en sacar el móvil y marcar rápidamente.

- Necesito las imágenes de las cámaras de seguridad del banco JP Morgan. Prioridad uno. En cuanto tengan resultados comuníquemelos inmediatamente. - Colgó sin esperar respuesta.

Notó que el corazón le latía más rápidamente al volver sobre sus pasos. Los otros dos permanecían esperándolo, hablando entre ellos como si fuera un encuentro casual.

No dudó al dirigirse hacia la pequeña puerta. Con una rápida maniobra la abrió, pasando a su interior sin mirar atrás. Los otros dos lo siguieron como si fueran su sombra.

Caminaban sin hablar.

Una vez en el interior, sacaron sus armas en total silencio y se dirigieron con paso firme hacia la sacristía. Se detuvieron delante de la puerta. Tomás con el arma en una mano, la abrió lentamente.

Por unos instantes se quedaron parados expectantes. La sacristía se encontraba totalmente revuelta. Las estanterías repletas de libros habían sido arrojadas al suelo, los cajones estaban volcados sobre sí mismos.

La tela de todos los sillones estaba rajada, dejando ver su interior esponjoso con facilidad.

- Está claro que aquí alguien ha buscado algo con urgencia. - Se dijo Tomás así mismo con bastante inquietud.

Uno de los acompañantes sacó la mini cámara y empezó a hacer fotos. El otro, se había sentado delante del ordenador para intentar sacar toda la información posible.

Tomás miró la hora, cogió el teléfono y marcó.

- Necesitamos un equipo de rastros. Tenemos que conseguir a cualquier precio alguna huella. Me temo que esto no ha terminado. - Dijo con el semblante lleno de preocupación.
- En quince minutos estamos allí. - Le contestó una voz neutra.

Tomás colgó y se dirigió hacia la puerta.

- Voy a ver si localizo al cura. El edificio es bastante grande pero sé que en algún lugar tiene que estar. - Comentó en voz alta, casi hablando solo.

Los otros dos siguieron como si el comentario no fuera con ellos.

Tomás empezó a caminar por el pasillo lo más suavemente posible. Llevaba el arma en la mano. Algo en su interior le mantenía en alerta.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

Martín había llegado a su destino. Con suavidad dejó el cadáver de Yago en el suelo y la bolsa. Miró hacia arriba y movió la tapa de alcantarilla. Le costó un poco adaptarse al cambio de luz. La noche en aquel pequeño callejón era totalmente cerrada pero aun así, el cambio fue brusco ya que salía de la oscuridad más absoluta.

Observó con tranquilidad todo el callejón. Un gato negro le devolvió la mirada indolentemente desde los bajos de un coche que estaba allí aparcado.

El suelo parcialmente mojado por la lluvia acumulaba pequeños charcos. Martín se tomó unos segundos para empezar a respirar tomando pequeñas bocanadas de aire limpio. Sus pulmones necesitaban recuperarse.

Observó que la luz del pequeño farol seguía luchando por iluminar el espacio inútilmente. Se debatía entre claros y oscuros movida por el aire.

Todavía oculto en la boca de alcantarilla se agachó para coger la bolsa y sacar el arma. Su Walter P99. Con movimientos casi imperceptibles le colocó el silenciador. Se puso de pie y respirando pausadamente disparó al pequeño farol.

En unos segundos la luz mortecina se apagó. La pequeñez de los cristales hizo que, al desparramarse entre la llovizna, pasaran desapercibidos.

Se colocó la pistola en el costado y terminó de desplazar la tapa de alcantarilla. Entre la llovizna, los rayos de la Luna se reflejaban como en un millón de micro espejos queriéndole ganar terreno a la oscuridad.

Con un pequeño salto salió al exterior. Inclinado de cuclillas, volvió a cerciorarse de que el perímetro era seguro. Se pasó la mano por el pelo con preocupación. Era consciente de que en ese momento iba a ser imposible enterrar a Yago. Tenía el tiempo medido para llevar a cabo la acción.

Sus ojos se pararon en varias casas que parecían abandonadas.

Con decisión se dirigió hacia una de ellas. Sacó su pequeña ganzúa y la abrió. Ya en el interior comprobó el estado en el que se encontraba.

Algunas habitaciones tenían el techo casi derruido. Las paredes inútilmente podían ocultar su esqueleto. Había rastros de algún vagabundo que desesperado por el frío, no le había quedado otra que pasar la noche allí.

Sin dudar, volvió sobre sus pasos, se metió otra vez en el interior del túnel y cogió el cadáver de Yago. Lo cargó sobre su espalda y subió la pequeña escalera que daba acceso al exterior. Como pudo, con pequeños empujones, sacó el cadáver.

Yago parecía un verdadero muñeco de trapo. Yacía en el suelo totalmente pegado a la entrada de la alcantarilla. Martín lo observó durante unos segundos. La pequeña llovizna salpicaba la cara de Yago que, con la cabeza girada hacia él, le provocaba un pequeño escalofrío pues parecía mirarle con el único ojo que le quedaba.

Terminó de salir rápidamente y volvió a cargar con el cadáver. Ya en el interior de la casa entró en la habitación que había elegido.

Dejó a Yago en el suelo y empezó a mover unos cascotes que se habían desprendido del techo. Colocó a Yago totalmente apoyado sobre lo poco que quedaba en pie de pared y lo tapó con los escombros intentando conseguir ocultarlo.

Una vez acabada la maniobra se dirigió hacia la puerta para comprobar el resultado.

Por unos segundos una sombra de tristeza se reflejó en su expresión. No era la forma más adecuada de terminar. Esperaba poder regresar a por él y enterrarlo de verdad.

Salió de la casa y cerró la puerta. Sus pasos le llevaban nuevamente a la entrada del túnel. Volvió a entrar en su interior. Corrió la tapa sin dejar de observar un segundo a su alrededor. Necesitaba asegurarse de que todo seguía igual.

Abrió la bolsa para coger las gafas de visión nocturna y de nuevo se las colocó. No sin antes, con movimientos rápidos intentar secarse la cara con sus propias manos.

Emprendió de nuevo su camino. Miró su reloj, seguía dentro del margen de tiempo necesario. Con respiraciones cortas para poder adaptarse de nuevo a esa atmósfera cargada de malos olores, se volvió a perder entre las sombras del túnel.

\*\*\*\*\*

En la oscuridad de la noche los faros del coche eran dos gemas enormes pérdidas en el espacio. De Carlo los apagó en el momento en que se adentró por el angosto camino. Se trataba de un acceso estrecho totalmente empedrado y rodeado de árboles.

Las ramas parecían acariciar los laterales del coche. Mientras la pequeña llovizna le hacía un poco más difícil la visibilidad. En algunos momentos, unos cuantos rayos de Luna conseguían liberarse de la prisión de las nubes y alumbraban intermitentemente la escena.

De Carlo apagó la música. Necesitaba los cinco sentidos para poder terminar su recorrido. Todo estaba estudiado. El acceso era prácticamente imposible pero había efectuado tantas veces el recorrido que prácticamente se lo sabía de memoria.

El pequeño camino se abrió ante él convirtiéndose en una reducida explanada. Giró el volante y situó el coche bajo el árbol más grande y apagó el motor.

Bajó del coche y cerró la puerta con mucho cuidado. Se dirigió al maletero y lo abrió. En el interior permanecía el plástico doblado junto con las bolsas. Sacó las bolsas y las colocó en el asiento trasero del coche.

Al hacerlo levantó la vista hacia el cielo. La fina llovizna no daba tregua. Apesadumbrado movió de un lado a otro la cabeza. Era un contratiempo pero no estaba dispuesto a parar. En su interior, un frenesí incontrolable casi no lo dejaba respirar.

Extendió con verdadera pulcritud el plástico dentro del maletero de una manera enfermiza. Necesitaba que estuviera perfecto. Ni un pequeño pliegue, ni una ínfima arruga.

Se dirigió a la puerta del copiloto y la abrió. Allí totalmente inconsciente, permanecía sentada Marta, su cabeza estaba apoyada hacia el lado con las manos sobre el bolso. Tenía una respiración pausada, parecía dormir plácidamente ajena a todo.

Le desató el cinturón. Puso el bolso sobre su propio asiento y con suavidad la cogió en brazos para sacarla al exterior. Al hacerlo, la cabeza de Marta cayó un poco hacia atrás dejando su melena flotar en el aire.

De Carlo no podía apartar sus ojos de esa melena. Un deseo incontrolable le estaba venciendo...

Intentando no pensar, la introdujo en el maletero.

Sacó la cinta que llevaba y le tapó la boca comprobando que podía respirar por la nariz. Le ató las muñecas y los tobillos. Una vez hecho esto, la tapó totalmente con el plástico.

Cerró el maletero apoyando sus manos sobre él. Estaba totalmente empapado, podía sentir correr las finas gotas de lluvia por su cabeza, su cara, sus brazos. Cogió aire e intentó respirar con normalidad, le costaba mucho controlarse. Su mirada gris estaba perdida en un punto indeterminado del capó.

Poco a poco fue volviendo en sí. Necesitaba pausar sus pensamientos. Mantener la mente fría.

De nuevo abrió la puerta trasera del coche, de una de las bolsas sacó un par de toallas. Se dirigió al asiento del conductor y se sentó sobre una de las toallas. Con la otra se secó la cara, la cabeza y las manos.

Puso el coche en marcha y lo giró para comenzar el trayecto de vuelta. La lluvia era un pequeño inconveniente pero nada que no se pudiera superar.

Simplemente significaba retrasar un poco más el momento. Tan sólo eso.

Una desagradable sonrisa le nació en los labios, mientras el coche seguía avanzando en la oscuridad más absoluta.

## CAPITULO DIECINUEVE

Entre restos de cartones y periódicos viejos Lucía intentaba taparse de la fina llovizna. Totalmente desencajada por los nervios y el frío no era capaz de mantener la calma. No conseguía controlarse.

Todo su mundo se había caído. Al cerrar los ojos sintió como un relámpago electrizante le recorría la espalda hasta su nuca.

Yago, yago... ¡había muerto! El dolor era demasiado grande para poder digerirlo. En su mente se mezclaban imágenes de Yago. Lo podía evocar perfectamente. Su corazón latía más despacio al recordar sus últimos momentos. Creía que iba a enloquecer de dolor. No se merecía una muerte

así.

¿Cómo no había pensado que pudiera pasar? En su desesperación, intentaba encontrar alguna razón que la ayudara a sentir menos dolor pero no podía.

Con pequeños movimientos intentaba apoyarse mejor en la pared. Estaba agotada y sucia, todavía llevaba la ropa de Martín.

Al salir corriendo, cuando soltó el teléfono, lo único que pudo hacer es vagar por la ciudad intentando perderse entre la gente.

Con la mirada perdida, desquiciada caminó sin rumbo hasta que sus pies no pudieron más.

Se sentó en un rincón desapercibido y se tapó con todo lo que pudo recoger del suelo como una indigente más.

Con el antebrazo intentaba secarse las lágrimas, a la vez que, agachaba la cabeza y se tapaba la cara con el pelo. No quería que la encontraran. Necesitaba pensar.

A su casa no podía volver, no tenía a quien acudir. Ni forma de ponerse en contacto con Martín.

Sus ojos permanecían perdidos en un punto indeterminado mientras su mente intentaba encontrar una solución.

Echo la cabeza hacia atrás y de repente lo supo. Como estaba ahora, era como estar muerta ya. No tenía nada más que perder. Así que no le quedaba más remedio que luchar o huir para siempre sin poder tener una vida normal.

Sus ojos se cerraban por el cansancio.

- Tengo que tomar una decisión, quizás la más importante de mi vida. - Pensó, a la vez que se sumía en un profundo sueño.

La gente seguía pasando a su lado, engullida en sus paraguas, en su propia vida. A nadie le extrañó ver a una mujer joven tumbada entre cartones.

\*\*\*\*\*

El ascensor se detuvo en el sótano. Se abrieron las dos puertas después de sonar el timbre de aviso, dejando salir a Alba hacia el garaje. Caminaba despacio con la cabeza casi metida en el bolso buscando las llaves del coche. Estaba totalmente sola. Sus propios pasos retumbaban haciendo pequeños ecos que se perdían en el fondo del pasillo.

- ¡Por fin! - Mientras sujetaba las llaves entre sus dedos.

No conseguía dejar de pensar en Martín. Inconscientemente siempre que lo hacía su ceño se arrugaba levemente. Pasó la mano por su pelo. Había sido un día largo y agotador, necesitaba llegar a casa y darse una ducha.

Presionó el mando del coche para poder abrirlo y se sentó. Su mirada se dirigió al espejo retrovisor. Tenía señales visibles en su gesto de cansancio y de miedo. Eso no se lo podía permitir. Sabía que el momento era bastante delicado de por sí y peligroso. Puso los dos brazos sobre el volante y dejó reposar la cabeza sobre ellos.

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Las lágrimas resbalaban por sus mejillas casi sin ningún esfuerzo.

Puso el coche en marcha haciendo marcha atrás lentamente.

Entonces lo vio...

Martín totalmente tumbado en el suelo de la parte de atrás. Con la oscuridad y vestido de color negro era casi imposible advertir su presencia. Un pequeño escalofrío recorrió su espalda al mirar esos ojos, brillaban como dos azabaches en la oscuridad.

Martín le hizo un gesto con las cejas. No quería que hubiera ningún pequeño cambio en la expresión de Alba. El gesto más imperceptible podría ser nefasto en ese momento.

Alba prosiguió la marcha como si nada. Sabía que se jugaban mucho. Las manos le temblaban agarrándose al volante, tenía que salir de allí como fuera. El pasillo de salida estaba haciéndose eterno. Encendió la radio intentando tragar saliva sin que se le notara.

Empezó a retumbar en todo el garaje la voz de Beyoncé con su "Deja vu".

Alba intentaba con todas sus fuerzas mantener el control, esperando no encontrarse con nadie durante el trayecto. Aunque lo peor quedaba para la salida. En la puerta estaban situados dos guardias.

Con los músculos totalmente rígidos del cuello paró el coche. Bajó la ventanilla y se esforzó por mostrar la mejor de sus sonrisas.

- Hola, ¿qué tal? - Intentó que su voz sonara con naturalidad.
- Su acreditación por favor. - Respondió éste, a la vez que le echaba un vistazo por encima al interior, ignorando las palabras de Alba.
- Sí, claro. Tome. - Alargó la mano con la tarjeta, entregándosela sin vacilar.
- Puede usted proseguir. - Dijo, sin inmutarse.

Alba no se lo pensó. Reanudó la marcha para incorporarse a la circulación y así poder pasar más desapercibidos.

- Alba, lo siento. Pero tenía que verte. - Susurró Martín. - La situación se está poniendo verdaderamente tensa. Quiero que tengas mucho cuidado. No confíes en nadie ¿me oyes? En nadie. -
- No te preocupes, sé cuidarme sola. Pero, ¿me vas a decir que necesitas? - Preguntó a la vez que se dirigía hacia la periferia de la ciudad. Necesitaba esquivar cualquier mirada indiscreta.
- Nada. A partir de ahora todo se va a desarrollar rápidamente. Por eso he querido hablar contigo. Nos pondremos en contacto como siempre. Pero es muy necesario que me hagas caso, no confíes en nadie. - Al decirle esto le rozó el codo suavemente.

Para Alba aquel gesto significaba mucho, por eso se estremeció.

Tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no parar el coche y tumbarse con él detrás. Le daba miedo que Martín descubriera sus sentimientos, por nada del mundo quería eso.

- Cada vez me resulta más difícil. - Pensó, a la vez que miraba como resbalaban las gotas de lluvia por el parabrisas. Tenía el presentimiento de que el cielo entero se estaba abriendo para ella.
- Para. Me quedo aquí. -
- Espera...- dijo Alba, sin pensar. - Ten mucho cuidado.
- No, Alba. Ten mucho cuidado tú. - Le repitió Martín a la vez que abría la puerta y se agazapaba en la oscuridad.

Alba se quedó allí parada. Estaba bloqueada por el miedo. - Espero verte otra vez. - Susurró a la

vez que se ponía en marcha.

Había estado recorriendo las calles de la ciudad más de tres cuartos de hora. Era la clásica maniobra para despistar, por si acaso alguien hubiera estado siguiéndola.

Por fin estaba en casa. Exhausta, no tenía fuerzas ni para meter la llave y abrir la puerta.

Al entrar al salón se descalzó y se sacó la chaqueta. Caminó hasta la lámpara de mesa que estaba al lado del sofá y la encendió.

- La verdad es que esperaba que tardaras más. - Dijo Adrián a la vez que fumaba una calada de su cigarrillo. La había estado esperando sin impacientarse sentado en su sofá. Hasta se había servido una copa. –

- Pero...-

- ¡No digas nada! Hasta que yo te pregunte. - La cortó Adrián y con un gesto rápido le cogió la mano derecha, le dio la vuelta y apagó su cigarrillo en ella. -

Alba no emitió ningún sonido, simplemente cerró los ojos. El corazón le empezó a latir más lentamente por el miedo y el dolor.

## CAPÍTULO VEINTE

Al final del pasillo había una solitaria puerta de madera. Tomás alargó el brazo y cogió la manivela con la mano derecha, en la izquierda llevaba el arma.

La abrió lo más despacio que pudo. El gesto de su cara era totalmente hermético. Sus ojos se movían rápidamente intentando abarcar lo máximo con la mirada.

La pequeña puerta daba acceso a un patio interior. Al fondo podía ver otra puerta a la izquierda.

Volvió a ojear rápidamente el pequeño recinto y empezó a caminar intentando pegarse lo máximo posible a la pared.

Mientras avanzaba, observó el sauce llorón, éste balanceaba sus ramas empujadas por el viento dando el único toque de movimiento al pequeño patio.

Se puso a un lado colocando el arma delante de él y con un movimiento rápido abrió la puerta de par en par.

Era una pequeña habitación. En el centro había una cama y a los pies, con las manos atadas a los barrotes permanecía inerte Miguel, el cura. Tenía los ojos tapados con las cuentas de un rosario. Se lo habían atado tan fuertemente que cada cuenta se había clavado en su piel provocando que gotas de sangre le salpicaran toda la cara.

La peor parte se la habían llevado sus ojos, al apretarlo tanto parecía que se habían colado dentro de sus cuencas. La cabeza le colgaba hacia delante y esto había provocado que se formara un pequeño charco de sangre sobre sus partes íntimas.

- ¡Qué barbaridad! - Pensó Tomás. - ¡Y yo creía que ya lo había visto todo! -

Después de comprobar que no había nadie más, enfundó la pistola y se acercó más al cadáver.

Observó que tenía un disparo en la nuca hecho a corta distancia.

Estaba totalmente desnudo, sentado en el suelo y apoyado en los pies de la cama.

La sotana parcialmente rasgada, hecha jirones y su ropa interior estaban esparcidas por el suelo de la habitación.

La cama totalmente revuelta era una señal de que alguien se había acostado en ella. Sin duda Martín y Lucía habían estado allí. Una pequeña mueca en su boca acompañó a un pensamiento lujurioso.

- ¡Qué bien se lo monta el cabrón! ¡con todo lo que tienen encima! -

Sobre el sillón había una bandeja con restos de comida y un cenicero que había sido vaciado, pero con señales de ceniza.

Sin dudar cogió el móvil y marcó rápidamente.

- Señor, esto se complica. Tengo delante de mí al párroco muerto. Tendré que llamar al equipo para que recoja todas las muestras posibles de esta habitación. - Mientras lo decía tenía claro la respuesta que le iban a dar.

- Nada de eso, esta situación no puede salir a la luz, tenemos que actuar con la máxima discreción ya sabes lo que quiero decir. - Continuó la voz de su superior y a continuación colgó sin esperar respuesta. -

Tomás guardó el teléfono y se quedó quieto allí de pie observándolo todo. Se pasó la mano por el pelo intentando mantener la mente fría.

No sabía cómo pero tenía que encontrar la manera de atrapar a Martín y a Lucía. Tenía que acabar con ellos y encontrar alguna explicación a la muerte del párroco. Le parecía demasiado brutal la manera en que habían acabado con su vida.

Se giró y empezó a caminar hacia el patio para buscar a sus compañeros. Tenían que actuar con rapidez.

Dejó la puerta entreabierta. La imagen del cuerpo sin vida del Padre Miguel parecía querer asomarse a cielo abierto. Sin ninguna explicación.

\*\*\*\*\*

El coche se detuvo en la puerta de Palacio. Alejandro y su hijo Alberto no habían sido capaces de articular palabra en todo el recorrido.

Acababa de fallecer su hermano Pablo. La tristeza le embargaba el corazón. Había perdido a su hermano. Bueno más que eso, había perdido a su mejor amigo, su mejor aliado.

Pablo para él lo era todo.

Juntos habían convivido con todas maquinaciones posibles por el derecho de sucesión y él siempre lo había tenido claro. Coincidió con su hermano en su postura.

La reina tenía que ser Luisa. Ellos dos y su cariño estaban por encima de todo eso, por encima incluso de su propio hijo Alberto.

Al pensar esto, su mirada coincidió con la de su hijo.

Alberto había permanecido serio y callado a su lado. No había articulado palabra en ningún momento.

- Padre quiero decirte una cosa importante, para mí trascendental, antes de bajar del coche. -
- Dime hijo, te escucho. -
- Para tu tranquilidad voy a jurarte algo que sé que es vital para ti. Quiero que sepas que en ningún momento voy a hacer nada que pueda perjudicar a mi prima Luisa. Conozco tu opinión sobre el tema, y yo como hijo tuyo que soy...Te juro que permaneceré a tu lado en todo momento, que jamás haré nada que pueda perjudicarla, ni a ella ni a la corona. Te lo juro por lo más sagrado que para nosotros es mi madre. - Al decirle esto, Alberto bajó la mirada y se calló. -
- Gracias hijo mío. No te puedes imaginar lo que significan tus palabras para mí. En estos momentos tenemos que estar muy unidos intentando apoyar a tu tía Ana y a tu prima Luisa. Me tranquiliza mucho saber qué piensas así. Sabes de sobra lo que tu Tío Pablo significa para mí, por eso te lo agradezco tanto. - Alejandro habló con los ojos totalmente llenos de emoción.

Las palabras de su hijo no sólo lo tranquilizaban, sino que le aseguraban un futuro menos incierto. No se sentía con fuerzas para entrar dentro de una lucha de poder. No ahora, no era el momento, sobre todo después de que acaba de perder a su amada esposa María.

Aun así, sabía que le esperaban días llenos de actividad frenética. Estaba convencido de que las fuerzas políticas iban a intentar por todos los medios convencerlos de que cambiaran de postura. Pero la decisión ya estaba tomada...

- Vamos Padre. - Dijo Alberto a la vez que abría la puerta del coche.

Al poner los pies en el suelo levantó la vista y allí estaba Ana esperándolos al pie de la escalera. Ana tan sólo tuvo que mirar esos ojos que parecían tener atrapado el mar en su retina, como los de Pablo, para darse cuenta de que no iba a tener ningún problema.

El dolor por la pérdida era tan evidente que casi le cortó la respiración.

Al llegar a su altura Alejandro abrió los brazos, necesitaba abrazarla. Con el transcurrir de los años Ana se había convertido en alguien muy importante para él.

- ¡Dios! ¡Cómo duele! - Le susurró al oído a la vez que la abrazaba.
- Si...- Ana se sentía incapaz de seguir hablando.
- Sabes que estoy contigo, siempre. - Prosiguió Alejandro haciendo un verdadero esfuerzo para que le saliera la voz.
- Lo sé. - Respondió Ana, a la vez que se separaba de él.

Alberto procedió a besarla una vez pudo acercarse a ella. Ana sintió un poco de frialdad en su beso, pero no era el momento de pararse a analizarlo todo.

Estaba desbordada.

- Tía, lo siento mucho. - Alberto no la miró a los ojos. - Ha sido una triste pérdida.

Ana asintió bajando la cabeza. Se colocó en medio de los dos hombres y les agarró del brazo. Cuando miró hacia adelante, los propios escalones de la escalera se le asemejaron tan agrestes, inhóspitos, como la pared escarpada de una montaña.

- ¡Menos mal que ha parado de llover! - Pensó, mientras subía uno a uno los escalones.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

De Carlo no tuvo ningún problema para entrar en palacio. A pesar del férreo control de seguridad existente. El perímetro del Palacio estaba prácticamente militarizado.

Al dejar de llover no se produjeron contratiempos para seguir las pautas normales.

Eso era muy importante para él. El método, los tiempos. Todo totalmente cronometrado y medido al milímetro.

Antes de llegar a la ciudad se había detenido para cambiarse de ropa. Tenía que aparentar una absoluta y total normalidad.

Ya dentro de los jardines de palacio empezaba a sentirse eufórico, porque esa era un terreno que él dominaba.

Paró el coche delante de la pequeña entrada lateral. Era un rincón rodeado por setos frondosos y altos que daban a una pequeña placita.

Al bajar del coche sintió la humedad de la noche golpeándole en la cara. Esto hizo que respirara profundamente para intentar calmarse.

No podía perder mucho tiempo.

Era todo un reto conseguir que nadie se percatara de su presencia en esa zona de Palacio en un momento como este.

Caminó con paso seguro hacia la puerta. Al abrirla, a primera vista, se trataba de la entrada a un pequeño almacén donde se guardaba parte del material necesario para el cuidado del jardín. Pasó a su interior. Una vez hecho esto encendió la luz. No le interesaba que nadie fuera capaz de vislumbrar una luz en esa parte del edificio. No tenía que olvidar que la guardia estaba continuamente dando paseos por todo el interior del perímetro.

En la pared del fondo, oculta tras unas estanterías, había una puerta que daba acceso a la siniestra habitación. Esta entrada sólo era conocida por él, ya que le servía como medio para conseguir su propósito. El placer.

La gran cama permanecía en el centro de la habitación. Se dirigió a ella y la destapó. Cogió los arneses de las cuatro esquinas y los desató. Una vez hecho esto, apagó la luz y volvió a salir.

Caminó de vuelta al coche, se dirigió al maletero, antes de abrirlo miró a todo su alrededor hasta estar convencido de que era el momento.

Cuando estuvo seguro, lo abrió.

Una sacudida le recorrió el cuerpo entero al ver a Marta en aquella posición en el interior del maletero. Tuvo que apoyarse unos segundos en el borde y respirar compasadamente para intentar controlarse.

Los ecos retumbaban sin parar dentro de su cabeza... Tenía que dominarlos como fuera.

No fue consciente del tiempo transcurrido, pero por fin consiguió rehacerse. Volvió a abrir de nuevo el maletero. Levantó el plástico que tapaba a Marta y la cogió en brazos.

Volvió sobre sus pasos hacia la puerta, pero esta vez llevaba a Marta en brazos. No dejó de mirar a uno y a otro lado. No quería sorpresas.

Marta llevaba la cabeza hacia atrás. Estaba totalmente dormida.

Abrió la puerta y pasó al interior. Una vez dentro, encendió la luz y se dirigió a la cama.

La tumbó sobre ella colocándola exactamente en el centro. Le cogió el brazo derecho y sujetó su muñeca con una esposa al arnés, hizo lo mismo con el brazo izquierdo.

Se detuvo un momento para observarla. Marta estaba totalmente dormida. Al acostarla le había esparcido la melena alrededor de su cara. Se acercó para olerla, tanto que abrió la boca y le

recorrió la mejilla con la lengua.

- ¡Cómo vamos a disfrutar! ¡Ya verás! - La voz se le quebró por su impulso interior, pero Marta inconsciente no lo oyó.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para apartarse de ella.

A continuación, le cogió la pierna derecha y le ató las esposas al tobillo. E hizo lo mismo con la pierna izquierda, consiguiendo así tenerla atada con las dos piernas abiertas.

Se quedó quieto mirándola, recorriéndola con los ojos. Al abrirle las piernas se podía apreciar las cintas de encaje de las medias atadas a sus muslos y se entreabría la falda del vestido permitiéndole imaginar el final de su recorrido.

Con un gesto espontaneo se llevó las manos a la cabeza ¡Necesitaba concentrarse!

Atrajo la mesa donde tenía expuestos todos los instrumentos hacia sí y cogió una jeringuilla envuelta en su paquete, junto con una ampolla de Medazolam. Destapó la jeringuilla y la relleno con el somnífero.

Se acercó a Marta, le cogió el brazo y le inyectó. A Marta se le escapó una pequeña queja que a él no hizo más que excitarle un poco más.

- Muy bien preciosa, con esto estarás dormida un buen rato. Así no notarás mi ausencia. - Le dijo cogiéndole la barbilla y dándole un beso en los labios.

- Perfecto. - Cogió una toalla que había encima de una mesilla y se secó el sudor. Necesitaba tranquilizarse, tenía que subir al velatorio para no despertar sospechas.

- No te muevas de ahí, ¡no tardaré! - Dijo mientras abría las cortinas azules para desaparecer entre ellas.

\*\*\*\*\*

Al entrar los tres juntos en el Gran Salón todas las miradas se volvieron hacia ellos.

Ana era consciente de que era todo un golpe de efecto. Era la imagen que quería transmitir. La imagen de la unidad familiar. Con una rápida mirada quiso localizar a su hija Luisa, tenía que estar con ellos.

Era primordial.

Luisa en esos momentos estaba hablando con el grupo donde se encontraba la élite de la política. Al observar que todo el mundo miraba en la misma dirección, se giró y al ver a su madre entre su tío y su primo, se dirigió hacia ellos sin dudar.

- Hola tío. - Lo saludó dándole un beso en la mejilla.

Hizo lo mismo con su primo.

- Me siento mejor sabiendo que estáis aquí con nosotras. Por favor, pasar y hablamos con más tranquilidad. - Les dijo. Su rostro permanecía totalmente serio mientras que

con el brazo les invitaba a seguir andando.

Ana, en ese momento, se sintió muy orgullosa de ella. Se estaba comportando como una verdadera Reina.

Así que todos la siguieron hacía donde estaban las sillas.

Alejandro y Alberto inclinaban sencillamente la cabeza para saludar brevemente a los que estaban allí.

Cuando llegaron a las sillas Ana y Alejandro se sentaron juntos, Luisa y Alberto se quedaron de pie, uno al lado del otro.

- Tenemos que hablar Luisa. - Le dijo Alberto.

- Claro, espera un segundo. -

- Mamá te dejo con el tío. Si necesitas algo estoy en el salón contiguo, tengo unas cosas que arreglar. -

Ana simplemente asintió.

- Vamos. -

Los dos caminaban entre las personalidades con toda normalidad. Justo cuando estaban llegando al final del Salón, Luisa vio cómo, en ese momento justo, entraba De Carlo.

Inmediatamente se dirigió hacia Luisa.

- ¿Necesita usted algo, Majestad? - Preguntó De Carlo con un gesto inescrutable.

- No, nada. - Le cortó, de forma tajante.

Y a continuación prosiguió su marcha junto a su primo.

Al entrar en salón contiguo Luisa cerró la puerta. Se giró hacia su primo y lo abrazó.

- No sé que como voy a poder continuar. - Le dijo casi en un susurró a la altura del cuello.

Alberto en ese momento, cerró los ojos al abrazarla.

## CAPÍTULO VEINTIDOS

Martín caminaba de nuevo en la más absoluta oscuridad. Tenía que llegar a su objetivo, tarea difícil por cierto, no conseguía olvidar la preocupación que sentía por Alba. Ella se estaba jugando mucho al intentar ayudarlo, pero era consciente de que sin su ayuda no lo habría conseguido.

Sus botas estaban totalmente sumergidas en el agua de la alcantarilla. El olor a putrefacción era insoportable. Tenía que llegar hasta donde había dejado oculta su bolsa antes de ir a ver a Alba. Esto le había retrasado bastante pero era algo que debía hacer.

Sacó la Smart del bolsillo para situarse exactamente donde estaba y le insertó la información hacia dónde tenía que ir. Su destino era difícil e inaccesible, se dirigía a Palacio.

A estas alturas sabía perfectamente que Tomás y su equipo le iba pisando los talones, que cualquier pequeño error le podía costar muy caro. Pero no podía dudar, tenía que atajar el problema desde la raíz. Sabía que De Carlo estaba obsesionado con Lucía y éste era un problema que tenía que resolver.

Lucía.

Le parecía que había pasado un siglo desde que había estado con ella. Tan sólo esperaba que no se hubiera movido de la iglesia y estuviera segura allí. Pero ¿y si ese no fuera el caso?

Sin pensarlo cambió la dirección en la Smart y se dirigió con paso seguro en la oscuridad hacia la Iglesia.

Al llegar al sitio indicado, empezó a subir por la pequeña escalera que daba acceso a la tapa de alcantarilla. La levantó con mucho cuidado. Desde ahí pudo observar que estaba en una esquina del pequeño patio de la Iglesia.

Apenas con unos centímetros de abertura tuvo la panorámica suficiente para ver todo el movimiento que se desarrollaba en ese momento.

Pudo ver perfectamente a Tomás conversando con un miembro del equipo de limpieza, dándole los últimos detalles de las ordenes que éste tenía que cumplir con exactitud.

La puerta de la pequeña casita estaba entreabierta y para su sorpresa pudo ver el cadáver del Padre Miguel sentado en el suelo.

- ¡No puede ser! ¡Pobre hombre! - Un sentimiento de culpabilidad le llenó el pecho. No había pensado que lo pudiera estar poniendo en peligro. Pero si el cura estaba muerto... ¿Lucía? ¿Qué había pasado con Lucía?

El corazón empezó a latirle con más fuerza, le zumbaban los oídos. Pero sabía que en ese momento no podía hacer nada. Salir ahí al descubierto, le podría traer graves consecuencias. Así que tendría que esperar al momento más adecuado.

Cerró la alcantarilla, bajó las escalerillas y se quedó ahí de cuclillas intentando relajarse para poder pensar con claridad.

- Tengo que esperar el momento adecuado ¡Tengo que esperar! - Se repetía una y otra vez.

Miró el reloj. El tiempo apremiaba.

Tenía la intuición de que esta noche era el mejor momento para atrapar a De Carlo en acción, puesto que todo el mundo estaría en el entierro del Rey.

Así que sin más sacó la pistola, se aseguró de que tenía el cargador lleno y subió otra vez la escalerilla. Volvió a abrir con el máximo cuidado la tapa de alcantarilla.

Observó el perímetro que en ese momento estaba despejado y sin dudarle la empujó suavemente y salió al exterior.

Se quedó totalmente quieto, pegado en la pared del fondo. La oscuridad de la noche lo envolvía de tal forma que no se podía apreciar su presencia.

Observó que Tomás no estaba. Había un par de hombres en la puerta de la casita y otros tres más en el interior. Estaban ocupados cumpliendo las órdenes que les habían dado.

Con la pistola en la mano derecha cruzó el patio con rapidez y sin dudarle levantó el brazo. Apuntó a los dos que estaban fuera y disparó.

No les dio tiempo de reacción. Cayeron al suelo casi simultáneamente.

Con un movimiento rápido abrió la puerta e hizo la misma maniobra.

Había dos hombres empezando a levantar el cadáver del cura, su propósito era llevarlo hasta la bañera. Al disparar Martín cayeron al suelo uno encima del otro junto con el cadáver del Padre Miguel.

El tercero estaba en el interior del baño preparando la bañera con un potente ácido para deshacerse del cadáver. Martín irrumpió en el interior sin apenas darle tiempo. Al dispararle, el peso de su cuerpo hizo que se cayera en el interior de la bañera.

Martín con rapidez volvió a dispararle, esta vez en la cabeza, antes de que sus gritos alertaran al resto de miembros del equipo que estaba en el interior de la Iglesia.

El ácido reaccionó desintegrando en pocos segundos la musculatura, dejando a la vista el hueso corroyéndolo rápidamente.

Martín regresó a la habitación cerrando la puerta del baño.

El cadáver del Padre Miguel yacía encima de los de los miembros del equipo.

No se habían molestado en quitarle el rosario que tenía clavado alrededor de la cabeza.

- ¡Dios mío! Pero, ¿Qué clase de persona es capaz de hacer algo así? Lo siento muchísimo amigo mío. No pensé que te estuviera poniendo en peligro viniendo aquí. -  
Martín lo abrazó a la altura de su cabeza.

Con una mirada rápida visionó toda la habitación. Vio las ligaduras que permanecían anudadas a los pies de la cama. Se dio cuenta, de que la forma de los nudos coincidía con el nudo que tenía la cinta que había recogido del cadáver del Rey. No había duda de que se trataba de la misma persona.

Vio la bandeja encima del sillón con los restos de comida que el Padre Miguel le había preparado a Lucía. Sin darse cuenta, una pequeña lágrima estaba resbalando de su lagrimal por la mejilla.

No podía perder más tiempo. Cambió el cargador de su pistola y se dirigió hacia el interior de la Iglesia. Estaba decidido a acabar con todo cuanto antes.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

Ana y Alejandro estaban hablando en susurros cuando se abrieron las dos puertas del fondo del salón. Era la Guardia del Rey que portaba su cadáver hacia el interior.

La imagen era impresionante.

Delante iban dos abriendo el camino y seis cargando con el féretro. Sus casacas negras con los botones dorados daban más solemnidad si cabe al momento.

El ruido del taconeo de las botas de la Guardia Real al caminar producía ecos en todo el Gran Salón. Éstas brillaban como espejos azabaches destacando sobre el resto de los uniformes.

Con cada paso a Ana le parecía que su corazón retumba a la vez, al mismo ritmo. Dirigió su vista al ataúd. Portaba la bandera del País cubriéndolo parcialmente.

Pablo, ¡su amado Pablo! Estaba ahí, inerte. Era intenso el dolor le traspasaba el corazón.

Ana sintió que le flaqueaban las piernas y Alejandro lo percibió así que, todo lo que discretamente que pudo, le rozó la mano intentando de esta manera reconfortarla.

En ese momento cayó sobre todo el salón un silencio sepulcral, todas las miradas estaban fijas en el pequeño cortejo fúnebre. La Guardia caminaba lentamente, según el protocolo, hacía donde tenían que depositar el ataúd.

Una vez estuvo colocado. Se quedaron apostados a los cuatro flancos. Todos rígidos, en pose marcial, con la mirada fija al frente.

Ana se adelantó unos pasos, necesitaba acercarse más, pero en todo momento era consciente de que tenía que mantener la compostura y eso le resultaba muy doloroso.

Nadie en la sala era capaz de romper el silencio.

- Ana, por favor vamos a sentarnos. - Dijo Alejandro todo lo suavemente que pudo.

No fue capaz de contestarle, simplemente agachó la cabeza asintiendo y retrocedió de nuevo hacia su silla.

De Carlo, muy discretamente pasó entre las personas que estaban de pie hasta llegar a la Reina.

- Majestad, ¿desea usted algo? ¿un vaso de agua tal vez? - Preguntó porque parecía que se iba a desmayar.

- Sí, gracias Guillermo, te lo agradezco. - Contestó la Reina apenas con un hilo de voz.

De Carlo volvió sobre sus pasos tan discretamente como pudo.

Al cabo de un momento regresó al Gran Salón y le pareció que la atmósfera estaba un poco más relajada. Las personalidades empezaban a entablar conversación de nuevo.

Se acercó con la bandeja hasta la Reina y le ofreció el vaso de agua. Le daba la sensación de que el color volvía a asomar a sus mejillas.

- Gracias. - Dijo Ana sin más.

De Carlo se marchó, no sin antes hacerle una pequeña reverencia.

- Alejandro, no hay consuelo para esto y por desgracia sé que me entiendes más de lo que yo quisiera. -

- Lamentablemente así es. Ana, nada puede mitigar el dolor de la muerte de un ser

amado. Cada día se convierte en una verdadera lucha por conservar todos los recuerdos. - Le contestó Alejandro sin soltarle la mano.

- Sí, es verdad ¡Pobre María! Ella también tuvo una muerte cruel y dolorosa. - Hacía poco que había muerto su cuñada tras una larga enfermedad.

- Pero tenemos que ser fuertes, nos lo exige nuestro rango. Hay mucho en juego y no nos podemos permitir flaquear. - Prosiguió hablando como si lo hiciera para ella misma.

- Tienes toda la razón, nuestro país nos necesita y es primordial que lo consigamos. - Alejandro le habló con seriedad.

En ese momento se acercó a ellos el Presidente del Gobierno, Ramiro Castro.

- Mi más sentido pésame Majestad. En nombre de todo el estamento político le quiero expresar nuestras condolencias por tan dolorosa pérdida. - Dijo Ramiro haciendo una pequeña reverencia de respeto.

- Le agradezco sus palabras. - Respondió Alejandro sin ningún tipo de tono en su voz. Ese hombre le había dado muchos dolores de cabeza a él y a Pablo por el tema de la sucesión.

- A partir de este momento tenemos diez días para arreglar todo lo concerniente con la sucesión. Así que tanto lo Reina como yo, te agradeceríamos que prepararas todo el procedimiento para la coronación. Nosotros estaremos esperando la respuesta. Mientras tanto, tenemos que continuar con toda la ceremonia del funeral. - Prosiguió hablando sin darle lugar para la respuesta.

A Ramiro no le quedó otra opción que hacerles una pequeña reverencia y marcharse ya que había otras personalidades esperando para poder darles el pésame

Al darse la vuelta la expresión del Presidente era totalmente hermética.

- No había marcha atrás. - Pensó, mientras caminaba de vuelta al pequeño corrillo donde estaban sus compañeros de política.

\*\*\*\*\*

Alba estaba sentada en el sofá, tenía la mano dolorida por la quemadura encima de la falda. Adrián estaba sentado en frente de ella en el sillón. Le había servido una copa y parecía estar esperando a que se la bebiera.

Tenía la sensación de llevar una eternidad ahí sentada.

- ¿Dónde está Martín? De una u otra manera voy a conseguir que me lo digas. - Dijo sin apenas alterarse.

- No lo sé. – Respondió Alba. Empezaba a encontrarse extraña, sentía la boca seca a pesar de estar bebiendo.

- ¿De verdad piensas que no sabemos qué has estado en contacto con él? ¿Qué has sido tú la que le has ayudado a entrar en el edificio? ¿Te crees que somos gilipollas? – Adrián hacía verdaderos esfuerzos por contenerse. Se le estaba acabando la paciencia, pero es que parecía que la droga que le había puesto en la bebida no le hacía efecto.

- ¡Te he dicho que yo no sé nada! -

Adrián se puso de pie y la cogió del codo, la llevaba hacia el cuarto de baño. Abrió la puerta y de un empujón la metió dentro.

- ¡Ahora quiero que te desnudes! - Gritó abriendo el grifo de la bañera para llenarla de agua.

Alba tenía la respiración entrecortada.

Estaba totalmente bloqueada por el pánico. No sabía quién era ese hombre pero cada vez era más consciente del peligro en el que se encontraba y lo peor es que todo comenzaba a darle vueltas. Se sentía mareada. Lo conocía desde hacía años, justo cuando empezó a trabajar con Martín, pero se estaba revelando como alguien totalmente ajeno. No parecía el mismo.

- ¡Te he dicho que te desnudes! - Gritó nuevamente Adrián, con su cara lo más pegada a la de ella que podía.

Entre sollozos empezó a desabrocharse la blusa, la abrió y se la quitó. A continuación hizo lo mismo con la falda.

Mientras tanto, él permanecía sentado sin decir una palabra, observando como ella se desnudaba. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para coger el paquete de cigarrillos y se encendió uno. El humo del cigarrillo iba ganándole espacio al aire dentro del cuarto de baño.

Allí de pie entre sollozos sintiendo que su vida iba a terminar, la única imagen que tenía en su cabeza era la cara de Martín. Sabía que no lo iba a volver a ver jamás y eso hacía que sollozara cada vez con más fuerza.

Adrián se levantó de un salto, tiró el cigarrillo al suelo y la cogió del pelo forzando su caída al suelo.

- ¡Quítatelo todo! - Apretaba los dientes para no volver a gritar. Se suponía que no tenía levantar sospechas en el edificio.

Alba se levantó como pudo y se desabrochó el sujetador. A continuación se quitó las bragas y se quedó allí de pie intentando taparse con las manos, sin parar de llorar.

Adrián apagó el grifo y se volvió. Al verla allí así, sintió un deseo devastador por ensañarse con ella, pero tenía órdenes y tenía que cumplirlas.

- ¡Metete dentro del agua! ¡No me hagas que te lo repita! -

Alba hizo lo que le mandó. Se metió dentro de la bañera y se tumbó. No podía parar de llorar pero era consciente de que si se defendía no tendría solución. Así, de esta manera le quedaba una mínima posibilidad. La situación le parecía totalmente irreal.

Adrián se metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó una pequeña navaja.

Cogió la mano de Alba y sin dudar le hizo un corte en vertical en el interior de la muñeca. El método más efectivo ya que cortas la vena en vertical y no hay posibilidad alguna de retroceder.

La sangre empezó a manar en seguida gota a gota tiñendo de rojo el agua de la bañera.

Alba sintió un dolor agudo. Adrián la había cortado sin contemplaciones.

- ¡No por favor, no sigas! - Gimió Alba entre sollozos.

- Bien y ahora me vas a decir todo lo que sabes. Necesito que me expliques hasta el más pequeño detalle. - Continuo hablando a la vez que le cogía la otra mano y efectuaba

la misma maniobra.

- ¡No! ¡Más no! -

Adrián la miró y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no perder los estribos.

El cielo de Alba se convirtió en rojo, la sangre surcaba casi a borbotones queriendo escapar de su cuerpo. Empezó a sentir un calor reconfortante y una sensación irreal de paz. No entendía el por qué pero ya no sentía miedo.

- No sé de qué me hablas. Yo no sé nada. - Alba susurró.

- Entonces no hay ningún problema. Me voy a divertir viendo cómo te mueres. Para mí es una buena forma de pasar la noche. ¿No crees? Porque quiero que sepas que me voy a quedar aquí hasta que respires el último aliento. - Adrián se sentía orgulloso porque había conseguido cumplir las órdenes.

- No te muevas, voy a ponerme una copa. Esto va a durar un rato corto. -

En ese momento Alba cerró los ojos. Era capaz de sentir como se le escapaba la vida, se sentía sin fuerzas. Intentó pensar con coherencia, pero estaba totalmente absorbida por el terror. Sabía que tenía que dejarle un mensaje a Martín pero no conseguía encontrar de qué manera hacerlo. Lentamente levantó un brazo y pudo observar como la sangre hacía pequeños dibujos simulando un hermoso y único tatuaje sobre su piel.

Al hacer ese gesto observó la colilla tirada en el suelo que con el forcejeo había olvidado Adrián. Sin pensarlo dos veces se incorporó como pudo para conseguir alcanzarla. Estiró el brazo consiguiendo casi rozarla con la punta de los dedos, pero le resultaba prácticamente imposible. Era mucho esfuerzo.

- ¡Dios mío! ¡Ayúdame! - Pensó entre jadeos y pequeños sollozos. No quería que Adrián la oyera y regresara antes de tiempo al baño. - ¿Qué puedo hacer? Su mirada vagaba errática por toda la habitación.

Con decisión volvió a intentarlo otra vez. La sangre, su propia sangre estaba esparciéndose por todo el costado de la bañera, por el suelo. Concentrándose en pequeños charcos de muerte. Con todo su empeño al fin lo logró, consiguió cogerla y rápidamente se la introdujo en la boca debajo de la lengua.

- Sé que Martín lo va a encontrar ¡lo sé! - Pensó que lo haría, que no descansaría hasta descubrir al culpable de su muerte.

- Martín, te amo. - Se oyó decir prácticamente con un hilo de voz antes de perder el conocimiento.

Adrián en el salón se sirvió un whisky y cogió el móvil.

- Ya está hecho. - Dijo a la vez que bebía un pequeño sorbo.

- Bien. Espero que hayas seguido las directrices. No puedo admitir ningún error. Estoy convencido de que Martín en cuanto perciba la ausencia de Alba hará acto de presencia y ese será el momento de acabar con él. Adrián no podemos fallar. Además, éste es un mal momento para reunirnos estando él suelto por ahí. - Prosiguió hablando con la convicción de que los hechos se iban a desarrollar así. Esa convicción se la daba su cargo de Ministro del Interior.

- Ningún problema. - Le contestó Adrián a la vez que caminaba de regreso hacia el cuarto de baño.

Al abrir la puerta y ver toda la sangre esparcida por el suelo, decidió no entrar. No quería dejar sus huellas grabadas como prueba de su presencia allí.

Se quedó de pie apoyado en el marco de la puerta esperando a que Alba dejara de respirar. No

tenía ninguna prisa, se sentía tranquilo ya que, en ningún momento se había quitado los guantes.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Martín entró en el pequeño pasillo que daba acceso al interior de la Iglesia. Daba los pasos con toda la suavidad posible para que no fuera advertida su presencia.

Llevaba la pistola cogida con las dos manos por delante de él. En su cabeza la imagen de su amigo muerto de una manera tan atroz no le dejaba pensar con frialdad. Había sido una buena persona con él.

El Padre Miguel nunca le había fallado.

Entró en la pequeña sacristía pero allí no había nadie. Con un vistazo rápido pudo comprobar la magnitud del desorden.

Empezaba a ponerle nervioso no poder encajar las piezas del rompecabezas, por momentos la situación se iba complicando más. La duda que más le angustiaba era no saber el paradero de Lucía.

Con la pistola en la mano derecha, se llevó con desesperación la mano izquierda hacia la cabeza y deslizó los dedos por el pelo intentando pensar con claridad el siguiente paso.

Miró su reloj. El tiempo se le acababa.

Tenía que tomar una decisión.

Justo en ese momento entró Tomás dándole un fuerte empujón a la puerta y levantando a su vez la pistola hacia la cabeza de Martín.

Los dos, uno frente al otro, se apuntaban mutuamente.

Parecían dos figuras estáticas, ninguno de los dos movía un solo músculo.

La tensión se podía cortar.

Ninguno de los dos iba a ceder un milímetro.

- No sabes las ganas que te tengo. - Le dijo Tomás, con las pupilas totalmente contraídas por la excitación del momento.

- Pues, no. No tengo ni idea. ¿A qué se debe el honor? –

- ¡Eres un traidor! - Contestó Tomás, a la vez que iba acercándose a él muy despacio.

Tomás mantenía el brazo totalmente extendido apuntando hacia la figura de Martín. Pequeñas gotas de sudor emergían, empapándole ligeramente la frente. La chaqueta se le iba pegando al cuerpo por momentos.

No podía vacilar.

- ¿Dónde está la chica? – Preguntó Martín ignorando el comentario de Tomás. En estas situaciones tenía un férreo auto control. Era capaz de regular sus propias pulsaciones para ser más efectivo.

Martín mantenía la misma posición, no se había movido ni un milímetro.

- ¡Ah! ¿No está contigo? Pues entonces tienes un problema. - Dijo Tomás.

- No, te equivocas. El problema lo tienes tú. - Sin apenas darle un segundo, Martín disparó el arma dándole de lleno en el centro de la frente.

Tomás se quedó un instante quieto mirándole con los ojos totalmente desencajados. De la herida de su frente comenzó a surcarle la piel una gota de sangre.

Cuanto más crecía en su recorrido, la sombra de la muerte nublabla más su mirada y justo en ese momento cayó al suelo boca abajo. Con la presión de su cabeza vencida contra el suelo, ésta empezó a manar libremente formando un charco de sangre.

Martín permaneció de pie junto a él. A su favor había tenido el que Tomás necesitara de él más información. Cuando a Martín sólo le interesaba una cosa, saber el paradero de Lucía. Y si ella no estaba con ellos significaba que todavía había una pequeña posibilidad de que estuviera viva.

Sin dudarle ni un segundo salió al pasillo de nuevo en dirección al patio. Tenía que volver a la alcantarilla.

\*\*\*\*\*

Luisa se soltó de su primo Alberto. Las lágrimas recorrían sus mejillas sin control.

- Tienes que sobreponerte. Tenemos que volver al Gran Salón. - Dijo Alberto.

- Lo sé. - Luisa dejó de mirarle para volverse hacia el gran ventanal. Así de pie, quieta delante del cristal parecía una estatua emergida en líneas depuradas.
- He sido educada y preparada durante toda mi vida para esto, para saber ocupar mi lugar y ahora que ha llegado el momento ¡no encuentro la forma de afrontarlo! Actúo totalmente como una autómeta. -
- Hasta cierto punto es natural. Las circunstancias no son las más adecuadas. El trasfondo de la verdad tan sólo es uno, es tu padre el que ha fallecido. – Alberto se puso a su lado delante del ventanal.
- Sí, lo sé. Mi padre. La persona que nos impidió el amor. - Luisa lo miró directamente sintiendo palpar esa sensación angustiosa dentro de su pecho.
- Luisa, es un tema que juramos que no volveríamos a hablar jamás. -
- Pero Alberto, él ya no existe. ¿No me amas? - Se acercó más a él al decir estas palabras.

Alberto se giró para no tener que enfrentarse a sus ojos.

- No puede ser aunque él no esté.

Luisa sintió de nuevo ese dolor que la atormentaba desde hacía años.

- Estas totalmente preparada. Tienes que sobreponerte y tomar las riendas de la situación y en tu caso más aún. Tienes que tomar las riendas de un país, como Reina. Además sabes que vas a contar con mi apoyo en todo momento. Tenemos que volver al Salón. Nuestros padres están allí esperándonos. -
- Tienes razón. - Al mirarlo pudo ver que su primo esbozaba una sonrisa para animarla.

En ese momento, se abrió la puerta y De Carlo entro en el interior.

- Majestad, tengo hablar con usted. - Dijo haciendo una pequeña reverencia con la cabeza.
- ¿Tiene que ser en éste momento? – Le contestó Luisa. Su tono de voz era cortante.
- Sí, Majestad. -

Luisa soltó la mano de su primo Pablo.

- Adelántate tú, enseguida voy yo. – Sentía verdadero amor por él. Alberto era de las pocas personas por las que había llegado a poder sentir algo.
- De acuerdo, ahora te veo. -

Luisa esperó un momento antes de comenzar a hablar...

- Bien, ¿qué pasa? ¿Qué es tan importante que no pueda esperar? - Se dirigió a De Carlo intentando controlar la furia que sentía.
- Sé que no es el momento más indicado pero no soy capaz de actuar sin que su Majestad lo sepa. Tengo una chica abajo totalmente preparada para empezar. - Le dijo De Carlo, sin casi poder disimular la excitación que sentía.
- Quizá a su Majestad le venga bien un rato de entretenimiento porque la noche va a ser demasiado larga. - De Carlo dirigió la vista al suelo.
- Pero ¡Has perdido totalmente el juicio! ¿Tienes idea de todas las personalidades que hay ahí fuera? - Prosiguió gritándole Luisa. Sintiendo como un deseo desmedido crecía en su interior, tan sólo con imaginarse la escena que se estaba desarrollando abajo.
- ¡Apártate de mí vista! ¡No quiero que me vuelvas a mencionar el tema esta noche! Tú sabrás como lo haces, pero si por tu imprudencia se llega a saber algo, más vale que

te vayas del país porque te aseguro que acabaré contigo con mis propias manos. -  
- Ahora... ¡lárgate! - Le gritó dándole la espalda.

De Carlo se giró, abrió la puerta y salió del saloncito sin mediar palabra. Lo tuvo claro. Iba a seguirle el juego hasta cierto punto. Su dueño ya no existía y a Luisa no le debía nada. Era el momento de que saliera a la luz lo que escondía como el mayor de los secretos. Sabía a quién tenía que dirigirse. Con tal de mantener la misma situación, en la que él pudiera actuar sin reparos, estaba dispuesto a todo. ¡Qué más le daba quien estuviera en el trono!

Luisa se dirigió a la puerta agarrando fuertemente la manivela con la mano y antes de abrirla respiró profundamente varias veces. Necesitaba recobrar la compostura antes de regresar al Gran Salón.

Le suponía un gran esfuerzo poder dominarse.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

De Carlo comprendió al fin que esta noche la fiesta iba a ser para él solo y eso le produjo un estremecimiento que le recorrió toda la espalda. Miró el reloj y agachando la cabeza se dirigió hacia la puerta del Gran Salón.

Una vez en el interior, buscó con la mirada a Rodrigo hasta que lo localizó. Caminó discretamente por su lado y sin que Rodrigo lo percibiera deslizó la cinta de la cámara de video. Era consciente de que él en cualquier momento notaría algo extraño en su bolsillo.

A continuación salió del Gran Salón de la misma forma en la que había entrado. Cuando se encontró solo en el pasillo, suspiró. Sin dudar más, se dirigió con paso firme hacia el oscuro pasillo que para él abría la puerta hacia el placer.

Marta continuaba en la misma posición en que la había dejado.

Con las piernas y los brazos abiertos enganchada a los arneses. Estaba totalmente drogada, su respiración era suave y pausada.

De Carlo se quedó unos segundos totalmente quieto, observando el pequeño vaivén que realizaba su pecho al respirar. Un brillo especial le recorrió la mirada, de total excitación.

Se giró en dirección al pequeño armario que había en el rincón. Abrió la puerta para coger la ropa que necesitaba para la ocasión. Su perfeccionismo llegaba hasta ese extremo.

Delante del espejo, con toda la tranquilidad que le permitía su obligada concentración, empezó a desabrocharse los botones de la camisa. Uno a uno con disciplina.

A continuación se desabrochó el pantalón. Se sentó en un pequeño taburete que había a su derecha para poder desatar los finos lazos de cordón de sus zapatos. Se los quitó y con movimientos pequeños pero precisos se sacó los calcetines.

Ya de pie terminó por quitarse la única prenda que le quedaba: los calzoncillos. Dejando expuesto al reflejo del espejo lo que a simple vista parecía un minúsculo apéndice. Su mirada cambió totalmente ante ésta imagen. Con furia agarró los dos lados del espejo apoyando su frente en el centro. Con un rápido movimiento, estrelló su propia cabeza contra el cristal produciendo pequeñas líneas de rotura en él.

Al separarse de aquella odiosa imagen su frente sangraba levemente. Con un gesto se pasó la mano para limpiarse. Al mirar sus dedos, se quedó como hipnotizado por el color de su sangre. No era capaz de parpadear.

En ese momento Marta emitió un pequeño suspiro y De Carlo pareció volver en sí.

Cogió su pantalón de ceremonias. Un chaparrero de napa negra. Tan sólo tenía que introducir únicamente las piernas. No tenía cremallera ni parte de atrás.

Se abrochó el cinturón. Pero decidió no ponerse las botas, pensó que descalzo estaría más cómodo. Cogió la máscara de napa que sólo dejaba sin tapar la boca y los ojos.

Marta seguía totalmente inconsciente, eso era lo que necesitaba para poder hacer lo que tenía que hacer. Acercó una bandeja alta que tenía pie con ruedas. Estaba repleta de material quirúrgico.

Levantó la cabeza para poder observar que, mientras activaba una pequeña palanca que había en el lateral de la cama, del techo empezaba a bajar una placa de hierro con un sinfín de cables muy finos. Éstos acaban en pequeños anzuelos en su punta. Siguió moviendo la placa que pendía de un techo superior hasta que quedó totalmente horizontal sobre la cama.

Se giró para coger su iPad, necesitaba música. Se introdujo los cascos en los oídos y empezó a sonar un sonido electrificante e histriónico.

Cogió el primer pequeño anzuelo y girándole la cara a Marta le susurró:

- Venga nena, vamos a divertirnos. - Su voz sonó con un quiebro aterrador.

Con espeluznante maestría empezó a clavarle el anzuelo en el párpado derecho sin provocarle sangrado, continuó con el párpado izquierdo.

Marta se agitó un poco y eso le excitó.

- ¡Tranquila! Todavía queda mucho. Te aseguro que no te voy a dejar ni un centímetro libre. - La mueca de su cara no dejaba ninguna duda de que lo iba a cumplir.

De Carlo necesitaba con todas sus fuerzas que esta vez fuera única, como la primera. No podía admitir que después de tantos intentos la frustración venciera una y otra vez.

Ansiaba la magia de ese momento único.

Sólo lo había experimentado una vez. La primera.

El resto de todo lo que había sucedido a continuación de ella, tan sólo era un mero espejismo.

Ese día, ese instante era imposible de olvidar. Tenía tan sólo cuatro años...

El día era magnífico y el pequeño Guillermo correteaba por el jardín con su cachorro. Subido a una rama de árbol imaginaba ser un oteador de un barco pirata.

Cuando, la rama sobre la que estaba, emitió un pequeño crujido seco y se rompió. Cayendo junto con él al suelo y aplastando a la perrita con el golpe.

De Carlo se levantó y al observar aquella imagen, se quedó como hipnotizado. No podía ni parpadear. El color rojo de la sangre provocó que un instinto primario que había en su interior despertara. Descubrió que la excitación que le producía la agonía de aquel animal era increíble para él.

Nada volvió a ser igual.

Sus padres no conseguían apartarlo de aquel animal que se resistía a morir.

Sin dudar, lo llevaron al psiquiatra.

De Carlo se miraba continuamente las manos, obsesionado por el espectro de aquel color rojo.

Se sentía feliz. Necesitaba lavarse continuamente las manos, por comprobar si aquel color volvía

a surgir de nuevo.

Años después y tras muchas muertes, no conseguía recobrar aquella sensación de euforia.

Ese instante se quedó para siempre en su memoria.

Su obsesión por Lucía la producía precisamente eso. Estaba convencido de que ella era la llave hacia su paraíso particular. Tenía que conseguirla como fuera.

Mientras, minuciosamente su mente sólo se preocupaba de clavar anzuelo tras anzuelo.

Necesitaba amar.

\*\*\*\*\*

Lucía se despertó en mitad de la noche. Estaba como en un estado de sopor, movió un poco los cartones mojados y el agua empezó a resbalar de éstos como en pequeñas cascadas.

Poco a poco fue incorporándose. Estaba entumecida por el frío y la humedad. Encogió las piernas para intentar darse un poco de calor pero la maniobra resultó totalmente inútil.

- Estoy desquiciada. - Intentaba controlar a su cuerpo que no paraba de temblar.

- Tengo que pensar con calma. Tengo que intentar concentrarme. -

La gente seguía circulando por delante de donde estaba. Nadie, absolutamente nadie se paró para observarla.

Con suavidad se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón. Acababa de recordar que todavía tenía encima el dinero que le había dado Yago.

- Mi querido Yago...- las lágrimas se agolpaban incesantes en sus ojos. No podía olvidar su última conversación. El sonido del disparo hacia ecos en sus oídos.

- Te prometo que tu muerte no va a quedar así. Te aseguro que lo van a pagar y muy caro por cierto. - La determinación y el súbito odio que sentía en su corazón, parecía hacerla más fuerte.

- Queda poco para que amanezca. - Estaba decidida a quedarse y esclarecer los hechos aunque le costara su propia vida.

Lo primero que tenía que hacer era conseguir ropa nueva, pero para eso tenía que esperar a que abrieran las tiendas y eso presentía que, sería demasiado tarde.

Su estómago empezó a recordarle que tan sólo había comido un poco de sopa en todo el día y esto hacía que se sintiera un poco débil, como mareada.

- Tengo que comer algo. No puedo pensar con claridad con el estómago vacío. - Se puso de pie.

Observó a su alrededor para ver si conseguía localizar algún sitio donde poder comer algo e intentar entrar en calor.

Se fijó que en la esquina había una pequeña cafetería abierta. Se miró la ropa, la verdad es que parecía una indigente. Tenía la ropa calada y se notaba que no era suya, pero esto no la detuvo.

Con decisión empezó a caminar en dirección al local. El hambre empezaba a ser acuciante.

Al abrir la puerta del local una bocanada de aire tibio le acarició la cara.

- ¡Por Dios! Me voy a desmayar si no como nada. -

Al camarero le impresionó la imagen de una mujer tan mal vestida pero a la vez que pudiera ser tan guapa.

## CAPÍTULO VEINTISEIS

Martín de nuevo estaba sumido en la oscuridad total. Sacó la Smart, tenía que saber por qué camino seguir antes de iniciar de nuevo la marcha. Miró el reloj. Tengo que darme prisa. - Pensó antes de colocarse las gafas de visión nocturna.

Cargó la bolsa en su espalda e inició el recorrido. No había dado ni veinte pasos cuando la alarma del móvil le hizo parar su marcha. Era el aviso para Alba. Se quitó las gafas y cogió el móvil.

Miró la pantalla con seriedad. Eso no era una buena señal. Alba siempre era muy meticulosa con las pautas, que no se hubiera puesto en contacto con él, no era nada bueno.

Arrugó el entrecejo por preocupación. Miró el reloj otra vez.

No quedaba tiempo, tenía que terminar su misión. Dejó la bolsa en el suelo y se llevó las manos a la cabeza mientras caminaba de un lado a otro intentando pensar con coherencia.

- ¡No puedo seguir! No sin saber que le ocurre a Alba. - Estaba desconcertado nunca hasta ahora, en ningún caso había tenido tanta complicidad emocional como en éste. Era algo nuevo para él.

Con un movimiento rápido cogió la bolsa con la Smart en la mano y empezó a correr por el túnel. A la vez que corría le insertó la dirección del edificio donde vivía Alba. Después de diez minutos corriendo tuvo que detenerse, porque la atmósfera en la alcantarilla era prácticamente irrespirable y eso le suponía un doble esfuerzo físico. Las gotas de sudor empezaban a empañarle las gafas de visión nocturna.

Paró un instante para secarse la cara con el antebrazo y volvérselas a colocar. Miró la pantalla y pudo verificar que no le quedaba mucho recorrido.

Tomó el túnel de la derecha y se paró en seco.

Según los planos del alcantarillado, el edificio estaba justo encima de él. Dejó la bolsa en el suelo, la abrió y cogió su pistola. Cerró la cremallera y se dirigió al pequeño rincón que tenía a su derecha para ocultarla allí. Era una decisión muy peligrosa por la clase de armamento que había guardado en ella, pero no tenía otra alternativa.

Volvió a colocarse debajo de la tapa y empezó a subir la escalera que le llevaba hacia el exterior. Se fijó que ésta, había sido abierta recientemente y suspiró con alivio porque le resultaba muy difícil abrirlas y al paso que iba, pensaba que terminaría por abrir todas las de la ciudad.

Al levantarla unos centímetros pudo cerciorarse de que esta vez no iba a tener tanta suerte. La tapa en cuestión estaba debajo de un coche que había sido estacionado dentro del garaje del edificio.

La volvió a cerrar de mal humor.

- Esto va a ser más complicado. - Pensó a la vez que bajaba de nuevo por la escalerilla.

Miró la Smart para comprobar si el edificio de al lado tenía acceso por la alcantarilla también. Al ver que sí, suspiró aliviado. Volvió sobre sus pasos por el tétrico túnel y se paró debajo de otra tapa de alcantarilla.

Subió la escalera e intentó levantarla con toda la fuerza que pudo. Estaba herméticamente cerrada. Volvió a intentarlo de nuevo haciendo contrapeso con sus piernas y ésta de nuevo no se movió ni un milímetro.

Bajó la escalerilla corriendo para coger la bolsa, tenía que intentarlo con la palanca. Volvió a subir y encajó el extremo de ésta todo lo que pudo en el pequeño espacio entre el metal y la pared. Hizo contrapeso con su propio cuerpo hasta que se movió. Siguió maniobrando con la palanca hasta que consiguió abrirla lo suficiente para que su cuerpo pudiera salir por ella.

Tiró la palanca desde donde estaba puesto que ya no quería perder más tiempo y la cerró de nuevo.

- No sé cómo voy a poder abrirla después. Bueno, algo se me ocurrirá. -

En la oscuridad decidió no sacar su pequeña linterna, tenía que conseguir no ser descubierto. Agazapándose en esa oscuridad buscaba la puerta de la escalera, mientras esperaba que el edificio tuviera la misma altura que el edificio de Alba.

Casi a tientas consiguió dar con ella. Se puso la linterna en la boca, a la vez que, con la pequeña ganzúa accionaba el mecanismo de la puerta para que se abriera.

Ya dentro de la escalera permaneció unos instantes pegado a la pared. Necesitaba adaptarse al nuevo entorno antes de continuar.

Se asomó a la barandilla mirando hacia arriba para poder comprobar la cantidad de pisos que tenía que subir.

- ¡Madre mía! - Exclamó al comprobar la altura del edificio.

Sin pensarlo dos veces comenzó a subir los escalones a toda la velocidad que podía.

A mitad del recorrido tuvo que parar, le faltaba el aire. Su preocupación había ido en aumento.

Los minutos pasaban y Alba seguía sin ponerse en contacto con él.

Se secó el sudor y reanudó la marcha sin parar hasta que llegó al pequeño pasillo donde estaba la puerta de la terraza. Repitió la misma maniobra para abrirla.

Le favorecía la oscuridad de la noche, parecía que la Luna había decidido ser clemente con él y esa noche brillaba por su ausencia.

Caminaba de cuclillas muy despacio para acercarse a la mureta del edificio. Con mucha precaución se asomó lo justo para poder ver la terraza del edificio de Alba.

Éste, tenía una altura de dos pisos inferiores. Pero para su asombro era un edificio vanguardista en su diseño. En la terraza había una pequeña pérgola rodeada de setos y justo en el centro había una piscina.

Lamentó no haber cogido los prismáticos pero aun así estuvo observando todo el alrededor hasta donde le llegaba la vista.

Sabía que se la iba a jugar. Era un riesgo que tenía que asumir.

Caminó unos pasos hacia atrás, se puso de pie y empezó a correr lo más rápido que pudo para tomar impulso. Sin pensarlo.

Saltó al vacío.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

Ramiro estaba hablando con su interlocutor de turno. Su mirada repetía una y otra vez el mismo recorrido. No podía dejar de hacerlo. ¡Era tanto el poder que aquella mujer ejercía sobre él! – Pensó, mientras asentía.

No sabía cómo pero tenía que intentar hablar con Luisa. La noche se presentaba larga y tediosa. No podía ser ajeno a su obligación.

Cuanto más la miraba, más se sentía atrapado por Luisa y eso le acercaba prácticamente a la locura.

No lo pensó más y se dirigió hacia donde estaba. En ese momento ella estaba atendiendo a unas personalidades.

- Perdonad si os molesto. Necesito robárosla unos momentos. - Dijo sin vacilar al grupo que rodeaba a Luisa.

Luisa lo miró un poco sorprendida. No lo esperaba.

- Perdóneme, Majestad. Tengo que comentarle un asunto de máxima prioridad. - Ramiro intentaba que no se notara su desesperación. La miraba intensamente.

- No hay ningún problema. – Le contestó Luisa a la vez que se giraba despidiéndose.

Caminaron juntos por el pasillo central hasta que llegaron a la puerta y pasaron a la pequeña sala que había a continuación.

Una vez cerró la puerta, Luisa se apoyó en ella. Su gesto había cambiado totalmente.

- ¿No puedes resistirte? - Le preguntó con un tono de voz sugerente.

Ramiro en ese momento ya no era dueño de sí. Se aproximó a ella y la abrazó tan fuerte que la empujó contra la puerta.

Con rápidos movimientos le subió la falda y se puso de rodillas. Tenía verdadera sed de Luisa. Necesitaba olerla.

Luisa con un gesto seco lo apartó hacia atrás.

- ¡Sabes que así no! ¡No me produces ningún placer! Lo único que consigues es que me reafirme en mi opinión de que eres un auténtico despojo de hombre. Mendigando... ¿es lo único que sabes hacer? - Su voz cortaba el ambiente por su frialdad, como un estilete.

Ramiro, con el retroceso se había quedado sentado sobre la alfombra. Había perdido totalmente la compostura. Su chaqueta fuera del sitio parecía que se la habían arrojado desde el techo.

Su gesto era de desesperación. ¡Ya no podía caer más bajo! ¡Era un títere para ella!

La ira empezaba a crecer en su interior en oleadas que aplacaban su deseo. Se llevó las manos a la cabeza apoyándolas en sus rodillas. Necesitaba recuperarse. No eran las palabras lo que más le dolían. Era la mirada de desprecio de Luisa.

- Bueno ¡acaba ya de gimotear! ¡Qué asco me das! -

Se puso de pie casi de un salto, con dos pasos se acercó a ella todo lo que pudo y con sus dos manos la agarró del cuello empujándola de nuevo contra la pared. Quería apretar ese cuello con todas sus fuerzas.

- En este mismo momento podría acabar contigo, simplemente tengo que apretar un poco más. ¡Te aseguro que voy a conseguir borrar el desprecio de tu cara! -

- ¿Me estas amenazando? - Luisa lo miró desafiante. - Si lo vas a hacer, ¡hazlo de una vez! Te advierto que a mí no me costaría nada y no sabes hasta qué punto te estoy diciendo la verdad. Puedo aplastarte como una simple cucaracha en el momento que yo quiera. ¡Eso es lo que eres! ¡Una asquerosa y repugnante cucaracha!

- No entres en ese juego porque sabes que llevas las de perder. - Luisa prosiguió hablándole mientras se dirigía hacia la puerta.

- ¿Sabes? ¡Empiezas a aburrirme! - Al decir esto, abrió la puerta y se marchó, cerrándola tras ella.

Rodrigo apoyó las palmas de sus manos en el mismo lugar en el que había sostenido entre ellas el cuello de Luisa. Notaba como iba recobrando la compostura. Se volvió a colocar la corbata en su sitio y la chaqueta. Al hacer esto, rozó con la palma de su mano el bolsillo y se dio cuenta de que alguien había dejado una cinta en su interior.

- Alguien me ha hecho un regalo. - Cogió el móvil y llamó a la caseta de guardia. Necesitaba que le trajeran una cámara para poder visionarla.

Se acercó de nuevo al ventanal. Su mirada estaba perdida en un punto indeterminado del jardín.

- Voy a matarte. Juro que acabaré contigo, aunque sea lo último que haga. - El odio le iba embargando de tal manera que le costaba hasta respirar. - No, esa no es la forma. Tengo que pensar en mi familia. Ha llegado el momento. No puedo esperar más.

Cogió su móvil y marcó.

- Su Majestad, necesito hablar con usted. Es urgente. Sí, sino le importa acercarse a la sala que hay contigua al Gran Salón, le espero aquí. - Estaba decidido a hacer todo lo que fuera posible para que no consiguiera ser Reina.

- Por encima de mi cadáver lo vas a conseguir. - Dijo mascullando entre los dientes.

\*\*\*\*\*

Lucía cogía la taza de café con las dos manos, necesitaba entrar en calor. La ropa húmeda solo acrecentaba que se sintiera más desolada, más sola.

Sintió una vergüenza impresionante cuando el dueño del bar al ver el aspecto que tenía y por muy guapa que fuera, le exigió que le enseñara el dinero. De lo contrario no estaba dispuesto a atenderla. Lucía se lo enseñó. No tenía más remedio si quería comer.

Se había sentado en una mesa situada en un rincón, necesitaba pasar totalmente desapercibida.

El ambiente de la pequeña cafetería acompañaba a su maltrecho ánimo. Era bastante lúgubre, su luz mortecina no hacía más que acrecentar la sensación de barucho.

En la pequeña barra estaban sentados algún que otro borracho apoyando su cabeza sobre ella delante de una copa. Por no tener, no tenía ni música. El silencio tan sólo era roto por el sonido de un vaso al ser colocado sobre la repisa, acompañado por un sonido casi inteligible de alguno de aquellas almas apoyadas sobre sus miserias.

Tenía que tranquilizarse.

No sabía qué hacer en concreto pero había tomado una importante decisión que iba a llevar hasta las últimas consecuencias.

Sólo tenía que tener paciencia. Tan sólo tenía que encontrar ropa.

Algo que parecía lo más fácil del mundo pero curiosamente no era así.

En ese momento entró una joven prostituta. Necesitaba ir al baño y el dueño que parecía conocerla no se lo permitía.

Lucía vio una oportunidad. Tranquilizó al dueño y la invitó a sentarse con ella.



## CAPÍTULO VEINTIOCHO

No sabía qué hacer. Se encontraba sumida en un mar de dudas. Por un lado tenía que pensar con calma su siguiente paso.

Las horas parecían no querer avanzar dentro del recorrido de sus agujas. Estaban atrapadas dentro de su diámetro.

- Respiró profundamente. - Tenía que conseguir pensar con calma.

Una pregunta acudía reiteradamente a su cabeza ¿Dónde estaba Martín? -

El camarero del bar se acercó para ver si querían algo más. Las miró un poco asombrado. Se dio cuenta de que habían intercambiado su ropa. Por mucho que trabajara la noche, estaba convencido de que siempre acabaría asombrándose por el tipo de fauna que por ella merodeaba.

A Lucía esto la hizo volver a la realidad.

Nadia, la prostituta, se había quedado dormida apoyando la cabeza sobre la mesa. Lucía la observo con frialdad. Cada uno elige la vida que quiere vivir. No sentía nada de empatía por ella. Aburrida, miró a través de la ventana como el cielo sucumbía ante el amanecer. Las nubes rasgaban la negrura como con garras de animal.

No se explicaba cómo el desarrollo de los acontecimientos la había llevado hasta ese punto. Se acercó a la barra para pagar y decidida inició su camino al exterior.

\*\*\*\*\*

Martín impactó en el agua a plomo.

Pudo sentir una punzada de dolor en el hombro. A esa velocidad el agua parecía una estructura de

hormigón contra la que él había chocado, rompiéndola.

Fue buceando hasta el borde de la piscina y con un rápido impulso se puso de pie sacudiéndose el agua a la vez.

No había tiempo para pensar, caminó decidido para asomarse desde la mureta de la terraza. Agarrándose con ambas manos al borde inició el descenso por la terraza.

En ese momento, en el interior del piso, Adrián recibió una llamada.

- ¿Sí? Pero... ¿no tenía que permanecer aquí, sin moverme? -

- No, tienes que venir en el acto. Hemos detectado su presencia y hay que neutralizarla. -

Adrián dejó el vaso encima de la mesa a la vez que se puso de pie.

Era un contratiempo que lo había puesto de mal humor. Estaba convencido de que ese era el momento de acabar con Martín.

- ¡No te lo pienso poner fácil! - Pensó en voz alta a la vez que habría su maletín y sacaba un spray que contenía Exógeno Plástico. Pulverizó todo el marco interior de la puerta con él cerrándola con mucho cuidado.

- Si entra por aquí sin duda se va a ir calentito. - Adrián contaba con el efecto sorpresa ya que Martín no sospechaba de él.

Por el pasillo no llamaba la atención vestido con traje y maletín era una persona más.

Mientras, Martín seguía descendiendo hasta el balcón de Alba.

Al llegar a la barandilla se introdujo en su interior. Las dos puertas de cristal estaban cerradas y la cortina no permitía vislumbrar ningún movimiento.

Martín se secó las gotas de agua que todavía resbalaban a través de su pelo hacia su cara. Lo había tenido que dejar todo atrás, tan sólo contaba con su pequeña ganzúa y la pistola.

Con determinación, sin más, le propinó una fuerte patada al cristal.

Éste, vibró desde su base hasta su límite de altura sin llegar a romperse.

No lo pensó más y desenfundó la pistola colocándole el silenciador. Hizo dos disparos que produjeron dos agujeros en el cristal. En ese momento empezó a resquebrajarse creando un dibujo perfecto de tela de araña, cayendo en mil añicos como una cascada de gotas cristalinas.

Casi a la misma vez Martín irrumpió a través de ellas en el salón. Todo estaba a oscuras en un silencio sepulcral.

Empezó a recorrerlo con la pistola entre las dos manos. Cada vez era más intensa su sensación de que algo horrible había sucedido.

Al llegar al baño empujó la puerta despacio con el cañón del silenciador.

Y entonces la vio...

Alba estaba en el interior de la bañera con los ojos cerrados, el agua le llegaba casi a la fosa nasal. Su sangre estaba esparcida por el suelo alrededor de toda la bañera.

Se llevó las manos a la cabeza.

Una aguda punzada de dolor le atravesó el corazón.

Corrió a la cocina buscando el rollo de bolsas de basura. Tenía que llegar hasta ella de alguna manera.

Lo desenrolló extendiéndolo a modo de alfombra para no dejar sus huellas y se arrodilló ante el borde de la bañera. Necesitaba abrazarla.

Al notar su piel fría entre sus brazos, una oleada de angustia le sacudió. No podía dejar de llorar mientras la abrazaba.

La cabeza de Alba con el movimiento se inclinó hacia atrás, permitiendo que su boca se abriera dejando entre ver su interior.

A Martín se le heló la sangre al comprobar que tenía una colilla.  
Llevaba los guantes puestos pero aun así introdujo sus dedos con mucho cuidado y la extrajo.  
En su mente una pieza muy importante se acababa de encajar.  
Conocía muy bien quien era la persona que fumaba esa marca en concreto de cigarrillos.  
Con delicadeza dejó a Alba de nuevo en el interior de la bañera.  
No podía hacer más por ella.

Ya de pie, en su mirada se debatían las lágrimas y un sentimiento agudo de venganza.

- Aunque sea lo último que haga, te prometo que esto no va a quedar así. ¡Voy a matarlo! - Le dijo al cuerpo inerte de Alba.

Desde la puerta recogió el camino improvisado de bolsas de basura y en la cocina, lo introdujo dentro del fregadero rociándolo con todos los productos de limpieza inflamables que encontró.

Le prendió fuego.

La ira no es buena consejera. Lo sabía, pero los sentimientos le desbordaban el pecho, su propio latido estaba ensordeciéndole los oídos.

Su mirada se detuvo en la puerta de entrada al piso intuía que alguna sorpresa tenía guardada, así que sin más, se dirigió de nuevo al balcón. Ya de nuevo en la barandilla visualizó la forma de bajar más rápida. En este momento el tiempo era crucial.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

Para Ana, los movimientos que se desarrollaban a su alrededor no habían pasado desapercibidos. Era una mujer muy observadora, este sentido lo habían intensificado todos los años que había vivido en el trono.

Así que a pesar de las circunstancias, de tener el cuerpo sin vida de su esposo tan cerca, no era óbice para que no se percatara.

Había visto que Ramiro se marchaba con su hija para hablar en privado, como ésta había regresado sin él. Llevando en su rostro una expresión que Ana conocía muy bien, sin duda habían discutido.

Lo que encendió todas sus alarmas fue que sonara el móvil de su cuñado y que éste en la situación en que estaban contestara.

Intuía que era Ramiro y su cuñado en señal de respeto, estaba esperando un tiempo prudencial para excusar su ausencia.

Efectivamente, así fue.

Alejandro no tuvo ninguna prisa, dejó que transcurriera más de una hora.

- Discúlpame, vuelvo en seguida. – Le dijo Alejandro mirándola directamente a los ojos como si fuera una señal de que no tenía que preocuparse por nada.

- Tranquilo, aquí estaré. - Se oyó decirle sin titubear.

Observó tranquila como se dirigía hacia las puertas del Gran Salón y buscó con la mirada a su hija. Ésta dialogaba de nuevo dentro de un corrillo de personalidades.

Le pareció que había recobrado la compostura aunque su intuición por primera vez, le dio el aviso del asomo de la sospecha.

Decidió esperar a ver como se desarrollaban los acontecimientos. Tenía expuesto el tablero delante de sus ojos, tan sólo tenía que conservar la paciencia para ver el desarrollo de la jugada.

\*\*\*\*\*

La imagen era totalmente aterradora. Marta tumbada en el centro de la cama con la piel cubierta de pequeños anzuelos clavados en ella.

Lo más espeluznante era la ausencia de sangre. De Carlo, conocía la manera de infligir dolor de una forma sublime.

Se había sentado en uno de los sillones que rodeaban la cama para poder contemplar su obra desde otra perspectiva. Ni siquiera una sola gota de sudor cruzaba su expresión.

Estaba tranquilo fumándose un puro que acababa de encender. Se sentía exultante de felicidad

pero se controlaba con un total dominio de sí mismo.  
No había que precipitarse. Le producía un enorme placer pausar la situación.  
Los ojos gris metal parecían nadar a través de la espesura del humo, insaciables como rastreando su presa. Las pupilas dilatadas denotaban estar ahogándose en su propio delirio. No movía un sólo músculo regocijándose en cada milésima de segundo.

\*\*\*\*\*

En ese momento Adrián llegaba a Palacio tras recorrer las calles de la ciudad a toda velocidad. Su equipo había permanecido incansable a la espera de algún resultado y al fin lo tenían. Lucía había intentado entrar como una más después de vestirse con la ropa de Nadia, la prostituta. Su esfuerzo fue en vano. No esperaba ese férreo control, ignoraba que todos los integrantes de seguridad de Palacio tenían su foto esperando para poder atraparla. Precisamente aquella ropa no ayudaba mucho. No era muy discreta.

Sencillamente fue una presa fácil, en la misma entrada la interceptaron. Resignada, no tuvo más remedio que aceptar la situación. Muy discretamente, debido al momento, la llevaron a una caseta cercana a la entrada de Palacio y allí la retenían a la espera de la llegada de Adrián. Su mente era un torbellino de emociones. Realmente no sabía lo que iba a suceder pero una idea cada vez iba cobrando más fuerza en su interior. Tenía claro que iba a morir.

En ese momento, se abrió la puerta y entro Adrián.

- ¡Por fin! ¡ya iba siendo hora! - Dijo, con la respiración entrecortada.

Se acercó hasta donde estaba sentada.

Lucía le miró en silencio.

Él levantó el brazo y le dio una bofetada, tirándola de la silla con el impulso.

## CAPÍTULO TREINTA

Martín por fin había llegado a su destino. Estaba justo debajo de la rejilla que daba acceso al jardín de Palacio.

Tenía los cinco sentidos puestos en el exterior. Sabía que la guardia se habría triplicado y él tenía que conseguir llegar hasta donde se encontraba De Carlo.

Ese era su primer paso.

Se colocó el pasamontañas. Necesitaba vestirse de sombra para no ser visto.

Tras comprobar que no había ningún ruido a su alrededor, levantó la rejilla para salir al exterior.

En su Smart había encontrado la manera de acceder a la habitación de los horrores, como la llamaba él.

Se agazapó en las sombras intentando esquivar a los perros, si lo detectaban estaba perdido.

De Carlo, inmerso ya en su delirio se había puesto de pie. “El Ocaso de los Dioses” de Wagner sonaba a todo lo que le daba la voz en el interior de sus cascos, debajo de la máscara de piel negra que llevaba.

Tenía los brazos extendidos hacia el techo con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. El poder de las notas de Wagner le elevaba hacia un sentido indescriptible.

Bajó la cabeza para mirar a Marta estaba muy cerca de ella. Podía sentir la suavidad de su respiración.

Se inclinó y le rozó los labios.

- Te voy a amar como nadie lo ha hecho nunca...-

Con el mando en su mano pulsó el botón y despacio comenzaron a tensarse los hilos que estaban sujetos a la placa del techo.

A su vez, movía los brazos haciendo ademanes como de estar dirigiendo una orquesta inexistente que le estaba llevando casi a rozar el éxtasis.

Marta despertó de inmediato al notar el dolor que le producía el hecho de tensar los finos cables. Empezó a convulsionarse arrastrada por un torbellino de terror. Emitía gemidos de dolor indescifrables a través de la mordaza con bola, por momentos sentía que iba a romper su plástico de la misma fuerza con la que apretaba su mandíbula.

Cada vez sus movimientos eran más bruscos, llegando incluso en su balanceo a provocar un sinfín de pequeños cortes en su piel, al rasgarla los pequeños anzuelos.

De Carlo, sorprendido por su reacción, intentó frenarle el movimiento. Corrió de un lado a otro alrededor de la cama para reforzar sus ligaduras, pero su intento fue en vano.

Marta, en ese momento, puso los ojos en blanco y empezó a convulsionarse cada vez con más intensidad.

Presa del pánico, saltó sobre ella y se sentó sobre su abdomen liándose con los cables. Éstos bajo la presión de su peso, empezaron a soltarse impulsados hacia el techo.

- ¡No! ¡Así no! ¡no te puedes morir! ¡No, todavía! - Gritaba desesperado.

No podía permitirlo. No había tenido oportunidad de amarla.

Marta estaba totalmente rígida y con los ojos en blanco, en ese momento, lo miró y una pequeña lágrima resbaló por el lateral de su ojo derecho.

Exhalando un pequeño suspiro, murió.

De Carlo fuera de sí arremetió a propinarle golpes en el pecho para hacerla reaccionar. La sangre de Marta estaba salpicándole la cara y esto provocó que, enfurecido se arrancara la máscara lanzándola al vacío.

Rompió a llorar con sollozos violentos.

- ¡No! ¡No! ¡Así no! - No podía parar de gemir. Estaba totalmente reclinado sobre el cuerpo de Marta.

En ese momento, Martín abrió la puerta de acceso por el jardín de una patada, cerrándola a la vez en un acto reflejo.

Se quedó petrificado al mirar la imagen. De Carlo se incorporó y lo miró con una extraña mueca en el rostro, salvaje.

No dudó ni un segundo más, le disparó un dardo explosivo y éste se clavó justo en el centro del pecho de De Carlo.

Observó el dardo clavado en su piel y miró a Martín con todavía una mueca más espeluznante...

Martín le dio la espalda y se pegó todo lo que pudo a la puerta. Se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos.

Estaba totalmente sorprendido de haberlo encontrado allí y todavía, más si cabe, por la situación horripilante en que lo había pillado.

En ese momento, explotó.

Se esparcieron trozos del cuerpo de De Carlo por toda la habitación. Martín, que esperanzado se había dirigido en primer lugar allí, se apesadumbró porque tenía que renunciar a todas las posibles pruebas que allí pudiera encontrar.

Sentía náuseas...

Pero no había tiempo para asimilarlo. Corriendo se dirigió a la entrada que daba acceso al pasillo buscando la otra puerta.

Tenía que borrar del mapa la existencia de aquella habitación. Las sombras de la maldad se quedarían en ella para siempre.

Extendió por todo el contorno de la puerta cerrada una espuma con base de Poliuretano 2475X7, mejorada, que a los pocos segundos se transformó en cemento. Haciendo imposible el acceso por ella.

Corriendo sobre sus pasos, entró de nuevo en la habitación a través de la cortina de terciopelo azul.

Volvió a sentir repugnancia al ver la escena de nuevo.

- ¡Pobre chica! ¡qué manera más horrible de morir! - Pensó, sin parar de andar hacia la puerta por donde había entrado.

Miró desolado toda la habitación. No iba a poder recuperar nada.

Resignado apagó la luz para no ser detectado desde el exterior al abrirla. No sin antes volver a pulverizar nuevamente todo el contorno de la puerta.

Colocó sobre los cadáveres un pequeño dispositivo explosivo de nueva generación. Concretamente en vez de explotar lo que hacía era implosionar. Lo último en explosivos. Mega0. D

Lo programó para que se activara en diez segundos.

Salió corriendo a la vez que cerraba la puerta. Se agazapó cerca entre las sombras del jardín. Necesitaba corroborar que había funcionado.

Transcurrido un corto espacio de tiempo pudo comprobar, para su tranquilidad que el dispositivo había funcionado como él esperaba. Apenas se notó una breve vibración en el suelo, mientras en el interior todo era reducido a cenizas.

En ese momento notó que se aproximaba un grupo de personas. Oculto entre las sombras pudo contemplar conteniendo la respiración la silueta de Lucía entre ellos.

- Pero... ¿qué hacía ella aquí? -

Adrián encabezaba la silenciosa comitiva que se dirigía hacia la caseta de seguridad.

Alejandro entró en la pequeña sala que había justo al lado del Gran Salón.

Rodrigo después de visionar la cinta necesitó un buen rato para recomponerse. Lo que había en ella era demasiado grande, incluso para él. Sintió que todo el peso de la verdad caía implacable sobre él.

No fue consciente del tiempo que realmente transcurrió perdido en sus pensamientos. Se levantó dirigiéndose de nuevo hacia el gran ventanal.

No dudaba cuando pensaba que ella podía ser peligrosa. Pero nunca, ni por un asomo había ni siquiera rozado esa posibilidad con el pensamiento.

Sabía que el paso que iba a dar era excesivamente importante, pero estaba decidido.

- ¿Cuál es el tema que pueda ser tan importante como para hacerme venir en este momento? -

- Algo crucial y que no puede esperar. Ni un segundo más, Majestad. - Por favor tome asiento, necesito hablarlo sentado.

- Bien, usted dirá.

- Se trata de Luisa, su sobrina.

No se puede imaginar lo que significa para mí tener que hablar sobre este tema. Soy consciente de que en el momento en que acabe, mi vida política habrá terminado. Tampoco quiero pensar en mi vida personal. -

- ¿Mi sobrina? Creía haberle dejado claro que el tema está cerrado. No hay cabida a ninguna duda sobre la sucesión. -

- No tiene nada que ver con eso señor, déjeme que le explique.-

- La verdad es que no sé cómo empezar pero tengo que hacerlo. Su sobrina y yo, digamos...que tenemos una relación que va más allá de lo convenientemente estipulado socialmente. No voy a caer en demagogia al decir que nunca terminamos de conocer a una persona. Su imagen, lo que nos pueda transmitir, es un simple asomo de lo que no se ve. Lo que queda en un pequeño reducto alejado a nuestros ojos. -

- Perdone, pero no le sigo ¿qué me está intentando decir? -

- Hablo de sexo, de una forma especial de sentir el sexo. Yo práctico el sadomasoquismo. En este rol y a pesar de lo que usted pueda pensar, soy sumiso.

Al decir esto, Alejandro inconscientemente se irguió en el sillón.

- Soy Sumitere. Me someto en voluntad a mi Dominari, hasta tal extremo que necesito dejar de sentirme como un yo. Necesito la voluntad y el sometimiento hasta tal grado en que dejo de existir. Lo más trágico es que es a todos los niveles, no sólo sexualmente. Con estas palabras no busco su aceptación. No la necesito. Sé cómo soy. - Al decir esto se inclinó hacia adelante con la cabeza entre las manos.

- Luisa es mi Dominadora...-

El silencio se adueñó del momento, era pesado, simulando casi a sepulcro.

Alejandro se puso de pie y caminó erráticamente con pasos lentos delante de Rodrigo. Éste todavía mantenía la cabeza entre las manos.

- ¿Y usted piensa que debe contarme todo esto? ¿Que yo debo saber las tendencias sexuales de mi sobrina? ¿Por qué? Y lo que es peor ¿por qué ahora? - Intentaba que su

voz no sonara desencajada, pero era difícil. Estaba fuera de sí. -

- Como todo, no hay que llevarlo al extremo y eso es lo que ha pasado. No le voy a negar que durante estos años no he sido feliz, lo he sido mucho, pero cuando firmé el contrato no fui consciente de hasta dónde iba a llegar. Esto se lo cuento porque se nos ha ido de las manos. - Le costaba hablar, las palabras se tropezaban con los pequeños sollozos que pugnaban por salir. -

- Se lo cuento porque quiero matarla y cuando digo esto, lo digo en serio. Cada vez es más fuerte el impulso, cada vez me cuesta más controlar el arrebató animal que crece en mi interior. -

- Esta mañana al despertar, todos dormían en casa. He ido a mi despacho y me he sentado en mi mesa. He observado todas las fotografías de mi familia. Caras sonrientes que me devolvían las miradas, personas a las que yo amo... ¡creo que estoy perdiendo la razón! - Los sollozos eran tan continuados que apenas podía seguir hablando. -

- Tiene usted que presentar la dimisión en el acto. -

- Lo voy a hacer, pero no sin antes decirle que ella no puede ser Reina. Es una asesina y voy a hacer todo lo posible para conseguir que no lo sea. - Se había puesto de pie con la poca decisión que le quedaba. -

- Espere un momento... Voy a llamar a Ana. Esto tiene que saberlo. -

- Estoy de acuerdo, hágala venir. Tengo mucho que contar. - Se volvió a sentar porque podía sentir como le temblaban las piernas.

Alejandro salió del pequeño saloncito y por un momento se apoyó sobre la misma puerta que había cerrado. Nunca pensó que algo así pudiera suceder y lo que era peor aún, sabía que esto sería la gota que podría terminar de derrumbar a Ana.

Esto último le dolía.

\*\*\*\*\*

Martín se mantuvo oculto en las sombras observando cómo evolucionaba la situación.

Tenía poco que pensar. Era momento de actuar.

Adrián se había colocado al lado de Lucía sujetándola por el brazo. Ella se dejaba llevar con la mirada fija en el suelo. Se la veía vencida.

Hizo un rápido estudio de la situación. Eran dos guardias más Adrián. Lucía estaba en medio de todos ellos, pero eso no era óbice para pensar de forma contraria. Se trataba de una acción de manual con rehén, por estar ella allí no podía vacilar.

Comprobó el arma y caminó despacio hacía ellos.

Al hacer ademán uno de los guardias de querer mirar hacia atrás, disparó.

Los dos tiros fueron al lugar indicado haciendo caer a los dos guardias contra el suelo, muertos.

Adrián se aferró con fuerza a Lucía y la atrajo hacia sí, usándola de escudo.

- ¡Qué huevos que tienes! ¡no te lo voy a poner fácil! - Estaba fuera de sí. No había pensado que Martín fuera a atacar de ese modo.
- ¡Suéltala! esto es algo entre tú y yo. -
- ¡Tendrás que venir a por ella! -

Martín disparó.

En ese momento Lucía lo empujó un poco hacia atrás, cayéndose al suelo porque perdió el equilibrio. Se encogió como si fuese un ovillo, estaba aterrorizada no podía reaccionar.

Las dos balas fueron a parar al abdomen de Adrián.

Como un acto reflejo se llevó las manos hacia el impacto, en un inútil intento de poder parar la situación. Se mantuvo de pie unos segundos sujetándose el abdomen hasta que sus piernas no pudieron con la tensión y cayó al suelo desplomado. Un hilo de sangre manaba por su boca y respiraba entrecortadamente.

Martín se arrodilló a su lado pero su mirada estaba en Lucía, desde donde se encontraba necesitaba saber que estaba bien.

- ¿Por qué? ¡Necesito saber por qué has asesinado a Alba! -

Sonreía maliciosamente intentando inútilmente pronunciar algún sonido. Adrián era consciente de que se estaba muriendo.

- ¿Por qué? - Gritó Martín sabiendo que no iba a obtener respuesta.

Adrián fijó sus ojos en el cielo negro de la noche...

Murió.

Martín permaneció unos segundos en esa posición. No podía dejar de pensar en Alba y en sus últimos momentos. Era algo que le envenenaba el pensamiento. No podía parar, tenía que llegar hasta el final.

Se acercó a Lucía y la abrazó. Estuvieron así sin moverse un instante que le pareció una eternidad.

- Tengo que seguir Lucía, hay que llevarlo hasta el final. ¿Te sientes capaz? -
- Sí...-

Martín buscó sus labios y se perdió en ellos.

La guardia de Palacio los rodeó con sus armas. Martín se metió la mano en un pequeño bolsillo y sacó un dispositivo que mantuvo sobre la palma de la mano.

- Quiero ver a la Reina, si no es así, lo accionaré y el Palacio y todo su contorno desaparecerá del mapa. -

El jefe del grupo le hizo un gesto con su arma y Martín le cogió la mano a Lucía para emprender el camino hacia Palacio.

## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Alejandro entró en el Gran Salón buscando a Ana. Ella seguía en la misma posición sentada cerca del cuerpo inerte de su marido recibiendo las condolencias.

Busco con la mirada errática a su sobrina Luisa que también estaba manteniendo una discreta charla con algunas de las personalidades.

Luisa fijó su mirada en él y Alejandro se la devolvió intentando que no percibiera su brutal inquietud. Necesitaba hablar primero con Ana.

- ¿Puedes acompañarme? Necesito hablar contigo. - Estaba lo suficientemente cerca para que Ana le pudiera escuchar. Ella lo noto enseguida. Se trataba de algo grave.
- Sí, claro. Vamos...-

Alejandro y Ana caminaron entre todas las personalidades para poder llegar al final del Gran Salón. Luisa por un momento los observó estática. Su intuición la avisaba pero no era momento de salir tras ellos. Estaba ocupada.

Ana caminaba tras Alejandro y en cada paso empezaba a notar que su corazón se llenaba de pesar. Alejandro la hizo pasar al pequeño salón que había a continuación. Allí, sentado con la cabeza entre las manos les esperaba Rodrigo.

- No entiendo cuál puede ser la razón para esta pequeña reunión en estos momentos. – Dijo, no sin un tono de frialdad al observar a Rodrigo.
- Bien, seré directa. ¿Qué te traes entre manos? Porque estoy convencida de que tú no vas a parar hasta que consigas lo que te propones. - Prosiguió hablando en el mismo

tono mientras se sentaba enfrente de Rodrigo.

- Majestad, no se trata de eso. Por favor, usted me tiene que escuchar...- Rodrigo, totalmente derrumbado intentaba hacer acopio del poco valor que le quedaba. -

- Tienes que escucharle Ana. Yo estoy tan sorprendido que no puedo comunicártelo. Te lo tiene que contar él. Lo siento. - En su voz había dolor. Esta sensación hizo que Ana se irguiera un poco más. Empezaba a preocuparse. -

- Bien entonces, escucho. -

- Señora, todas las personas tenemos puntos débiles que por una razón u otra nos pueden llegar a dominar importantes aspectos de nuestra vida.

Llevarnos a cometer actos capaces de hacernos caer en deshonor.

Actos crueles, no compasivos...

Ahora, en este momento y bajo el temor que siento por todo ello, es cuando por fin puedo entender su verdadera magnitud. -

- Todo esto me parece muy bien, pero no entiendo lo que me quiere usted decir. -

- Déjeme que se lo explique. Es muy duro lo que va Usted a conocer. Le pido por favor Señora que tenga un poco de paciencia.

Ana respiró suavemente hacia su interior.

- Durante años su hija Luisa y yo hemos mantenido una relación.

Fue como si la impulsara un resorte.

- ¡Es que lo sabía! ¡Todo se reduce a eso! Usted tiene una extraña fijación por ese tema. ¡Está dispuesto a hacer lo que sea para que mi hija no sea Reina! - con el arrebato, la sangre se le había subido a la cara y estaba enrojecida. -

- ¡Espere, por favor! No, no se trata de eso. Déjeme que continúe explicándole. -

- Ana, tienes que calmarte y escucharle. Es algo muy serio. - Se dirigió a ella Alejandro que se había acercado para intentar reconfortarla un poco. -

- Pero Alejandro, ¿es que no lo ves? ¿No ves claro lo que intenta hacer? -

- Señora no intento hacer nada. Tengo pruebas de todo lo que voy a contarle y a estas alturas como Usted comprenderá, lo tengo todo perdido. Mi carrera, mi posición social y lo más doloroso. Mi familia. -

Al oírle decir eso Ana se relajó un poco.

- Bien, continuo... Como ya le he dicho, su hija y yo hemos mantenido una relación durante años. Una relación conocida por su propio marido, el Rey.

Siempre que se habla del amor y de sus formas se tiende a hacer demagogia pura.

Es cierto que existen muchas formas de amor y de la misma manera, existen infinidad de caminos de llegar hasta él. De quererse reconocer en su sombras que se alargan como brazos que nos quieren abrazar.

Luisa y yo tenemos una manera muy especial de amar.

Lo hacemos a través del dolor.

Muy a mi pesar aunque Usted no se lo crea, he intentado huir de algo que era imposible porque está en mi interior.

No se puede huir de uno mismo, se puede enmascarar, disimular, pero eso es un leve intento en mi propia necesidad personal por no sucumbir ante la realidad.

Yo, para consolidar este amor, firmé un contrato de sumisión.

Ya sé que es difícil de creer, pero es cierto.

Tengo una insaciable sed animal por ser sometido, por no tener voluntad. -

Se detuvo unos segundos, inconscientemente se pasaba los dedos entre las manos una y otra vez.

- Luisa es mi dominadora.

A Luisa le sucede totalmente lo contrario, si no somete. No es capaz de alcanzar nada. –

- Bien, ya me lo ha contado y sigo sin entender cuál es el problema tan grave. Sobre prácticas sexuales no está todo dicho y no creo que sobre la sexualidad de mi hija tenga yo que opinar. -

- Eso es cierto. Pero hasta aquí todo tiene algo de lógica, es lo que viene a continuación lo que no la tiene.-

- ¿Qué quiere usted decir?

- Estas prácticas sexuales no son ilegales siempre que se actúe dentro de un marco legal. Sin llegar al delito. -

- ¿Qué quiere decir? - La tensión iba en aumento. - ¿Qué clase de delito? -

- Asesinato. Hablo de asesinato. -

En ese momento, el silencio se podía cortar. Era una sensación de brutal ausencia.

## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Martín y Lucía eran dirigidos a la caseta de seguridad de la entrada. Caminaban en silencio.

Las sombras del jardín proyectadas sobre sus pasos parecían dulces mensajes, como si quisieran hacerles entender que en el misterio existe ese momento de esperanza.

- Usted sabe que no puede ver a la Reina. Es imposible. Además hay una orden de detención contra usted y contra la chica. - Habló el jefe de guardia haciéndolos volver a

la realidad.

- No me preocupa, usted no lo hace. No hay problema, acciono el dispositivo y todo acabará, pero para todos. - Continuó Martín sin alterarse.

- Espere un momento. - Se metió en el interior para hablar con algún mando.

Martín miró a Lucía, ella estaba con la cabeza agachada perdida en sus pensamientos. ¡Qué bella era! Le hacía contener la respiración.

- Tranquila, ya falta poco. Verás como todo se soluciona. - Lucía le miró con los ojos llenos de lágrimas. Necesitaba creerle.

- Bien, me han comunicado que tenemos que trasladarlos a la central. -

- No, no lo ha entendido. Tenemos que ver a la Reina. -

- ¡Con una bomba! Va a ser que no. Le sugiero que suban al coche. -

Miró a Lucía y en esa milésima de segundo, lo supo.

Martín no lo pensó, accionó el botón y lo lanzó al interior de la caseta. Cogió a Lucía y la lanzó al suelo tapándola por entero con su propio cuerpo.

En no más de tres segundos la caseta estalló en mil pedazos. Caían escombros, cascotes por todas partes. Una columna de humo ennegrecido los envolvió.

Se hizo el caos.

Martín le cogió la mano a Lucía consciente de que acababa de tomar la decisión de su vida.

Lucía a su lado, intentaba no soltar aquella mano, porque era la única cosa que podía mantenerla viva. Caminaba justo detrás de Martín buscando la forma de encontrar alguna salida.

Los guardias iban arremolinándose alrededor buscando a los supervivientes. Martín era consciente de que al activar la bomba había cruzado la fina línea que siempre había querido mantener intacta. Pero era por pura supervivencia.

Llegaron como pudieron a una pequeña brecha que se había abierto en la pared. Era la única posibilidad, tenían que intentarlo.

Hizo que Lucía pasara primero, para a continuación hacerlo él.

El sonido de ambulancias, policía y bomberos era una banda sonora estridente. Cortaban los silencios de la noche. Una noche especial, de duelo.

Martín y Lucía se miraron un momento, para a continuación desvanecerse en ese dibujo temporal.

No había marcha atrás.

Tenían que huir.

Lo haría el resto de su vida.

## CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

- ¿Asesinato? ¿qué quiere decir usted con eso? - Sintió que casi no le salía la voz.
- Nuestras prácticas sexuales no se han limitado únicamente a nosotros. Tenemos un lugar determinado donde poder desarrollarlas. Aquí en Palacio, justamente.
- ¿Aquí? Pero... ¿cómo? - No se lo podía creer.
- Verá usted, Pablo su marido, tenía conocimiento de las tendencias de su hija. Él, lo único que pretendía era protegerla, así que con la ayuda del señor De Carlo habilitaron unas dependencias aquí en Palacio. Una decisión lamentable que ahora con el tiempo entiendo.
- ¿Pablo lo sabía? Pero... ¿cómo? - Las preguntas junto con la indignación se amontonaban en su interior.
- Durante años no hubo ningún problema. Hasta que la situación se nos fue de las manos. De Carlo es el que se encarga de traer a las chicas o chicos. Nos da igual. Por cierto, ¿dónde está?

Alejandro y Ana se miraron sin terminar de comprender del todo. ¿Cómo podía ser que Pablo no hablara nunca del tema?

- No lo sé, no tengo ni idea. Andará por el Gran Salón.

Exactamente, ¿en qué lugar de Palacio está? No puedo creer que yo no sepa nada. - Ana hablaba como para sí misma, sin esperar respuesta.

- En el ala Norte, una zona que da al jardín. Tiene su propia entrada. - Con naturalidad expuso el lugar.
- En este último año el declive de Luisa ha sido abismal. Cada vez con más asiduidad, con más perversión. El Rey lo sabía, a través de De Carlo era informado puntualmente de todos los acontecimientos. -
- ¿Está tratando de decirme que mi hija, la Reina padece una enfermedad mental, que es una asesina? - Intentaba mantener el control de la situación, pero esto era demasiado.
- Sí, Señora y no sólo es una asesina...-
- ¡Cállese en este momento! Pero... ¿cómo se atreve ni siquiera a insinuarlo? - La indignación le iba creciendo por momentos.
- ¡Por favor Alejandro! Necesito que avises a mi hija. Esto lo tiene que oír, ve a avisarla. - Su voz sonaba a súplica pero lo que más la sorprendió fue la expresión de Alejandro. Estaba lívido por la impresión.
- Por supuesto, en seguida vuelvo. -

El silencio pesaba a pulso de plomo mientras esperaban el regreso de Alejandro. Los sollozos de Rodrigo lo único que conseguían eran levantarle el estómago. Pero, ¿cómo podía ser? ¿Su hija una asesina? ¿Pablo lo sabía? Una terrible punzada de dolor comenzaba a atravesarle el pecho como si se tratara de una garra que rasgara todo con lo que tropezara en su interior. Necesitaba una pausa para recobrar la calma.

En ese momento, el estruendo del estallido de la bomba sacudió el edificio entero. Pudieron notar vibrar el suelo a sus pies. Como dos resortes se levantaron a la vez para dirigirse a los ventanales.

La imagen era irreal. Una columna de humo negro emergía hacia el cielo sin encontrar nada que la frenara a su paso.

No podían salir de su asombro... ¿Un atentado en Palacio, justo hoy?

El sonido de las ambulancias, bomberos y policía retumbaban en la noche rompiendo el duelo por

un Rey que lo había sido todo para ella.

Era el fin de una época. Y esta era su cruel reflejo, así se sentía. Ante sus ojos todo lo que había amado, todo por lo que había luchado acababa de saltar literalmente por los aires.

- Martín, sin duda. - Susurró Rodrigo observando la escena.

Esa voz, esa odiosa voz la devolvió a la realidad.

## CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

El estallido de la bomba se pudo oír perfectamente en el Gran Salón, creando un verdadero caos en su interior.

Todas las escoltas de seguridad de las personalidades que se encontraban allí acudieron raudas a protegerles.

Alejandro se vio envuelto en aquella vorágine, teniendo que hacer verdadero acopio de sus fuerzas para poder encontrar a Luisa; que en ese momento estaba intentando organizar el desalojo de la sala con la mayor rapidez.

En un momento indeterminado, su mirada se posó en el féretro que contenía los restos de su malogrado hermano y la tristeza le invadió el corazón. Ahí estaba, rodeado por su guardia, ajeno a todo lo que se vivía a su alrededor. La muerte lo había detenido, parado en seco, sin más... ¡Qué dolor! -

- ¿Dónde estabas papá? No te encontraba, estaba muy preocupado. - La voz de su hijo Alberto consiguió que apartara la mirada de aquél lugar.

- Tranquilo, estoy bien. Alberto tienes que ayudarme, tenemos que llevar a Luisa al pequeño salón de al lado. -

No había terminado de pronunciar las últimas palabras cuando se dieron cuenta de que estaban solos en el Gran Salón.

- Tengo que encontrar a Luisa, ¡ayúdame! -
- ¿Qué ocurre papá? - Alberto se dio cuenta de que algo muy grave pasaba.
- Lo sabrás, pero ahora ayúdame a encontrarla. -
- Tenemos que salir de aquí. - Alejandro no podía dejar de pensar que se quedaba su hermano y esa imagen fue la última que vio antes de salir.

En el pasillo se encontraba Luisa rodeada de guardaespaldas.

- Te estaba buscando, ¿dónde está mi madre? Tenemos que ir al refugio. -
- Está aquí en el pequeño saloncito. Yo también te buscaba.-

Entraron uno detrás de otro. Ana se había vuelto a sentar y Rodrigo permanecía delante del ventanal, observando el exterior.

- Mamá, ¡no sabía dónde estabas! -

Ana la miró como si no pudiese verla. Estaba ciega por el dolor, sentía como sus ojos se llenaban de lágrimas.

- Mamá, ¿me estás escuchando? Tenemos que irnos...-
- Yo no voy a ningún sitio. Ni tú tampoco. Siéntate, tenemos que hablar. -
- Pero, ¡mamá!...-
- ¡He dicho que te sientes! - No fue un grito, sino una orden que salía de forma masticada por sus labios.
- Que se quede la guardia en la puerta. Nadie se va a mover de aquí. - Diciendo esto, hizo un ademán a Alejandro y Alberto para que se sentaran.

Luisa la miró y después dirigió su vista hacia Rodrigo. Una punzada de odio visceral la recorrió por entero.

- ¡Eres un hijo de puta! No sé lo que le has podido contar...-
- La verdad. Siempre se ha dicho que la verdad nos hace libres. Una macabra ironía en nuestro caso, ¿no te parece? - Las lágrimas habían desaparecido de su rostro dando paso a una expresión extraña. Su cara parecía una máscara.
- Quiero absolutamente toda la verdad. No nos vamos a mover de aquí hasta que yo no la sepa. - Cortó Ana el pequeño diálogo, tajante.
- Luisa no te lo voy a repetir...-
- No sé qué quieres saber. Ni el alcance de lo que te haya podido contar este miserable. -
- Ja, ja, ja, ja...no dejarás de asombrarme nunca. Ni incluso en este preciso momento. ¿Qué crees que le he dicho? La verdad, que eres una asesina. -

La expresión de Luisa se distorsionaba por momentos haciendo que la dulzura de sus facciones se transformara.

Una sombra cubría su mirada, la transformaba en otra persona.

Alejandro y Alberto observaban la escena sintiéndose incapaces de reaccionar. Incrédulos.

- ¡Cómo te atreves! Tú que has sido capaz de matar y de consentir que se matara sin mover un solo músculo. - Era puro odio su entonación.
- Es cierto, lo he sido. No lo niego en ningún momento. Pero tú querida, has cometido el peor crimen. Y no hablo en vano, tengo la prueba de que así ha sucedido. - Al decir esto metió su mano en el bolsillo derecho de su chaqueta y sacó una pequeña cinta de

cámara de video.

- ¡No serás capaz! - Se levantó rápidamente para caer sobre él, pero Alberto lo hizo a la vez, llegó hasta ella y la retuvo hasta que consiguió reducirla. Luisa, entre sollozos, fue deslizándose hasta que rozó el suelo con sus rodillas.

Alberto la soltó.

- ¡No sé cómo ha llegado esa cinta a tus manos! -

- Pues no es difícil atar cabos, ha sido De Carlo. - Contestó Alejandro con frialdad.

- Te he dicho antes que esta era la última vez que me despreciabas de esa manera. Tú vas a caer y yo contigo. ¿No te parece el cielo, querida?

## CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

- ¡Basta! - La voz de Ana retumbó.
- He dicho que quiero saber la verdad. Luisa hija mía, ¡tienes que decírmela! -
- ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Dime? A ti sólo te ha interesado siempre una cosa. La Corona. - Entre lágrimas el reproche desbordaba sus palabras.
- ¿Cómo puedes decirme eso? No ha habido nada más importante para mí que tu padre y tú. No creo que estés siendo justa conmigo. - Sus palabras dolían.
- ¿Mi padre? Mamá durante todos estos años tú has estado ajena a conciencia, porque de lo contrario, es incomprensible que no hayas tenido conocimiento de la doble vida que mantenía. Ni yo he podido ocultársela a mi marido. Él ha tenido a las mujeres que ha querido, mientras tú permanecías entre estas paredes intentando mantener una ilusión, algo ficticio. Yo lo sabía todo de él, igual que él de mí. Jamás nos negamos nada. Las he conocido a todas, creo. Sobre todo a la última y créeme si te digo que no tenía desperdicio. - Una fría sonrisa maliciosa acentuó todavía más su siniestra expresión.
- Te diré algo: Él me amaba a mí más que a ti, de hecho, si no hubiera sido por mí te habría dejado hace mucho tiempo. Eres una persona tan insulsa, aburrida. Siempre pensando en el deber, en mantener la dignidad ja, ja, ja, ja. Tristemente eres de risa. - No pudo terminar, Ana se había levantado para abofetearla.
- ¿No te ha contado mi amigo que el dolor me hace feliz?
  
- ¡Cállate! -
  
- ¡No! ¡No pienso hacerlo! De alguna manera él era como yo. Un ser con una especial capacidad para amar. - Se detuvo. Era demasiado doloroso. Pero de repente el lazo que nos unía, cada vez estrechaba más y más su nudo. Me pedía explicaciones una y otra vez por todo. Cada vez discutíamos más. Llegó un punto en que la situación era insostenible, ¡Él me quitó lo que yo más amaba! - Al decir esto su mirada se detuvo en Alberto. Una vez en mi vida amé intensamente, esa forma de amor que es capaz de acariciarnos el alma que nos hace ser levedad y eternidad al mismo tiempo. Una vez en mi vida unas manos me hicieron sentir como nadie, simplemente pensando que esos dedos me pudieran rozar. - Volvió a detenerse. La emoción no le permitía hablar.

Tras unos segundos que parecieron eternos, continuó.  
Mientras, el silencio se clavó como la más afilada de las hojas.

- ¡Era tan feliz! Y ese amor, ese precioso amor se fecundó en mí. Podía sentir su latido en mi interior. -

- ¿Qué estás diciendo? - La voz de Alberto rompió el momento. ¡No lo podía creer! -
- Sí, Alberto esperaba un bebé. Tu hijo. - No podía dejar de llorar. - ¿Sorprendida, mamá? -

Ana sentía que se le iba a parar el corazón. A estas alturas Alejandro se había sentado a su lado y le agarraba del brazo para intentar consolarla.

El corazón de todos estaba encogido.

- Pero mi padre, mi adorado padre se enteró. ¡Me obligó a abortar! Ese niño no podía nacer. Era un terrible error, fueron sus palabras. ¡Un error, mi hijo! -

- ¡Dios mío! - Ana dio un pequeño grito de angustia.

- Y así fue. Durante el año que pasé en Inglaterra lo perdí. Un aborto inducido. Así, ¡que no te atrevas a juzgarme, mamá! No eres la más indicada. - Era puro odio.

- Algo en mí se rompió y nada fue igual.

Tú, Alberto seguiste con tu vida. Durante todos estos años he podido observar todos los amores que has tenido. Tu indiferencia disfrazada de cariño porque habías dado tu palabra. -

- Luisa yo no sabía. ¿Crees que sólo sufriste tú por esa decisión? El hecho de que te hablara lo justo y evitara estar contigo a solas, no significa que no me duela profundamente. Yo no he dejado de amarte, en ningún momento.

- ¿Entonces? ¿Por qué? Bueno no me respondas. Conozco las razones. Ante todo la Corona. ¿No es cierto? -

Alberto se levantó desesperado. No sabía cómo reaccionar.

- ¡Padre! ¡Dime algo! ¡Por favor! - Estaba totalmente desencajado.

- No puedo, ¡lo siento hijo mío! Sabes la respuesta. - Alejandro se había levantado a la vez. Quería acercarse hasta él pero no sabía cómo hacerlo. Temía la pregunta.

- Así que tras ese hecho todo cambió. Nada me hace sentir más que el dolor ajeno. Cada vez más salvaje, más demoledor. No sé a cuántas personas he matado, he visto morir. Personas anónimas que para mí significaban el sentido de dejar de percibir ese dolor.

No hay nada que lo consiga.

Nada.

Ahora, lo sé.

- Durante años he tenido la frialdad de esperar el momento apropiado para mi venganza.

He esperado. Sólo eso.

¡Sí, madre no me mires así! ¡Esa es la verdad!

A la vez que él seguía todos mis pasos, lo he seguido yo a él.

Buscando la oportunidad.

- Yo lo he matado, ¡yo! ¡con mis propias manos! Todo el mundo te ha engañado, ha escenificado para ti y para el resto del mundo el último acto de su vida. - Desquiciada

buscó los ojos de su madre con una frialdad absoluta.

Mi padre habilitó una zona de palacio para él. Sólo era cuestión de tiempo. No lo sabías ¿verdad? - Miró a su madre con desprecio. ¿Cómo podía ser tan pasiva? -

Para conseguir mi propósito tuve que someter a unas cuantas herramientas. Cada pieza es necesaria en un mecanismo. Primero controlé a De Carlo. Mi padre en su ingenuidad, por no decir otra cosa, hizo que fuera mi sombra. Si algo he aprendido es que a una sombra no la tienes que mirar como un enemigo. Tiene que ser tu aliado. No fue difícil. Sólo tuve que observar. La personalidad de De Carlo es muy visible para mí. Un sádico psicópata, de manual. Le enseñé un hueso muy apetecible y lo mordió. Le ofrecí algo que papá no le ofrecería jamás. La posibilidad de matar y además a manos llenas, con la tranquilidad que te da la impunidad.

Y aquí es donde entras tú, Rodrigo. Calculé quién de su entorno sería más accesible. Sin duda, tú. ¡No sabes el asco que me das! ¿Te ríes? ¿Piensas que me has ganado? ¿En serio?

- Ja, ja, ja, ja. Es evidente y por goleada. ¿No te parece? -Rodrigo no podía parar de reír.

- Todo lo contrario. Ya ni me asombra tu torpeza, tu patética sumisión. Has cometido un craso error. ¡Me has liberado! -

Rodrigo dejó de reír en seco. ¡Hija de puta!

- Con Rodrigo se sumó Alfredo, el ministro del Interior. Esta pieza era totalmente fundamental ¡Ese día me sonrió la fortuna! ¡No hay nada como la perversión! No tienes ni idea del acceso a todo tipo de información que me ha brindado.

- En último lugar y no menos importante Adrián. Lo conoces. El jefe de seguridad de Palacio. Imprescindible. Gracias a que él colocó cámaras ocultas pude seguir todos los pasos de mi padre. Horarios. Entradas, salidas y por supuesto a la de turno. ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí! Lucía. Todo un hueso duro de roer. - Suspiró.

- Ana escuchaba sus palabras, cada una de ellas eran como cinceles esculpiéndole el corazón. Estaba atónita. Se sentía temblar como una hoja.

- ¡Hasta que al fin llegó el día! Sabía que había regresado de Bruselas. Me puse delante de los monitores esperando. Observaba la escena como si estuviera viendo una película. Pude ver como esa puta lo ataba. ¡Llegó el momento! Preparé el arma y esperé expectante. Ella se metió en el baño. No me lo pensé. Entré descalza. Él estaba sonriendo con los ojos vendados, con una cinta de raso roja tapándole los ojos. ¡Qué fácil! Me estremezco de pensarlo. Apoyé la punta del silenciador en su nuca y disparé. ¡Al fin libre! ¿Sabes lo mejor de todo? ¿Lo más divertido? Ninguna de mis piezas ha llegado a saber la función de la otra. ¿No te parece una genialidad, madre?

- Y yo tengo la prueba que lo confirma en esta cinta. - Agregó Rodrigo extendiendo la mano con la cinta sobre su palma.

Ana se puso de pie y se tapó la boca para ahogar un pequeño grito de dolor que pugnaba por salir de su garganta. Se acercó a Rodrigo y la cogió.

Caminó despacio hasta el ventanal mirando sin ver a través del cristal. Fueron unos segundos que parecieron una eternidad.

- Alejandro a partir de este momento tu hijo Alberto es el Rey. - Alzó la mano como para cortar la respuesta de éste.

Caminó hacia donde estaba su hija.

- Alberto esta es la primera y la última cosa que te voy a pedir. Oficialmente, justo después del entierro se hará público que mi hija ha tenido un ictus cerebral, hecho que hace imposible su reinado. Será trasladada a una residencia donde vivirá aislada el resto de su vida, sin conexión con el exterior de ningún tipo. Mantendrá este estatus aunque yo haya fallecido. Luego dispongo que sea enterrada en el mismo lugar, permaneciendo allí sus restos toda la eternidad. Sin ningún título ni legado por nacimiento que le pertenezca.

Necesitó un segundo para hacer acopio de valor. Era su hija. ¡Una asesina!

- Esta es la última vez que me dirijo a ti.

Yo, me trasladaré contigo, viviré cerca pero nunca volveremos a tener contacto. ¡Jamás! - Las lágrimas casi no le permitían ver el rostro de Luisa. En ese mismo momento hubiera querido morir. El destino y su sin razón.

Luisa miraba el suelo con una extraña expresión, parecía rozar el límite de su razón. No hizo ademán alguno de contestar, tan sólo era capaz de mantener una sonrisa semejante a la de una muñeca rota.



El corazón no va más allá de razón.  
El alma late en su abismo.

Beatriz Cáceres.

Martín.

Amanece.

El horizonte se abre como un velo sobre su propio reflejo, ahogando en diferentes tonos de azul su pulso, tejiendo en forma de marea sobre el océano el hilo de la vida.

Observo ese amanecer. Por primera vez estoy tranquilo, respiro el sosiego que me transmite la imagen. Una suave brisa me recorre el rostro.

Estoy desnudo de cuerpo y alma. Me cuesta un poco digerir esta emoción. Siento que es la primera vez que amo, sin barreras. Disfruto pausadamente de ello porque nunca pensé que lo sentiría.

A pesar del cansancio.

Soy consciente de que en este momento vivo otra realidad. He roto con mi vida. Todo lo que hasta hoy era prioritario para mí ha saltado por los aires junto con la caseta. ¡No lo puedo creer! No he terminado el caso. No sé cómo asumir eso. Lo que es peor, es que no me importa nada. Ni lo quiero saber. No más secretos, ni muertes, ni operativos absurdos. Una vez puesta en la balanza su supervivencia, no hay lugar para la elección.

Aunque lamento profundamente la muerte del Padre Miguel. Lo más parecido que he tenido en mi vida a un amigo.

Estoy cansado.

La huida ha resultado ser demasiado agotadora. Me llegó a parecer eterna hasta que llegamos a la costa de Irlanda, a los acantilados Moher.

Nos hemos instalado en una habitación del hotel que está situado justo sobre el acantilado.

Al llegar, cerré la puerta y caminé hacia ella. Lucía estaba de pie en el centro de la habitación. En ese momento fui consciente de la inmensidad que podían guardar unos cuantos pasos hasta situarme justo delante de ella.

Puse mis dos manos alrededor de su cara y sus ojos me miraron.

Una sacudida eléctrica me cruzó el alma. La pude sentir caminando descalza en ella.

Busqué sus labios, primero con suavidad, pero a cada segundo el deseo mordía mis entrañas con más fuerza. Mis labios no podían dejar de rozar los suyos.

Lucía pasó sus brazos alrededor de mi cuello. Me estremecí.

La cogí en brazos y la llevé a la cama. Con verdadera ansiedad nos quitamos la ropa buscándonos la piel.

Me detuve un segundo para observar su belleza. Su cabello derramado sobre las sábanas. Su boca que apenas podía disimular el temblor por querer besarme. Sus senos moviéndose al compás de ese deseo.

Apoyé mi cabeza sobre su vientre.

No podía amarla más.

Entre sus dos piernas no soy consciente ni de respirar. Algo más fuerte que yo me empuja hacia su sexo, entonces y de forma reveladora me doy cuenta de algo sorprendente: ella es mi destino.

-Te amo. - Susurré a la altura de su oído con la voz entrecortada por el deseo.

Lucía cerró los ojos y arqueó la espalda y en ese momento la penetré con fuerza, mordido de desesperación.

Y ahora...

Me erizo sólo con pensarlo.

Aquí estoy. Así me ha descubierto el amanecer.

Desde esta terraza puedo apreciar el rompiente de las olas en este momento.

Lucía. Deletrear su nombre con el pensamiento me hace tener la sensación de caer en un abismo insondable, en el que sólo soy capaz de encontrar la paz dentro de sus brazos. Soy vulnerable ante Lucía y para mí con todo lo que he vivido es una sensación nueva. Excitante.

No sé qué tiene esa mujer para producirme ese efecto, tampoco me preocupa. Es algo visceral, algo que no quiero dominar. Me siento unido a ella, más allá de todo lo que la razón me quiera decir.

Amo hasta lo que no sé.

Lo que no llegaré a saber.

Su boca.

El paraíso. La puerta a mi propio conocimiento. Es el lugar donde quiero vivir en ese contorno, el de sus labios.

No puedo dejar de observar ese horizonte, en ese momento donde los primeros rayos de sol pugnan por salir, tiñendo de jirones de oro unas aguas donde la noche ha amado su eternidad.

En este momento, puedo oír como unos pasos descalzos se dirigen hacia mí.

Cierro los ojos y sonrío. Espero su abrazo, perderme en su piel. Su latido ardiente.

Pero en lugar de eso, siento un frío seco en mi nuca. Abro los ojos al notar como amartillan la pistola. ¡Mi propia arma!

De mi mente, emergiendo entre las sombras visualizo una imagen. Mis muñecas atadas al cabezal de la cama, las miro un segundo nada más. Lucía me acaba de atar. El nudo. Es el mismo nudo que tenían tanto el Rey como mi estimado Padre Miguel. ¡No puede ser! ¡No!

Un disparo.

Vuelvo a cerrar los ojos. Espero la muerte.

Oscuridad.

Con el impulso del disparo mi cuerpo se inclina hacia delante por encima de la barandilla, cayendo por el acantilado hasta el mar.

Las olas en ese momento parecen abrirse para abrazarme, acogerme en su profundidad.

Lucía, aún con el Walter P99 en su mano, observa como vence el peso de mi cuerpo la gravedad.

Por unos instantes parece que hay tristeza en su mirada pero al levantar la vista hacia el horizonte no hay rastro de ella.

No puede haberla.

Lucía no tiene corazón.

Es imposible amar si careces de él.

Ahora, lo sé.

Lucía.

Amanece.

Acabo de despertar después de una noche de amor con Martín.

Las primeras luces del alba quieren entrar por la puerta de acceso a esa gran terraza, donde está Martín observando el horizonte de espaldas a mí.

Siento temor. Hacía muchos años que no sentía de esa manera. Todavía me tiemblan los labios por el deseo incontenible que siento por los suyos.

¡No! ¡Me juré que no pasaría por esto nunca más!  
Todo estará bien si no pierdo el control.

Mi sexo me quema y deseo que él pase la lengua por mi infierno.  
¡No! Voy a respirar, ¡tengo que calmarme!

El Padre Miguel lo percibió, supo ver que yo puedo quitarme esta piel con frialdad. Soy capaz de plegarla minuciosamente para que no se arrugue y eso le costó caro. No me resultó muy difícil matarlo. ¡Era tan débil y confiado!

No me cuesta nada hacer lo que sea para salirme con la mía. Es tan fácil y las personas tan débiles. Su necesidad es lo que los pierde, eso es realmente lo que los mata. ¡La culpa es de ellos! ¡Imbéciles!

Aunque debo reconocer el valor de Luisa. Realmente casi consigue ponerme contra la pared. Eso no lo consigue nadie. ¿Manipularme a mí? ¡Ni en sueños! Cada uno que lidie con su propia bestia. Me sentía muy cómoda con Pablo, la verdad. La cabrona lo único que ha podido conseguir es quitarme ese estatus de comodidad. Su intento de chantajearme fue de risa. ¿Matar yo a Pablo? ¿Por qué? ¿Estamos locos?

¡No quiero sentir! ¿Por qué lo hago?

(Suspiro).

Tengo que ponerle fin a esta historia aunque existan alas vivas en este amor.

¡No puedo amar! Cuanto más grande es ese amor, más abrupta es la fuerza de la bestia. Abre mi pecho desde el interior a fuerza de garras y me ciega. No soy capaz de distinguírte.

Me vuelvo ceniza, agónica. ¿Por qué algo deleznable, feo, maldito, es capaz de adaptar su forma para respirar en el interior de la belleza?

Es una pura cuestión de supervivencia.

Mi secreto debe permanecer latente en mi propia sombra. No puedo afrontar que sus ojos lo descifren, que puedan leer en mí aquello que ni yo misma alcanzo a nombrar. ¡No puedo!

¡Estoy llorando! ¡No!

Y eso que bajo sus manos soy...

Más allá de mis propias manos, piel palpitante.

Y me camina. Me sucede que siento sus pasos descalzos rozando mis paredes.

Un grito hueco.

A tientas, un suspiro errante.

Se me revuelve salvaje. Es mi destino. ¡No puedo amar! ¡Dios, cómo duele!

¡No quiero dolor! ¿Por qué lloro?

Me ha roto todos los esquemas. Lo tengo que cosificar. No entiendo por qué no lo siento como a una cosa. Una herramienta cualquiera, que después de usar puedo guardar en un cajón. ¿Por qué?

¡Tiene que ser así!

Mi cariño por Yago fue brutal. Sin duda él ha sido una de mis mejores herramientas. Nunca había llorado por ninguna. Ninguna lo merecía.

Es una cosa. Una cosa. Una cosa. Una cosa...

¡Basta!

Me levanto y sin hacer ruido busco el arma.

Camino hacia él, suave, despacio.

Disparo.

Observo como cae.

¿Por qué no ha reaccionado? No le habría costado nada quitarme el arma y matarme. ¡Pobre! Es cierto que me amaba. ¡Bah!

Miro el horizonte y tiro el arma a esas aguas.

Nada va a conseguir que deje de pensar en lo único que mi importa. Yo.

Ahora, lo sé.

## AGRADECIMIENTOS

Siempre se ha dicho que es de bien nacido ser agradecido.

En primer lugar a mi hermano Luis J. Cáceres por componer la banda sonora para el Book Tráiler. Todo un lujo al mismo nivel que su persona. Gracias por ese corazón, Maestro, que compartes.

A mi hermano Pedro J. Cáceres por sus palabras tan generosas. Me ha hecho mucha ilusión que quieras estar en este viaje conmigo.

Gracias también a Juan Manuel Molina por querer ser el autor de la fotografía de la portada, junto con todas las que ha aportado para el Book Tráiler. Para mí ha sido todo un descubrimiento como amigo y su creatividad ha cumplido con creces todas las expectativas. Su visión del mundo a través de su objetivo es única.

A mi hermana Ana Cáceres y mi hija Beatriz, por el ejemplo de vuestro valor y fortaleza. Sin duda, día a día me enseñáis todo por lo que merece la pena luchar.

A Juan y José, mis hermanos mayores.

A Pepe, mi cuñado.

A mi pequeño Carlos, por todas y cada una de las veces que has asomado tú cara, entre el teclado y yo, con la mejor de tus sonrisas.

A Emilio por tanto.

A toda mi familia sin excepción.

A mi amigo Antonio Uceda por sus sabios consejos y paciencia. (Sobre todo).

A todos y cada uno de mis amigos.

## Reseña de Pedro J. Cáceres.

“La Sombra del Secreto esconde una trama única y complicada que Beatriz resuelve con un final impactante. Todo tiene un principio, todo tiene una causa, las consecuencias a veces son estremecedoras y totalmente inesperadas. Un amor truncado, relaciones inapropiadas y venganzas que cambian el destino de un país. Beatriz da profundidad a sus personajes, les deja crecer, desarrollarse y morir con toda naturalidad. Las descripciones de los escenarios físicos son tan claras como las descripciones de los individuos de la trama y sus relaciones. Desde el asesinato inesperado inicial hasta el final del libro, la narrativa es dinámica, efectiva, y brillante. En el mejor estilo de Chinatown the Robert Towne”. Pedro Cáceres, Autor de “The Thundering Voice”, Strategic Book Publishing, New York, 2009, y “Operational Success”, Create Space, USA 2013.

*LO QUE NO SE VE ES LA PUERTA HACIA UN ABISMO.*

*¿PUEDE LA MALDAD VESTIR MEDIAS DE SEDA?*

*MARTIN SE ENFRENTARÁ AL CASO DE SU VIDA.*

*SEDUCCIÓN.*

*TRAICIÓN.*

*ASESINATO.*

*UN SOLO HOMBRE DESCUBRIRÁ QUE ES LA MUERTE LA  
QUE TIENE TODAS LAS RESPUESTAS.*